

Cuentos inquietantes

Ambrose Bierce

Cuentos inquietantes

Edición a cargo de Aitor Ibarrola-
Armendariz



Alianza editorial

El libro de bolsillo

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth
Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© de la traducción y los textos: Aitor Ibarrola-Armendariz, 2011
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2011
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15;
28027 Madrid; teléfono 91 393 88 88
www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-206-5488-1

Depósito legal: M. 35.877-2011

Impreso en Huertas Industrias Gráficas, S. A.
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

- 9 Semblanza de Ambrose Bierce
- Cuentos inquietantes
- 17 El camino a la luz de la luna
33 Un tarro de almíbar
45 La muerte de Halpin Frayser
70 El hombre y la serpiente
82 Un diagnóstico de la muerte
88 Una noche de verano
91 El secreto del barranco de Macarger
103 El maestro de Moxon
120 Un habitante de Carcosa
127 El valle encantado
146 Los ojos de la pantera
161 Uno de los gemelos
172 Una identidad recobrada
182 La Cosa Maldita
- 197 Unas palabras acerca de los *Cuentos inquietantes*

Ambrose G. Bierce (1842-1914): Semblanza de un misántropo

Hombre. Especie animal tan sumida en la ensimismada contemplación de lo que piensa que es, que a menudo se olvida de plantearse lo que evidentemente debiera ser. Su principal ocupación es el exterminio de otros animales y de su propia especie, la cual, a pesar de todo, se sigue reproduciendo con tal rapidez como para poblar y destruir todas las zonas habitables del planeta y Canadá.

Ambrose Bierce, *Diccionario del Diablo*

Ambrose Gwinett Bierce nació el 24 de junio de 1842 en el asentamiento puritano de Horse Cave Creek, en el condado de Meigs, Ohio. Fue el décimo de los trece hijos de Marcus Bierce y Laura Sherwood, quienes habían crecido en

Connecticut a la sombra del «renacimiento» del congregacionalismo religioso liderado por el reverendo Jonathan Edwards. Ambrose debió de crecer bajo la constante amenaza del «jarabe de palo» que sus padres repartían asiduamente entre sus retoños y el miedo al fuego eterno que su doctrina calvinista prometía a todos los que se alejaban ligeramente del redil. No es de extrañar, pues, que Ambrose mostrase desde temprana edad un carácter díscolo y rebelde que le llevó a recibir a menudo el «premio» de unos castigos corporales y psicológicos que no consiguieron sino aumentar su distanciamiento afectivo tanto de sus progenitores como de la comunidad en la que vivía. Todas sus referencias posteriores a este periodo están cargadas de enorme desprecio hacia un ambiente caracterizado por su extremada estrechez de miras y provincianismo. Tanto en Ohio como en Warsaw, Indiana, donde la familia se mudó cuando Ambrose era todavía un crío, los únicos refugios que el joven encontró a este entorno tan poco motivador fueron sus paseos por los hermosos paisajes de esta región y sus asiduas incursiones en la biblioteca de su padre —una de las pocas y me-

por nutridas de los alrededores—. Si como bien afirman los psicólogos, nuestra personalidad se ve profundamente marcada por nuestras experiencias de la infancia y adolescencia, era previsible que Bierce desarrollase una actitud tan antagónica e iconoclasta hacia las realidades que más tarde le tocó vivir.

Lo tedioso de su juventud en el ambiente mojigato y culturalmente estéril del Midwest explicaría que Ambrose viese su alistamiento en la Compañía C del Noveno Destacamento de Infantería de Indiana como una especie de liberación. Ya antes de alistarse en el ejército Federal en abril de 1861, Bierce había soñado con participar en alguna contienda que le permitiese ganarse el honor y la gloria que su tío, el general Lucius V. Bierce, había descrito con entusiasmo en sus discursos abolicionistas. Pero la realidad que el joven recluta se encontró en los campos de batalla de Virginia pocas semanas más tarde de su incorporación a filas nada tenía que ver con la que su ilustre pariente había pintado. El fogoso muchacho que se unió al ejército de la Unión pronto vio sus anhelos de acción y aventura alterados por los lugares comunes de cualquier conflicto fratri-

cida: oficiales ineptos, muertes inexplicables, irónicos reveses de fortuna, escaramuzas inesperadas, etc. La Guerra Civil se convirtió para el joven Bierce en la educación más demoleadora —pero también iluminadora— que jamás pudiera haber recibido. Si bien se adaptó perfectamente a la disciplina y los rigores de la vida militar dando muestras de gran valor y una voluntad de acero en varias batallas, no es menos cierto que las auténticas carnicerías que presenció supusieron un duro revés para las esperanzas con las que había iniciado el conflicto. Pocos autores han sabido recoger en sus páginas los horrores y la sinrazón de la guerra con la destreza y la minuciosidad con que Bierce los reproduce en sus relatos bélicos. En el fondo de los mismos subyace la idea de que nada hay de heroico en una empresa que elige sus víctimas de manera caprichosa y tiende a poner sobre un pedestal a los personajes menos indicados. Si el Ambrose Bierce que entró en la Guerra Civil a los diecinueve años era ya una persona algo taciturna y poco social, el que la abandonó desencantado cuatro años más tarde se había tornado en un individuo cáustico y profunda-

mente pesimista, que había perdido su fe en el género humano en batallas como Chattanooga, Chickamauga y Shiloh.

El azar quiso que este individuo asocial y lleno de resentimientos acabase en 1867, dos años después del final de la contienda, en la ciudad de San Francisco, que por aquella época se estaba convirtiendo en una floreciente urbe de la costa oeste con una creciente necesidad de periodistas que alimentasen a un público lector ávido de crítica política y social. A Bierce aquel ambiente le vino como anillo al dedo, pues si algo le sobraba por entonces eran las ganas de desatar todo el cruel sarcasmo y la ira de su estado de ánimo contra los engaños y corruptelas que se daban en la joven ciudad. Tras un breve periodo de formación bajo la tutela del periodista inglés James W. Watkins, que le hizo leer a conciencia algunos de los clásicos de la sátira como Swift, Thackeray o Voltaire, Bierce se convirtió en diciembre de 1868 en el redactor del «Town Crier» («Pregonero»), una jocosa columna que lanzaba brutales ataques contra políticos, sacerdotes, poetas y otros periodistas, rayando ocasionalmente en lo blasfemo y desproporcionado. Pronto los estruendosos

fuegos de artificio que el autor disparaba desde sus columnas incendiaron la ciudad y le ganaron adeptos que, en su simpleza de gustos, admiraban la total falta de inhibición de alguien que no parecía amedrentarse ante ninguno de los poderes fácticos. La carrera periodística del «hombre más malvado de San Francisco» o *Bitter* Bierce —«el amargado Bierce»—, como se le conocía en toda la costa oeste, se extendió a lo largo de más de treinta años en los que pulió su estilo y destapó buena parte de los fraudes e hipocresía que dominaron la «Edad del Oropel» («Gilded Age») de la cultura norteamericana. Para mediados de la década de 1880 ya se había hecho evidente que, a pesar de que sus artículos en el *Argonaut* y el *Wasp* lo habían convertido en la pluma más temida del país, las ambiciones del «lexicógrafo del diablo» no quedaban restringidas al periodismo, sino que albergaba otras de carácter literario. Aunque Bierce nunca abandonó del todo su trabajo como redactor, lo cierto es que las dos últimas décadas de su vida fueron testigo de un claro desplazamiento de sus intereses hacia unos escritos mucho más refinados e imaginativos.

Aunque la fama de Bierce era incues-

tionable en el ámbito periodístico —sobre todo tras unir su destino al del empresario W. Randolph Hearst—, no lo es menos que su narrativa tuvo serios problemas para encontrar a un público apropiado. Por una parte, hubo de competir con una generación de jóvenes autores (Jack London, Stephen Crane o Frank Norris, entre otros), cuyas obras eran bastante menos exigentes que las suyas en sus tramas y estilos. Por otra, el pesimismo y el macabro sarcasmo con el que Bierce aderezaba sus relatos no estaba hecho para cualquier tipo de paladar. Es evidente que al autor no le resultaba sencillo separar del todo su faceta de periodista del oeste, especializado en «el arte de la ofensa», como a él le gustaba presumir, de la del hombre de letras del que cabía esperar una visión más ecuánime y una aproximación menos visceral a los temas que abordaba en su ficción. A los lectores les costaba digerir el determinismo que domina la totalidad de su obra y que condena casi siempre a sus personajes —independientemente de sus virtudes— a un trágico final. Ahora bien, la segunda mitad de su vida no hizo sino confirmar su creencia de que, como escribió en el *Diccionario del Diablo*, el naci-

miento de un ser humano es «el primero y más espantoso de todos los desastres». Los recurrentes ataques de asma, las constantes disputas con sus jefes, el divorcio de su mujer y la pérdida de sus dos hijos en siniestras circunstancias sólo sirvieron para seguir agriando un espíritu que, desde la más tierna infancia, se había visto expuesto a los rasgos más ruines de la naturaleza humana. El hecho de que Bierce decidiese poner fin a su existencia a los setenta y un años, desapareciendo sin apenas dejar rastro en la revolución mexicana, es simplemente el perfecto colofón a una vida que le había empujado invariablemente hacia la misantropía más extrema.

Aitor Ibarrola-Armendariz

Cuentos inquietantes

Cuentos inquietantes

El camino a la luz de la luna

La declaración de Joel Hetman,
hijo

Soy el más desafortunado de todos los seres humanos. Rico, respetado, educado de forma envidiable y de sana constitución física —he contado con muchas otras ventajas normalmente apreciadas por los que las tienen y deseadas por los que carecen de ellas—, en ocasiones pienso que sería menos infeliz si se me hubiese privado de ellas, pues entonces el contraste entre mi vida externa e interna no habría requerido una atención tan dolorosa. Debido al sufri-

miento por la ausencia y a los esfuerzos que me exige, a veces se me llega a olvidar el oscuro secreto que pone en duda algunas conjeturas que él mismo alimenta.

Soy el único hijo de Joel y Julia Hestman. Él era un adinerado terrateniente, ella una mujer hermosa y llena de virtudes a la que él amaba con lo que, ahora ya sé, era una devoción celosa y enfermiza. La mansión de la familia se encontraba a pocos kilómetros de Nashville, Tennessee; era un edificio grande, construido de una forma heterodoxa, que no parecía respetar ningún estilo arquitectónico en concreto, y que estaba un poco apartado del camino, en un terreno poblado de árboles y otra vegetación.

En la época sobre la que estoy escribiendo, yo tenía diecinueve años y estudiaba en Yale. Un día recibí un telegrama de tal urgencia de mi padre que, en respuesta a su inexplicada petición, salí de inmediato hacia mi casa. En la estación de ferrocarril de Nashville un familiar lejano me esperaba para ponerme al tanto de la razón de la llamada: mi madre había sido asesinada de manera despiadada. Nadie podía conjeturar quién y por qué había cometido el crimen, pero

las circunstancias fueron éstas:

Mi padre había ido a Nashville, con la intención de volver la tarde del día siguiente. Algo le impidió cerrar el trato que tenía entre manos, así que volvió la misma noche, llegando a casa un poco antes del amanecer. En su testimonio ante el oficial que investigaba el caso explicó que al no tener llave de la puerta principal, y haciendo lo posible por no molestar a los sirvientes que dormían, había rodeado la casa hasta la parte trasera, sin ninguna idea concreta en la cabeza. Al dar la vuelta a una de las esquinas del edificio, oyó un ruido como el de una puerta que se cierra sigilosamente, y vio en la oscuridad, aunque sin mucha claridad, la figura de un hombre, que desapareció de repente entre los árboles del jardín. Tras una rápida persecución y una breve búsqueda infructuosa por la hacienda, ya que pensaba que el intruso había venido a visitar en secreto a una de las sirvientas, entró por la puerta, que no tenía la llave echada, y subió las escaleras hasta la habitación de mi madre. La puerta estaba abierta, y al avanzar por la oscura estancia tropezó de lleno con un objeto pesado que estaba en el suelo. El resto de los deta-

lles me los puedo ahorrar; se trataba de mi pobre madre, ¡estrangulada por unas manos humanas!

No faltaba nada de la casa, los sirvientes no habían oído ruido alguno, y exceptuando aquellas terribles marcas de dedos alrededor del cuello de la fallecida —¡oh Señor!, ¡que sea capaz de olvidarlas algún día, por favor!—, no se encontró ninguna otra pista del asesino.

Abandoné mis estudios y me quedé con mi padre que, por supuesto, se vio terriblemente afectado. Aunque siempre había sido una persona introvertida y taciturna, ahora cayó en una depresión tan profunda que nada podía mantener su atención y, sin embargo, una mera pisada o el cierre súbito de una puerta despertaban en él un interés inusitado; cabría calificarlo como una especie de aprensión. Ante cualquier pequeño sobresalto de los sentidos se le veía visiblemente afectado y a veces se ponía pálido, para luego hundirse de nuevo en una apatía melancólica aún más profunda que antes. Supongo que se había convertido en lo que llamamos un «neurótico desquiciado». Con respecto a mí mismo, yo era entonces más joven, y ése es un factor a tener en cuenta. La juventud

es como Galaad, en donde hay bálsamos para todo tipo de heridas. ¡Ay, quién pudiera vivir de nuevo en esa tierra encantada! Al no haber sufrido antes ningún pesar, no sabía el verdadero tamaño de mi pena; no podía calcular con exactitud la dureza del golpe.

Unos meses después del horrible suceso, mi padre y yo volvíamos a pie una noche desde la ciudad hacia nuestra residencia. La luna llena estaba al este como tres horas por encima del horizonte; todo el campo mostraba la solemne quietud de una noche de verano; nuestros pasos y la incesante canción de las chicharras eran los únicos sonidos en muchos kilómetros a la redonda. Las sombras oscuras de los árboles que había a la orilla del camino lo cruzaban de un lado a otro, dejando estrechos espacios entre ellas que brillaban con un blanco fantasmagórico. Cuando ya nos acercábamos a la verja de nuestra casa, cuya fachada se veía entre sombras, y donde no había luz alguna, mi padre se detuvo de repente y me agarró con fuerza del brazo, diciendo, con una voz casi inaudible:

—¡Dios mío, Dios mío! ¿Qué es eso?

—No oigo nada —le contesté.

—Pero mira..., imira! —dijo, señalan-

do hacia delante en el camino, justo delante de donde estábamos.

Yo le dije:

—No hay nada ahí. Vamos, padre, entremos en casa..., estás enfermo.

Me había soltado el brazo y permanecía rígido e inmóvil en el centro mismo del camino iluminado, mirando fijamente al frente como si estuviera fuera de sí. Su rostro a la luz de la luna exhibía una palidez y una firmeza que me sobrecogieron de una forma que resulta difícil de explicar. Le tiré levemente de la manga pero evidentemente se había olvidado de mi existencia. Poco después empezó a retroceder, paso a paso, sin perder de vista por un instante lo que allí veía, o creía estar viendo. Me di la vuelta parcialmente para seguirle, pero no sabía muy bien qué hacer. No recuerdo haber sentido ningún tipo de miedo, a no ser que un repentino escalofrío fuese su única manifestación física. Me dio la impresión de que un viento helado me había tocado el rostro y envuelto todo mi cuerpo de la cabeza a los pies; lo sentí moverse en mi pelo.

En aquel instante una luz que comenzó a fluir súbitamente desde una de las ventanas superiores de la casa atrajo mi atención: una de las sirvientas,

despertada por quién sabe qué misterioso augurio, y obedeciendo a un impulso que nunca fue capaz de describir, había encendido una lámpara. Cuando me di la vuelta para buscar a mi padre, éste había desaparecido, y en todos estos años que han pasado desde entonces ni un simple murmullo acerca de su destino nos ha llegado desde el reino de lo desconocido y a través de la frontera de la conjetura.

La declaración de Caspar Grattan

Hoy se dice que todavía estoy vivo; mañana, en esta misma habitación, sólo seré una figura de barro sin sentido que ha vivido ya demasiado. Si alguien levanta el velo de encima de ese rostro desagradable, será solamente para complacer una mera curiosidad morbosa. Alguien, sin duda, irá aún más lejos y preguntará: «¿Quién era?». En este escrito dejo la única respuesta que soy capaz de ofrecer... Caspar Grattan. Ciertamente eso debería ser suficiente. Ese nombre ha satisfecho mis pocas necesidades durante más de veinte años de una vida cuya duración total ignoro. Es cierto que fui yo mismo quien me lo di,

pero como no poseía otro nombre creo que me correspondía ese derecho. En este mundo todos hemos de tener un nombre; esto evita confusiones, incluso cuando no establece nuestra identidad. A algunos, sin embargo, se les conoce por números, lo cual tampoco me parece una forma adecuada de diferenciar a las personas.

Un día, a modo de ilustración, andaba yo por la calle de una ciudad lejos de aquí, cuando me crucé con dos hombres uniformados, uno de los cuales, reduciendo el paso y mirándome a la cara con curiosidad, dijo a su acompañante:

—Ese hombre se parece al 767.

Algo en aquel número me resultó familiar y terrible. Movido por un impulso incontrolable, cambié rápidamente de rumbo por una de las callejuelas laterales y corrí hasta que me desplomé exhausto en un camino vecinal ya en las afueras.

Nunca he olvidado ese número, y siempre vuelve a mi memoria acompañado de rápidas frases obscenas, risotadas carentes de alegría, y el sordo sonido de puertas de hierro que se cierran. Por ello creo que un nombre, aunque sea autoimpuesto, es mejor que un número. En el registro del cementerio pronto ten-

dré ambas cosas. ¡Qué lujo!

A quienquiera que encuentre este escrito debo pedirle cierta consideración. No se trata de la historia de mi vida; no cuento con el conocimiento necesario para realizar tal tarea. Esto son sólo unas anotaciones sueltas y en apariencia inconexas de mis recuerdos; algunos de ellos son claros y están ordenados cual las cuentas de un collar, otros son extraños y remotos, y tienen la apariencia de sueños en color encarnado con espacios intermedios en blanco o negro —hogueras de brujas que brillan inmóviles y rojizas en medio de un gran territorio desolado.

Ya situado en la orilla misma de la eternidad, echo una última mirada hacia la tierra que dejé atrás en mi camino. Hay veinte años de huellas bastante claras, las pisadas de unos pies sangrantes. Avanzan a través de la pobreza y el dolor, indecisas y zigzagueantes, como los pasos de alguien que camina con dificultad bajo un peso...

Alguien alienado, sin amigos, melancólico, apesadumbrado.

¡Ay, tal fue la profecía del poeta acerca de mi vida! ¡Qué admirable, qué terriblemente admirable!

Más atrás, antes del comienzo de esta

vía dolorosa —este relato épico de sufrimientos con capítulos pecaminosos—, nada veo con claridad; todo surge como de una nube. Sé que sólo se trata de veinte años, y, sin embargo, soy un anciano.

Uno nunca recuerda su nacimiento; se lo tienen que recordar. Pero conmigo fue diferente; la vida me llegó de sopetón y me concedió desde su inicio todos los poderes y facultades. De mi existencia anterior no sé nada más que los demás, pues todos tenemos indicios confusos que pueden ser recuerdos o meramente sueños. Sólo sé que mi primera conciencia fue de un cuerpo y una mente ya en la madurez de la vida: una conciencia aceptada sin sobresaltos ni cuestionamientos. Simplemente me encontré caminando por un bosque, con las ropas rasgadas, con los pies doloridos, terriblemente cansado y hambriento. Cuando vi una granja, me acerqué y pedí algo de comer, que alguien me dio y luego preguntó mi nombre. No lo recordaba, aunque sí sabía que todos tenemos nombre. Con gran vergüenza me volví por donde había venido, y como ya caía la noche, me tumbé en el bosque y dormí.

Al día siguiente llegué a una gran

ciudad cuyo nombre no mencionaré. Ni contaré más detalles de esa vida que ahora toca a su fin, una vida de un incesante deambular sin destino, siempre y en todo lugar poseída por la poderosa sensación de haber cometido un crimen. Sufría el castigo por algún crimen y estaba dominado por el terror. Veamos si soy capaz de expresarlo brevemente en forma de relato.

Creo que en algún tiempo viví cerca de una ciudad importante, y fui un próspero terrateniente, casado con una mujer a la cual amaba y de la que desconfiaba. Teníamos, me parece recordar, un hijo, un joven con un brillante presente y un gran porvenir. Él me resulta siempre una figura más bien borrosa, nunca demasiado detallada, y a menudo totalmente desenfocada.

Un desafortunado día se me ocurrió poner a prueba la fidelidad de mi esposa de un modo común y poco sofisticado que es conocido por todos aquellos que son amantes de la literatura de hechos reales y ficticios. Me fui a la ciudad, diciendo a mi mujer que estaría fuera hasta la tarde del día siguiente. Pero volví antes del alba y me dirigí a la parte trasera de la casa, con la intención de entrar por una puerta que había

manipulado con anterioridad de tal forma que, aunque en apariencia cerrada, permaneciera abierta. Al acercarme a ella, oí que se abría y cerraba con suavidad, y vi a un hombre que salía a hurtadillas hasta desvanecerse en la oscuridad. Con deseos asesinos en mi corazón, salí corriendo tras él, pero había huido sin ni siquiera haber tenido la mala fortuna de ser identificado. A veces todavía tengo serias dudas de que se tratase de un ser humano.

Enloquecido por los celos y la rabia, ciego y embrutecido por todas las pasiones más elementales de la hombría insultada, entré en la casa y subí corriendo las escaleras hasta la puerta de la habitación de mi mujer. Estaba cerrada, pero como también había manipulado su cerradura, entré con facilidad y, a pesar de la total oscuridad, pronto me encontré al lado de su cama. Mis manos, que palpaban ansiosas, pronto me indicaron que, aunque la cama estaba deshecha, no había nadie en ella.

«Está abajo», pensé, «y asustada por mi entrada se me ha escapado debido a la oscuridad del vestíbulo».

Con el propósito de buscarla, me di la vuelta para abandonar la habitación pero tomé la dirección equivocada, esto

es, ¡la correcta! Mi pie tropezó con ella, acurrucada en una esquina de la habitación. Inmediatamente mis manos se lanzaron a su cuello, ahogando un grito, mis rodillas cayeron sobre su cuerpo que luchaba por liberarse; y allí en la oscuridad, sin palabra alguna de acusación o reproche, ¡le apreté el cuello hasta que murió!

Ahí se termina mi sueño. Lo he contado en tiempo pretérito, pero el presente sería la forma más apropiada, pues una y otra vez la siniestra tragedia se repite en mi conciencia —una y otra vez preparo el plan, sufro la confirmación de mi sospecha y deshago el entuerto—. Luego mi mente se queda en blanco; y más tarde la lluvia golpea contra los sucios cristales de la ventana, o la nieve cae sobre mi pobre vestimenta, las ruedas traquetean por las mugrientas calles donde mi vida se consume en la pobreza y en un trabajo miserable. Si en alguna ocasión luce el sol, no lo recuerdo; si hay pájaros, no cantan.

Tengo otro sueño, otra aparición nocturna. Esta vez me encuentro entre las sombras de un camino a la luz de la luna. Soy consciente de la presencia de alguien más, pero no soy capaz de determinar de quién se trata. A la sombra

de una gran mansión veo a lo lejos un vestido blanco, y luego la figura de una mujer se coloca frente a mí en el camino: ¡mi mujer asesinada! Hay muerte en su rostro; hay marcas en su cuello. Sus ojos están clavados en los míos con una infinita tristeza que no denota reproche alguno, ni odio, ni amenaza, ni nada tan terrible como el mero reconocimiento. Ante esta horrible aparición retrocedo atenzado por el terror; un terror que sigue en mí mientras escribo estas líneas. Ya ni siquiera puedo dar forma a las palabras. ¡Lo ves! Ellas...

Ahora ya me encuentro más tranquilo, pero en realidad ya no queda nada más que contar. El incidente acaba donde comenzó: en la oscuridad y en la duda.

Sí, ya soy de nuevo dueño de mis sentimientos, «capitán de mi alma». Pero este hecho no me consuela; se trata sólo de otro capítulo, otra fase de mi expiación. Mi penitencia, aunque constante en su intensidad, cambia de forma: una de sus variantes es la tranquilidad. Después de todo se trata sólo de una cadena perpetua. «Al infierno para siempre» es una maldición estúpida: el condenado elige de hecho la duración de su castigo. Hoy se acaba mi condena.

A todos y cada uno de vosotros, os de-

seo que tengáis la paz que yo no he tenido.

La declaración de la difunta Julia Hetman, a través de la médium Bayrolles

Me había recogido temprano y casi de inmediato me quedé dormida plácidamente, aunque me desperté de repente con un inefable sentimiento de peligro que es, creo recordar, una experiencia habitual en esa otra vida anterior. De la sinrazón de este sentimiento estaba totalmente convencida, pero este hecho no lo hizo desaparecer. Mi marido Joel Hetman estaba de viaje y los sirvientes dormían en otra parte de la casa. Pero estas circunstancias no eran inusuales; nunca antes me había sentido atemorizada. Sin embargo, el extraño terror creció de forma tan insoportable que, a pesar de mi reticencia a moverme, me senté y encendí la lámpara de la mesilla. Al contrario de lo que esperaba, esto no alivió mi miedo; la luz se me antojó un peligro añadido, pues pensé que saldría por debajo de la puerta, haciendo evidente mi presencia a cualquier ente malvado que se escondiese

fuera de la habitación. Vosotros que todavía tenéis un cuerpo y sufrís los miedos de la imaginación, pensad qué terror tan monstruoso debe de sentir aquel que busca en la oscuridad un refugio contra las malévolas presencias de la noche. El efecto es similar al de quedarse en un lugar cerrado con un enemigo invisible, ¡la estrategia de la desesperación!

Tras apagar la lámpara, enrollé la manta y la sábana alrededor de mi cabeza y me quedé quieta, temblando en silencio, incapaz de chillar y sin que ni siquiera se me pasase por la mente el rezar. Debí de permanecer en este estado lastimoso durante lo que vosotros consideráis largas horas; para nosotros no existen las horas, ni el tiempo.

Y por fin llegó: ¡un suave e irregular sonido de pisadas por la escalera! Eran lentas, dubitativas, inseguras, como de alguien que no pudiese ver en la oscuridad; para mis trastornadas facultades mentales, esto las hizo aún más terro-ríficas, como si un ser maligno, ciego y demente, contra el que no vale ruego ninguno, se aproximase. Incluso pensé que debiera de haber dejado la lámpara del vestíbulo encendida, pues los in-

ciertos movimientos de esta criatura revelaban que se trataba de un monstruo de la noche. Este pensamiento resultaba estúpido y carente de sentido, a la vista del miedo que la luz había causado en mí anteriormente, pero ¿qué pensar en tales circunstancias? El miedo no razona; es un idiota. El tenebroso testimonio que nos brinda y el cobarde consejo que nos susurra al oído no están relacionados. Nosotros sabemos mucho de esto, nosotros que hemos pasado ya al Reino del Terror, que nos escondemos en la penumbra eterna entre los paisajes de nuestras vidas pasadas, invisibles incluso a nosotros mismos y a los de nuestra condición y, sin embargo, ocultos y desolados en lugares solitarios; deseosos de poder hablar con aquellos a los que amamos y, sin embargo, mudos; tan temerosos de ellos como ellos lo están de nosotros. A veces esta imposibilidad desaparece, la ley queda en suspenso y gracias al poder infinito del amor o del odio rompemos el hechizo, y aquellos a los que quisiéramos avisar, consolar o castigar consiguen vernos por fin. No podemos saber qué forma tomamos ante sus ojos; sólo sabemos que asustamos sobremanera incluso a aquellos a los que más ansiamos

reconfortar y de los que más deseamos un gesto de ternura y comprensión.

Perdonad, os ruego, esta digresión inconsecuente de alguien que en un tiempo fue una mujer. Vosotros que venís a consultarnos de esta forma tan imperfecta... no entendéis. Hacéis preguntas estúpidas sobre cosas desconocidas y temas prohibidos. Lo mucho que sabemos y que podríamos enseñaros en nuestra lengua, no tiene ningún sentido en la vuestra. Hemos de comunicarnos con vosotros a través de una inteligencia tartamudeante en esa ínfima fracción de nuestro idioma que sois capaces de entender. Pensáis que somos seres de otro mundo. Pero no, nosotros no tenemos conocimiento de otro mundo que no sea el vuestro, aunque para nosotros en él no existe la luz del sol, ni el calor, ni la música, ni la risa, ni el trinar de los pájaros, ni el sentimiento de amistad. ¡Oh, Dios mío! ¡Qué cosa tan terrible es ser un fantasma, atemorizado y tembloroso en una dimensión diferente, siempre preso de la aprensión y la desesperación!

No, yo no morí de miedo: la cosa maligna se dio la vuelta y se marchó. La oí bajar por las escaleras, deprisa, como si a ella le hubiese entrado miedo

de repente, pensé. Entonces me levanté para ir a pedir ayuda. Mi temblorosa mano casi ni había encontrado el pomo de la puerta cuando —¡cielo santo!— la oí volver. Sus pasos al ascender de nuevo la escalera eran rápidos, pesados y sonoros; hicieron temblar toda la casa. Corrí hasta una esquina de la habitación y me encogí allí sobre el suelo. Intenté rezar. Intenté gritar el nombre de mi amado esposo. Luego oí cómo la puerta se abría de par en par. Perdí la conciencia por unos instantes, y cuando la recobré... ¡sentí unas manos que me apretaban el cuello, sentí que mis propias manos golpeaban a alguien que me empujaba hacia atrás, sentí cómo mi lengua se abría camino entre los dientes! Y luego pasé a esta otra vida.

No, no tengo ni idea de qué o quién fue. La suma de lo que sabíamos al morir es la medida de todo lo que sabemos después de lo que nos había ocurrido anteriormente. Acerca de nuestra nueva existencia sabemos muchas cosas, pero nada nos es aclarado sobre las páginas de nuestra vida previa; todo lo que podemos leer se halla escrito en la memoria. No existen aquí nuevas perspectivas sobre la verdad que dominen ese

paisaje confuso de aquel territorio desbordante de dudas. Todavía habitamos en el Valle de las Sombras, nos escondemos en sus parajes más desolados, observando desde detrás de espinos y otros densos arbustos a sus habitantes locos y malvados. ¿Cómo habríamos de tener un nuevo conocimiento de ese pasado que se desvanece ante nuestros ojos?

Lo que voy a contar ocurrió una noche. Sabemos cuándo llega la noche, pues os retiráis a vuestras casas y entonces podemos salir de nuestros escondites para pasear sin temor cerca de los que eran nuestros hogares, para mirar por las ventanas e incluso para entrar en ellos y observar vuestros rostros cuando estáis dormidos. Aquella noche había estado largo tiempo cerca de la casa en la que se me había transformado de forma tan cruel en lo que soy ahora, como solemos hacerlo mientras alguno de los que amamos u odiamos todavía permanece allí. En vano había buscado algún modo de manifestarme, alguna forma de hacer patente mi existencia alternativa, mi gran amor e intensa pena a mi marido y a mi hijo. Indefectiblemente, si ellos estaban dormidos, se despertaban, o si en mi desesperación reunía el valor

para acercarme a ellos cuando estaban despiertos, volvían hacia mí esos ojos terribles de los que viven, atemorizándose con las miradas que yo tanto deseaba y destruyendo el propósito que yo albergaba.

Aquella noche les había buscado sin éxito, con miedo a encontrarles en realidad; no estaban en ninguna estancia de la casa, ni en los jardines de alrededor iluminados por la luz de la luna. Pues, aunque nunca podemos ver el sol, la luna, ya sea llena o más menguada, todavía es perceptible para nosotros. En ocasiones brilla en la noche, otras durante el día, pero siempre sale y se oculta, como en esa otra vida.

Salí de los jardines y avancé por el camino bajo la luz blanca y el silencio sepulcral, sin destino y apesadumbrada. De repente, oí la voz de mi pobre marido lanzando exclamaciones de sorpresa, entrecortada por la de mi hijo que intentaba calmarle y darle confianza; y allí estaban al lado de la sombra de un grupo de árboles —¡cerca, tan cerca!—. Sus caras estaban vueltas hacia mí, los ojos del hombre de más edad clavados en los míos. ¡Me veía —por fin, por fin, me veía—! Al ser consciente de este hecho, mi terror desapareció como si hubiera

sido una pesadilla. Las cadenas de la muerte se habían roto, ¡el Amor había vencido a la Ley! Exultante de alegría, grité, *creo* que grité: «¡Me ve, me ve, él lo entenderá!». Después, intentando controlarme, avancé hacia el frente sonriente y conscientemente atractiva, para lanzarme a sus brazos, para consolarle con mis palabras de cariño y, con la mano de mi hijo en la mía, decirle frases que restablecerían las rotas conexiones entre los vivos y los muertos.

¡Oh, Dios mío!, su cara palideció de miedo, sus ojos eran como los de un animal acorralado. Se alejaba de mí a medida que yo avanzaba y, por fin, se dio la vuelta y se perdió de vista corriendo por el bosque; me es imposible saber a dónde huyó.

A mi pobre hijo, que quedó doblemente desolado, nunca he sido capaz de manifestarle mi presencia. Pronto él también pasará a esta Vida Invisible, y entonces ya le habré perdido para siempre.

Un tarro de almíbar

Este relato comienza con la muerte de su protagonista. Silas Deemer murió el 16 de julio de 1863, y dos días más tarde se le dio tierra. Como todos los hombres, mujeres y niños medianamente crecidos del pueblo le habían conocido en persona, al funeral, como explicó el periódico local, «asistió numeroso público». Siguiendo una costumbre de aquel tiempo y lugar, el ataúd fue abierto justo al lado de la tumba y todo el grupo de amigos y vecinos desfiló delante de él, echando una última mirada al rostro del muerto. Y luego, ante los ojos de todos ellos, Silas Deemer fue enterrado. Aunque algunos de los ojos estaban un poco empañados de

lágrimas, por lo general se puede decir que en aquel entierro no se echaron en falta ni las muestras de respeto ni el cumplimiento del rito; Silas estaba indudablemente muerto y a nadie se le hubiera ocurrido reseñar ninguna irregularidad en la ceremonia que hubiese justificado su regreso de ultratumba. Y, sin embargo, si el testimonio humano tiene algún valor (y fue sin duda el encargado de poner fin a la brujería en Salem y sus alrededores en otros tiempos), él regresó.

Se me ha olvidado mencionar que la muerte y el entierro de Silas Deemer tuvieron lugar en el pueblecito de Hillbrook, donde él había vivido durante treinta y un años. Había sido lo que se conoce en algunas partes de la Unión (que supuestamente es una nación libre) como «comerciante»; esto es, tenía una tienda en la que vendía al pormenor artículos de los que se venden comúnmente en tiendas de esta naturaleza. Su honradez nunca había sido puesta en duda, al menos por lo que se sabe de él, y todos sus conciudadanos le tenían en gran estima. La única pega que hubieran podido ponerle los más críticos era su total dedicación a su negocio. Pero no se la pusieron, aunque a muchos otros,

que manifestaron esta dedicación en un menor grado, no se les trató de manera tan benevolente. Los negocios a que Silas se dedicaba con tanto empeño eran mayormente los suyos propios —lo cual, probablemente, marcaba una clara diferencia con respecto a todos los demás.

Cuando la muerte le llegó a Deemer, nadie pudo recordar ni un solo día, excluidos los domingos, que él no hubiese estado en su «almacén», desde que lo había abierto más de un cuarto de siglo antes. Al haber tenido una salud de hierro durante todo ese tiempo, había sido incapaz de encontrar ningún tipo de excusa en cualquier otro asunto que pudiera haberle alejado momentáneamente del mostrador; y se cuenta que en una ocasión en que fue citado por el condado como testigo en un importante juicio al que no acudió, el abogado que tuvo la temeridad de intentar que se le «amonestase» fue solemnemente informado de que al tribunal le resultaba su propuesta «sorprendente». Al ser la sorpresa judicial una emoción que los abogados, por lo general, no tienen la ambición de producir, la moción fue rápidamente retirada y se llegó a un acuerdo con la otra parte sobre lo que el señor Deemer habría declarado si hu-

biera estado allí —la otra parte intentó sacar la mayor tajada posible de este hecho haciendo que el conjeturado testimonio dañara notablemente los intereses de los que lo propusieron—. Para ser breves, existía un sentimiento generalizado en toda la región de que Silas Deemer era la única verdad inamovible de Hillbrook, y que su desplazamiento en el espacio causaría alguna terrible desgracia pública o alguna calamidad descomunal.

La señora Deemer y sus dos hijas ya mayores de edad ocupaban las habitaciones del piso superior del mismo edificio, pero nunca se supo que Silas durmiera jamás en otro lugar que no fuese el catre que tenía detrás del mostrador de su tienda. Y fue allí donde se le encontró una noche, de forma un tanto accidental, al borde de la muerte, y donde poco después falleció, instantes antes de subir las persianas del establecimiento. Aunque no articuló palabra alguna, parecía estar consciente, y algunos de los que mejor le conocían pensaron que si su fin se hubiera retrasado un poco más allá de la hora de abrir la tienda, las consecuencias para él hubieran sido deplorables.

Así había sido Silas Deemer —tal había

sido la rutina y falta de diversidad en su vida y sus costumbres, que el humorista del pueblo (que había ido incluso a la universidad durante algún tiempo) se sintió legitimado para darle el sobrenombre de «el bueno de *Ibidem*» y, en el primer número del periódico local tras su muerte, explicó sin intención de herir sensibilidades que Silas se había tomado por fin «el día libre»—. Habían pasado varios días, pero según todos los informes, todavía dentro del primer mes desde su defunción, cuando el señor Deemer empezó a dar claras muestras de que aún no se sentía lo suficientemente ocioso como para dejarse llevar por la muerte.

Alvan Creede era uno de los ciudadanos más respetados de Hillbrook; era banquero. Vivía en la casa más bonita del pueblo, tenía un carruaje y era el hombre más querido y valorado del lugar en muchos sentidos. Era también conocedor de las ventajas que a uno le reporta el viajar, pues había estado a menudo en Boston y una vez, según comentaban algunos, en Nueva York, aunque él negaba con modestia esta deslumbrante distinción. Nos referimos aquí a este asunto sólo como una prueba más de la indudable valía del señor Creede, pues en am-

bos casos este hecho redundaría en su beneficio —en el de su inteligencia si hubiera estado en contacto, aunque sólo fuera temporalmente, con la cultura metropolitana, o en el de su franqueza si no lo hubiera hecho.

Una tranquila noche de verano a eso de las diez, el señor Creede traspasó la verja del jardín, avanzó por el camino de gravilla, que parecía especialmente blanca a la luz de la luna, subió los escalones de piedra de su bonita casa y, deteniéndose un instante, introdujo la llave en la cerradura. Cuando empujó la puerta, se encontró frente a su mujer que estaba cruzando en ese momento el pasillo desde el saloncito hacia la biblioteca. Ella le saludó cariñosamente y abriendo un poco más la puerta la sujetó para que pasase. Pero en vez de entrar, se dio la vuelta y, mirando al suelo delante de sus pies en el umbral de la puerta, soltó una exclamación de sorpresa.

—¡Pero bueno! ¿Qué demonios —dijo—, ha ocurrido con el tarro?

—¿De qué tarro hablas, Alvan? —le preguntó su mujer, sin mostrar demasiada comprensión.

—Un tarro de almíbar de arce; lo compré al pasar por la tienda y lo había

dejado aquí para poder abrir la puerta. ¿Qué demonios...?

—Bueno, bueno, Alvan, por favor no sueltes más juramentos —dijo la mujer, interrumpiéndole. Hillbrook, por cierto, no es el único lugar en la cristiandad donde un politeísmo que viene de antiguo prohíbe mencionar el nombre del Diablo en vano.

El tarro de almíbar de arce que la vida tranquila del pueblo había permitido que su ciudadano más importante trajese desde la tienda hasta su casa no estaba allí.

—¿Estás completamente seguro, Alvan?

—Querida, ¿piensas que un hombre no sabe cuándo lleva un tarro encima? Compré ese almíbar en la tienda de Deemer de camino a casa. El mismo Deemer me lo puso y me dejó prestado el tarro, y yo...

Esta frase ha permanecido incompleta hasta hoy mismo. El señor Creede entró tambaleándose en la casa, pasó al saloncito y se dejó caer sobre un sillón, mientras repentinos temblores recorrían todo su cuerpo. Había recordado súbitamente que Silas Deemer llevaba tres semanas bajo tierra.

La señora Creede se quedó junto a su marido, mirándole con una mezcla de

sorpresa y nerviosismo.

—¡Por el amor de Dios! —le dijo—, ¿pero qué te ocurre?

Al no tener la confusión del señor Creede ninguna relación evidente con los afectos del Altísimo, no le pareció necesario esforzarse en responder a esa pregunta, y no dijo ni una palabra — simplemente fijó la mirada en el infinito—. Pasaron varios instantes de silencio, salpicados únicamente por el tictac del reloj, que parecía de alguna manera andar más despacio que de costumbre, como si les estuviera concediendo amablemente un poco más de tiempo para recuperar sus sentidos.

—Jane, me he vuelto loco, debe de ser eso. —Hablabas de forma alterada y atropellada—. Me deberías haber avisado; tienes que haber notado los síntomas antes de que se hayan vuelto tan evidentes que yo mismo me he dado cuenta de ellos. Creía que había pasado por delante de la tienda de Deemer; estaba abierta e iluminada (es lo que creía; aunque, por supuesto, ahora ya no está nunca abierta). Silas Deemer estaba allí de pie detrás del mostrador. Dios mío, Jane, yo le vi con tanta claridad como te estoy viendo a ti ahora. Al acordarme de que habías dicho que ne-

cesitabas almíbar de arce, entré en la tienda y lo compré, eso hice, le compré un litro de almíbar de arce a Silas Deemer, que está muerto y enterrado; aunque fue él quien lo sacó para mí de un barril y me lo dio en un tarro. Incluso me habló, con bastante seriedad y, eso sí, más aún de lo que era habitual en él, pero no recuerdo ni una palabra de lo que me dijo. Pero yo le vi, por todos los santos, le vi y hablé con él, ¡y él está muerto! O eso pensaba, pero debo de estar loco, Jane, loco de atar; y tú no me lo habías dicho.

Este largo monólogo proporcionó a la mujer tiempo suficiente para recuperar sus sentidos.

—Alvan —le dijo—, no has dado ninguna muestra de locura, créeme. Ha debido de ser imaginación tuya, ¿cómo podría ser de otra manera? ¡Sería demasiado terrible! Pero de locura nada de nada; simplemente pasas demasiadas horas en el banco. No deberías haber ido a la reunión de directores esta tarde; cualquiera se hubiera dado cuenta de que no te encontrabas bien; yo sabía que algo tenía que pasar.

A él le habría podido parecer que la profecía se había cumplido un poco tar-

de, habiendo esperado a que el suceso ocurriese, pero no dijo nada al respecto, al estar más preocupado por su propio estado. Ahora estaba más tranquilo y podía pensar con calma.

—Sin lugar a duda, el fenómeno tuvo carácter subjetivo —dijo, con un cierto tono burlesco, al cambiar al discurso de la ciencia—. Aunque aceptásemos la posibilidad de una aparición espiritual e incluso de una materialización, la aparición y materialización de un tarro de arcilla marrón de dos litros (un recipiente de alfarería tosca y pesada) salido de la nada era casi del todo inconcebible.

Casi no había terminado de hablar, cuando una niña entró corriendo en la habitación —se trataba de su hija pequeña—. Estaba en camisón. Acercándose a la carrera hasta su padre, abrió los brazos de par en par para colgarse de su cuello, mientras decía:

—Eres muy travieso, papá, se te ha olvidado venir a darme un beso. Te oímos abrir la verja y nos levantamos para verte por la ventana. Y, querido papaíto, Eddy pregunta si no se podría quedar con el tarro que traías una vez que esté vacío.

Cuando por fin todas las implicaciones

de esta nueva revelación consiguieron abrirse paso hasta el raciocinio de Alvan Creede, se le vio temblar visiblemente. Pues la niña no podía haber oído ni una palabra de la conversación entre él y su esposa.

Al quedar las propiedades de Silas Deemer en manos de un administrador que había considerado más sensato deshacerse del «negocio», la tienda había permanecido cerrada desde el día de la muerte de su dueño y los productos que en ella quedaban se los había llevado otro «comerciante» que los había comprado en bloque. También las habitaciones de encima del local estaban vacías, ya que la viuda y sus hijas se habían mudado a otra ciudad.

Al atardecer del día siguiente al de la aventura de Alvan Creede (que de alguna extraña manera había «trascendido»), una multitud de hombres, mujeres y niños se agolpaban en la acera de enfrente de la tienda. Para entonces ya era sabido por todos los residentes de Hillbrook que este lugar era frecuentado por el espíritu del difunto Silas Deemer, si bien muchos de ellos fingían no creérselo. De entre ellos, los más intrépidos, que eran también los más jóvenes, lanzaban piedras contra la fa-

chada del inmueble, la única parte a la que podían llegar, aunque tenían gran cuidado de no romper las ventanas, pues las contraventanas estaban abiertas. Todavía su incredulidad no se había convertido en malicia. Unas pocas almas aventureras cruzaron la calle y sacudieron la puerta en su marco; encendieron cerillas y las acercaron hasta el escaparate para intentar ver algo dentro del oscuro interior. Algunos de los espectadores atraieron la atención de los demás al gritar, gruñir e incluso retar al fantasma a una carrera.

Después de un tiempo considerable sin que el espíritu diese la cara y cuando buena parte de la multitud ya se había ido, todos los que quedaban comenzaron a observar que el interior de la tienda estaba inundado de una luz amarillenta mortecina. Ante este hecho toda manifestación de los más variopintos sentimientos cesó; las almas intrépidas de cerca de la puerta y el escaparate se echaron hacia atrás, hasta el otro lado de la calle y se mezclaron entre la gente; los jovenzuelos dejaron de tirar piedras. Nadie hablaba ya en tono normal; todos murmuraban con gran excitación mientras apuntaban con el dedo hacia donde la luz se hacía ahora cada

vez más intensa. Nadie se atrevía a conjeturar cuánto tiempo había transcurrido desde que la mortecina luz del principio había sido vista, pero al final la iluminación era lo bastante intensa como para mostrar todo el interior de la tienda; y allí, de pie delante de su escritorio, detrás del mostrador, íse veía perfectamente a Silas Deemer!

El efecto de la visión en la muchedumbre fue increíble. Comenzó a dispersarse con rapidez por ambos flancos, a medida que los más tímidos abandonaban el lugar. Algunos corrieron tan rápido como se lo permitieron sus piernas; otros se dispersaron con mayor dignidad, dándose la vuelta de vez en cuando para echar una ojeada por encima del hombro. Al final, alrededor de una veintena larga de ellos, en su mayoría hombres, se quedaron donde estaban, sin hablar, con la mirada fija y muy nerviosos. La aparición dentro de la tienda no parecía prestarles ninguna atención; aparentemente estaba ocupada revisando un libro de cuentas.

Finalmente, tres hombres se separaron del grupo que estaba en la acera y, como movidos por un mismo impulso, cruzaron la calle. Uno de ellos, un hombre

corpulento, estaba a punto de cargar con su hombro contra la puerta cuando ésta se abrió, al parecer sin que hubiera nadie al otro lado, y los curiosos investigadores se metieron en la tienda. Tan pronto como cruzaron el umbral, los sobrecogidos testigos vieron que empezaban a comportarse de una forma inexplicable. Alargaban sus brazos hacia delante, tanteaban inseguros el entorno, chocaban violentamente contra el mostrador, o contra cajas y barriles que había en el suelo, y acababan por colisionar unos contra otros. Se giraban con torpeza hacía aquí y allá como si estuvieran intentando escapar, pero ya les era imposible volver por donde habían entrado. Se oía cómo sus voces soltaban todo tipo de improperios y maldiciones. Pero el fantasma de Silas Deemer no mostró en ningún momento interés alguno por lo que allí estaba sucediendo.

Nadie ha podido jamás explicar qué tipo de impulso hizo reaccionar a la multitud, pero toda la masa de gente — hombres, mujeres y niños, e incluso los perros— se abalanzó sin ningún orden y a la carrera hacia la entrada. Bloquearon la puerta al intentar adelantarse los unos a los otros, aunque al final se

colocaron en fila india y avanzaron pasito a pasito hacia el interior. Por alguna sutil alquimia física o espiritual, la pura observación se había convertido de repente en acción —los testigos se habían transformado en partícipes en el espectáculo—, el público había invadido el escenario.

Para el único espectador que quedaba al otro lado de la calle —Alvan Creede, el banquero— el interior de la tienda, con toda la multitud que en ella entraba, seguía estando perfectamente iluminado; todos los extraños eventos que allí ocurrían eran claramente visibles. Para los que estaban dentro, sin embargo, todo permanecía en la más completa oscuridad. Era como si cada persona que atravesaba la puerta se hubiera quedado ciega de repente y vuelto loca por el infortunio. Andaban a tientas con una total imprecisión, intentaban buscar el camino hacia la salida contra el torrente humano, se empujaban y clavaban los codos, lanzaban golpes al azar, se caían y eran pisados por los demás, se ponían en pie y pisaban a los otros. Agarraban a los demás de las ropas, del pelo, de la barba; luchaban como animales, maldiciéndose, chillando, llamándose los unos a los otros todo tipo de

insultos y obscenidades. Cuando por fin Alvan Creede hubo visto a la última persona de la fila entrar en aquel terrible tumulto, la luz que lo había estado iluminando se apagó repentinamente, y todo quedó tan oscuro para él como para los que estaban dentro. Se dio media vuelta y se fue de allí.

A la mañana siguiente, muy temprano, un grupo de curiosos se había congregado alrededor del «local de Deemer». Estaba compuesto en parte por los que habían salido huyendo la noche anterior, pero ahora mostraban su valentía a la luz del día, y en parte por gente honrada que se dirigía a su trabajo diario. La puerta del establecimiento estaba abierta; la tienda estaba vacía, pero en sus paredes, en el suelo y en los muebles había trozos de vestiduras y mechones de cabello. Los habitantes más combativos de Hillbrook habían conseguido salir del tumulto y habían llegado hasta sus casas para curarse las heridas, y jurar y perjurar que habían estado toda la noche en la cama. Sobre el escritorio cubierto por el polvo, detrás del mostrador, estaba el libro de ventas. Las anotaciones en él, de puño y letra de Deemer, habían cesado el 16 de julio, el último día de su

vida. No quedaba constancia alguna de una venta posterior a Alvan Creede.

Éste es el relato completo de lo ocurrido, excepto que una vez que las pasiones de los hombres habían remitido y la razón había recuperado su curso inmemorial, se comentaba en Hillbrook que, teniendo en cuenta el carácter inofensivo y honrado de su primera transacción comercial en su nueva condición, al difunto Silas Deemer se le podía haber ocurrido continuar con su negocio en el viejo establecimiento sin montar tal alboroto. Con esta opinión el historiador local, de cuyos escritos no publicados se han extraído los hechos aquí contados, tuvo el buen juicio de mostrarse de acuerdo.

La muerte de Halpin Frayser

I

Pues con la muerte se produce un cambio más profundo de lo que jamás se ha sospechado. Por lo general es el espíritu que partió el que vuelve en ocasiones y es visto, a veces, por los vivos (apareciendo en forma del cuerpo que en otro tiempo ocupó); sin embargo, ha ocurrido también que el propio cuerpo sin el espíritu se ha puesto a deambular. Y, según aquellos que se han topado con uno y siguen vivos para contarlo, un espectro que se levante de esta guisa no posee ningún sentimiento humano ni recuerdos de su pasado, sino, únicamente, odio. Además, se sabe que algunos espíritus que

fueron bondadosos en vida se volvieron muy perversos tras la muerte.—*Hali*

En una noche oscura de pleno verano, un hombre, al despertarse de un placentero sueño en un bosque, levantó la cabeza del suelo y, fijando la mirada unos breves instantes en la oscuridad, dijo: «Catherine Larue». No dijo nada más; y no tenía ni idea de la razón por la que había pronunciado ese nombre.

El hombre se llamaba Halpin Frayser. Vivía en Santa Elena; aunque dónde vive ahora es difícil de saber, pues está muerto. Alguien que se dedica a dormir en el bosque sin nada por debajo, excepto las hojas secas y la tierra húmeda, y nada por encima, excepto las ramas de las que las hojas ya han caído y el cielo del que cayó la tierra, no puede esperar una gran longevidad, y Frayser ya había alcanzado la edad de treinta y dos años. Hay gente en este mundo, millones de personas, y con mucho las mejores, que la consideran una edad ya muy avanzada. Son los niños. Para aquellos que observan el viaje de la vida desde su puerto de partida, la barca que ha conseguido alejarse una cierta distancia ya parece estar acercándose a la otra orilla. Sin embargo,

no está claro que Halpin Frayser hallase la muerte por dormir a la intemperie.

Había pasado todo el día en las colinas al oeste del Valle de Napa, en busca de palomas y demás caza menor que estuviese en temporada. Al atardecer el cielo se había encapotado y había perdido la orientación, y aunque sólo hubiera tenido que tirar hacia abajo —que es siempre el camino más seguro cuando uno se pierde—, la ausencia de senderos le había impedido avanzar, con lo cual la noche se le echó encima cuando aún estaba en el bosque. Incapaz de atravesar en la oscuridad los espesos matorrales de manzanita y demás arbustos, completamente desorientado y vencido por la fatiga, se había tendido cerca de las raíces de un gran madroño y se había quedado profundamente dormido. Fue horas más tarde, ya bien entrada la noche, cuando uno de los misteriosos mensajeros del Altísimo, planeando a la cabeza de un gran grupo de sus compañeros que se desplazaban hacia el oeste con la luz del alba, pronunció la palabra que despertó de su sueño al durmiente, quien se sentó erguido y dijo, sin saber por qué, un nombre, sin saber de quién era.

Halpin Frayser estaba lejos de ser un filósofo, y tampoco era un científico. La circunstancia de que, habiéndose despertado de un profundo sueño durante la noche en mitad del bosque, hubiera dicho en voz alta un nombre que no podía traer a su memoria y tampoco ocupaba un sitio en su mente no le produjo una curiosidad lo bastante intensa como para analizar el evento. Pensó que era raro, y con un leve temblor del todo natural, como para dar por buena la suposición de que en esta época del año las noches son frescas, se volvió a echar y se quedó dormido. Pero su sueño no fue ya tranquilo y placentero.

Creó que se encontraba andando por un camino polvoriento que parecía de color blanco en la oscuridad cada vez más profunda de la noche de verano. No sabía de dónde venía o a dónde llevaba, ni por qué estaba caminando por él, aunque todo se le antojaba simple y natural, como suele ocurrir en los sueños, pues en la «tierra que queda más allá de la cama» las sorpresas no nos llegan a preocupar y nuestro juicio descansa. Poco después llegó a una bifurcación del camino; de la vereda principal salía otra menos transitada que, de hecho, parecía haber sido del todo aban-

donada, ya que, creyó, se dirigía hacia algo maligno; y, sin embargo, lo siguió sin dudar ni un momento, impulsado por una especie de necesidad imperiosa.

A medida que avanzaba, se dio cuenta de que fuerzas invisibles cuyo origen su mente no podía determinar le guiaban los pasos. Desde detrás de los árboles, a ambos lados del camino, escuchó susurros discontinuos e incoherentes en una lengua extraña, pero que, sin embargo, entendía parcialmente. Le parecieron los pronunciamientos fragmentados de una conspiración monstruosa contra su cuerpo y su alma.

Ya había pasado largo tiempo desde la caída de la noche y, sin embargo, el bosque interminable por el que seguía caminando estaba iluminado por una luz tenue y pálida que, al parecer, no surgía de un foco concreto, ya que en su misteriosa dispersión ningún objeto proyectaba su sombra. Un charco poco profundo que se había formado, probablemente por algún aguacero reciente, en el surco producido hacía tiempo por el paso de una rueda, atrajo su atención con un leve resplandor encarnado. Se inclinó y sumergió la mano en él. Sus dedos se mancharon, ¡era sangre! Esa sangre, entonces se dio cuenta, lo cubría

todo a su alrededor. Las plantas, que crecían profusamente a los lados del camino, mostraban manchones y salpicaduras de ella sobre sus hojas grandes y anchas. Las franjas de polvo seco entre los surcos dejados por las ruedas estaban cubiertas de líneas y gotas, al parecer, producidas por una lluvia roja. Los troncos de los árboles estaban manchados de amplias marcas color carmesí, y de sus hojas goteaba la sangre como si de rocío se tratase.

Se dio cuenta de todo esto con un terror que no parecía incompatible con la sensación de estar cumpliendo un designio que había esperado largo tiempo. Le pareció que todo le ocurría a modo de expiación por algún crimen que, aunque él admitía haber cometido, le era imposible traer a su memoria. Su conciencia se volvió una atrocidad añadida a los misterios y amenazas que le rodeaban. Intentó en vano repasar su vida en su mente, para recuperar el momento de su pecado; escenas e incidentes se apelo-tonaron de forma tumultuosa en su cabeza; cada imagen borraba la anterior, o se mezclaba con ella en una gran confusión y oscuridad, pero en ningún instante descubrió la menor pista de lo que buscaba. Este fracaso incrementó su te-

rror y se sintió como alguien que ha cometido un asesinato en la oscuridad y no sabe ni a quién ni por qué ha matado. Tan estremecedora era la situación —la luz misteriosa se consumía con una amenaza lúgubre y silenciosa; las perniciosas plantas, los árboles, que parecían haberse puesto de acuerdo para mostrarse lánguidos y malévolos, conspiraban a sus ojos para destruir la paz de su espíritu; por encima de él y a su alrededor se oían susurros sorprendentes y perfectamente audibles, y suspiros de criaturas claramente de otros mundos— que no pudo aguantarla por más tiempo, y con un enorme esfuerzo, en un intento de deshacer un hechizo perverso, que mantenía sus facultades prisioneras del silencio y la inactividad, chilló con toda la fuerza de sus pulmones. Pareció que su voz se había roto en una infinita multitud de sonidos desconocidos, salió balbuceando y tartamudeando hacia los lugares más recónditos del bosque, se fue apagando, y todo quedó en silencio como antes. Pero, al menos, había visto surgir su capacidad de oponer resistencia y se sintió reconfortado por ello. Dijo:

—No me someteré sin decir lo que pienso. Puede que haya otras presencias que

no son perversas deambulando por este camino maldito. Les dejaré un testimonio de mi experiencia y una petición. Relataré mis penurias, las persecuciones que he sufrido, iyo, que soy un mortal indefenso, un penitente, un poeta que a nadie ha ofendido!

Halpin Frayser era un poeta sólo en la medida en que era un penitente, esto es, en su sueño.

Sacando de entre sus ropas un pequeño libro de bolsillo encuadernado en piel roja, la mitad del cual estaba lleno de cortas reseñas de sus vivencias, cayó en la cuenta de que no tenía con qué escribir. Cortó una ramita de un arbusto, la introdujo en un charco de sangre y escribió con rapidez. Casi ni había tocado el papel con la punta de la ramita cuando oyó una sorda e irracional carcajada a una distancia difícil de precisar, que parecía ir subiendo de tono y sonaba cada vez más cerca; una risa sin espíritu, sin corazón ni alegría, como la de un idiota solitario a la orilla de un lago a medianoche; una risa que se vio rematada con un grito sobrenatural muy cerca de donde se encontraba, y que luego se fue apagando poco a poco, como si la criatura maldita que lo había emitido se hubiese re-

tirado hasta detrás de ese borde del mundo de donde había surgido. Pero el hombre tuvo el presentimiento de que eso no era así —de que seguía allí cerca y no se había movido.

Una rara sensación comenzó a invadir su cuerpo y su mente. No hubiera podido precisar cuál, si es que alguno de sus sentidos se había visto afectado por ella; más bien lo sintió como si de una conciencia se tratase —una misteriosa certeza en su mente de la existencia de una presencia poderosísima—, alguna fuerza malévola y sobrenatural que era diferente de todas las fuerzas invisibles que pululaban a su alrededor, y que tenía poderes superiores a ellas. Sabía que había soltado aquella cargada repulsiva. Y ahora parecía acercarse a él, sin que él supiera de dónde venía, ni se atreviese a intentar suponerlo. Todos sus miedos previos quedaron olvidados o se sumaron al descomunal terror del que ahora era presa. Aparte de esto, sólo tenía un pensamiento: acabar su petición dirigida a las fuerzas benignas que, atravesando el bosque encantado, quizás llegarían algún día a rescatarle, si es que la bendición de ser aniquilado con anterioridad le era negada. Escribía con

gran premura, y de la ramita que tenía entre sus dedos fluía sangre sin cesar; sin embargo, a mitad de una frase, sus manos dejaron de responder a las órdenes de su cerebro, sus brazos cayeron a sus costados y el libro, al suelo; incapaz de moverse o de gritar, se encontró con la vista clavada en la cara claramente visible y los ojos vacíos y sin vida de su propia madre, que permanecía delante de él blanca y silenciosa, vestida con las ropas con que la habían enterrado.

II

En su juventud, Halpin Frayser había vivido con sus padres en Nashville, Tennessee. Los Frayser eran una familia adinerada que conservó una buena posición en el tipo de sociedad que había sobrevivido a la destrucción causada por la Guerra Civil. Sus hijos recibieron los privilegios sociales y de educación típicos de su tiempo y región, y habían aprovechado las buenas influencias y la formación recibida, desarrollando unos modales agradables y unas mentes cultas. Halpin, que era el más joven y no demasiado fuerte físicamen-

te, estaba quizás un poco «mimado». Además, tuvo la doble desventaja de la excesiva dedicación de su madre y la total despreocupación de su padre. El cabeza de familia era lo que ningún adinerado sureño puede evitar ser: un político. Su país o, mejor dicho, su sección del mismo y su Estado, requerían tal cantidad de su tiempo y de su atención que se vio obligado a hacer oídos sordos a sus obligaciones familiares debido al clamor de los líderes políticos y a los vítores de otros, incluidos los suyos propios.

El joven Halpin era por naturaleza soñador, indolente y bastante romántico; más adicto a la lectura de literatura que a la del derecho, profesión para la cual se le había preparado. Entre aquellos de sus familiares que profesaban la creencia moderna en la herencia genética se pensaba que en él la personalidad del fallecido Myron Bayne, un bisabuelo por parte de su madre, había renacido para seguir admirando la luna, cuya esfera había afectado suficientemente su vida como para llegar a ser un poeta de notable renombre en el periodo colonial. Sin ser especialmente patente, sí que se podía observar que, aunque este Frayser no era el orgulloso

dueño de uno de los suntuosos volúmenes de las «obras poéticas» de su antepasado (cuyos gastos de impresión corrieron a costa de la familia y fueron pronto retirados de un mercado hostil), era un Frayser atípico del todo, y que había una indisposición un tanto ilógica en la persona del descendiente espiritual a la hora de recordar al gran difunto. Halpin era, por lo general, despreciado como una especie de oveja negra intelectual que podía traer la vergüenza y el deshonor al rebaño en cualquier momento, al empezar a balar en verso. Los Frayser de Tennessee eran gente muy práctica; no práctica en el sentido habitual de devoción a empresas sórdidas, sino que mostraban desdén por cualquier cualidad en una persona que la inhabilitase para la saludable vocación de la política.

Para hacer justicia al joven Halpin, convendría aclarar que, aunque en él se habían reproducido fielmente la mayoría de las características mentales y morales que la historia y la tradición familiar adscribían al famoso bardo colonial, su herencia en lo que se refiere al don poético y la divina facultad era una pura inferencia. No sólo no se le conocía haber cortejado nunca a la

musa, sino que, además, no había sido capaz de escribir una línea de poesía correctamente para salvarse del escarnio del «Matador de los Eruditos». Y, sin embargo, era imposible predecir cuándo esa facultad aletargada despertaría y comenzaría a golpear la lira.

Mientras tanto, el joven vivía de forma despreocupada. Entre él y su madre había una química perfecta, pues en secreto la señora era una devota discípula del difunto y venerado Myron Bayne. Si bien con el tacto que, por lo general y en justicia, tanto se admira en su sexo (a pesar de esos calumniadores impenitentes que insisten en que esta virtud no es sino pura astucia), había conseguido ocultar esa debilidad ante los ojos de todos excepto de aquellos que la compartían. Ese sentido de culpabilidad presente en ambos suponía otro nexo de unión entre ellos. Si en su juventud Halpin había sido «mimado» por su madre, él mismo había contribuido decisivamente a este hecho. A medida que fue convirtiéndose en la clase de hombre que un sureño al que no le importan los resultados de las elecciones puede llegar a ser, el vínculo entre él y su hermosa madre —a quien desde su más tierna infancia había llamado Katy—

se fue volviendo cada vez más fuerte y más afectuoso cada año que pasaba. En estos dos espíritus románticos se ponía de manifiesto de forma evidente ese fenómeno al que a menudo se presta poca atención: la preponderancia del componente sexual en todas las relaciones humanas, haciendo más fuertes, más delicadas y más bellas incluso las de consaguinidad. Los dos eran casi inseparables y los desconocidos que observaban su extraño comportamiento a menudo los tomaban por amantes.

Al entrar un día en el tocador de su madre, Halpin Frayser la besó en la frente, jugueteó unos instantes con un rizo de su oscuro cabello, que se había escapado de las horquillas que lo sujetaban, y, haciendo un claro esfuerzo por mantener la calma, le dijo:

—¿Te importaría mucho, Katy, si mi presencia fuese requerida en California durante unas pocas semanas?

Resultaba del todo innecesario que Katy contestase con sus labios a una pregunta a la que sus reveladoras mejillas ya habían dado respuesta al instante. Claro que le importaría mucho; y las lágrimas brotaron también de sus grandes ojos marrones como evidencia de su dolor.

—Oh, hijo mío —dijo ella, mientras le miraba a la cara con un cariño infinito—, debí suponer que este momento llegaría. ¿No me he pasado la mitad de la noche despierta y entre sollozos porque, durante la otra mitad, el abuelo Bayne vino a visitarme en sueños, y quedándose junto a su retrato (en el que está joven y atractivo, también), señaló hacia el tuyo sobre la misma pared? Y cuando lo miré me pareció que no podía discernir tus rasgos; te habían pintado con un velo sobre el rostro, como el que ponen sobre los muertos. Tu padre se ha reído de mí, pero tú y yo, querido, sabemos que tales cosas tienen su significado. Y vi por debajo del borde inferior del velo las marcas de unas manos en tu cuello; perdóname, pero nunca nos hemos ocultado este tipo de cosas el uno al otro. Quizás tú tengas una interpretación diferente. Quizás no quiera decir que te vas a ir a California. ¿O quizás me lledes contigo?

Habría que aclarar que esta interpretación ingeniosa del sueño a la vista de la nueva información aportada no resultó convincente para la mente más lógica del hijo; por el momento, al menos, él estaba convencido de que el sueño presagiaba un desastre más simple

e inmediato, aunque menos trágico, que una visita a la costa del Pacífico. La impresión de Halpin Frayser era que iba a morir estrangulado en la tierra que le vio nacer.

—¿No hay balnearios en California? — prosiguió la señora Frayser antes de que tuviera tiempo de darle su correcta lectura del sueño—, ¿lugares donde una se pueda recuperar del reumatismo y la neuralgia? Mira, mis dedos parecen estar tan rígidos que casi podría asegurar que me causan grandes dolores mientras duermo.

Tendió las manos hacia él para que las inspeccionara. Este narrador es incapaz de precisar cuál era el diagnóstico del caso, que el joven prefirió guardarse para sí con una sonrisa, pero sí que se siente obligado a aclarar que nunca dedos en apariencia más flexibles y sin signo de dolor han sido sometidos a una inspección médica, incluso por los más descarados pacientes que desean que se les recete un viaje a lugares exóticos.

El resultado de todo esto fue que, de estas dos extrañas personas que tenían nociones del deber igualmente extrañas, la una se fue a California, como lo requería el interés de su cliente, y la otra se quedó en casa, siguiendo unos

deseos que su marido no era del todo consciente de tener.

Durante su estancia en San Francisco, Halpin Frayser andaba una noche oscura por la orilla de la bahía, cuando, de una forma totalmente inesperada que le sorprendió y le desconcertó, se convirtió en marinero. De hecho, fue «raptado» y subido a bordo de un bonito barco, muy bonito, en el que navegó a lejanos países. Pero sus desventuras no terminaron con el viaje, ya que el barco embarrancó en una isla del sur del Pacífico y hubieron de pasar seis años hasta que los supervivientes fueron rescatados por un aventurado navío mercante y devueltos a San Francisco.

Aunque con los bolsillos vacíos, Frayser no había perdido el orgullo de espíritu que le había caracterizado en los años previos, que ahora parecían siglos. Nunca hubiese aceptado la caridad de desconocidos; y fue mientras estaba viviendo con uno de los otros supervivientes cerca de Santa Elena, en espera de noticias y de dinero de su casa, cuando había salido a cazar y a soñar en el bosque.

¡La aparición que estaba frente a aquel hombre recién salido de su sueño en el bosque encantado —la criatura que tanto se parecía y, sin embargo, era tan diferente de su madre— era aterradora! No despertó amor ni afecto alguno en su corazón; no le trajo bonitos recuerdos de un feliz pasado; no le inspiró sentimientos de ningún tipo; todas las emociones más hermosas se las tragó de inmediato el miedo. Intentó darse la vuelta y huir de su presencia, pero las piernas no le respondieron; fue incapaz de despegar los pies del suelo. Los brazos le colgaban indefensos a ambos costados; sólo conseguía mantener el control sobre sus ojos, y no se atrevía a apartarlos de las órbitas sin vida de la aparición, que él sabía que no era un alma sin cuerpo, sino la más temible de todas las fuerzas que abarrotaban aquel bosque encantado: ¡un cuerpo sin alma! En su intensa mirada en blanco no había amor, ni piedad, ni inteligencia; nada a lo que poder dirigir una apelación de compasión. «Una apelación nunca engaña», pensó, en una absurda regresión a la jerga profesional, que hizo la situación aún más horrible, como si la punta encendida de un puro iluminase una tumba.

Durante un rato, que pareció tan largo que el mundo se tornó gris debido a la edad y a los pecados, el bosque encantado, que ya había conseguido su propósito en esta monstruosa culminación de sus terrores, desapareció de su conciencia con todos sus paisajes y sonidos, y la aparición permaneció a menos de un paso de distancia, mirándole con la malevolencia irracional de una bestia salvaje. Luego, ¡extendió los brazos hacia adelante y saltó sobre él con una ferocidad indescriptible! Este hecho liberó las energías físicas del hombre, pero sin desatar las de su voluntad; su mente era todavía prisionera del hechizo, aunque su fornido cuerpo y sus ágiles extremidades, cargadas de una ciega e inconsciente vida propia, opusieron una resistencia firme y convencida. Por unos momentos le pareció observar como mero espectador esta batalla tan antinatural entre una inteligencia muerta y un autómeta que respiraba —tales ilusiones ocurren en los sueños—; después, recobró su identidad, como si de un salto se hubiese metido en su cuerpo de nuevo y el esforzado autómeta tuviese una voluntad que lo guiaba tan atenta y feroz como la de su repelente anta-

gonista.

¿Pero qué mortal es capaz de hacer frente a una criatura de sus sueños? La imaginación que crea al enemigo ya ha sido derrotada de antemano; el resultado del combate es la causa del combate. A pesar de su lucha, a pesar de su fuerza y de su resistencia, que parecían malgastadas en un gran vacío, sintió los dedos fríos ceñirse alrededor de su cuello. Había caído de espaldas sobre la tierra; vio encima de él la cara sin vida y perfectamente perfilada a menos de un palmo de la suya y, luego, todo se volvió negro. Un ruido como el redoble de tambores lejanos; un murmullo de una multitud de voces; un grito agudo en la distancia que acallaba a todos los demás, y Halpin Frayser soñó que estaba muerto.

IV

A una noche cálida y despejada le siguió una mañana empañada por una niebla húmeda. Más o menos a media tarde del día anterior, una nubecilla de ligero vapor —una mera densificación del aire, el espíritu de una nube— había sido vista colgando de la ladera oeste

del monte Santa Elena, allá arriba, alrededor de las desoladas alturas cerca de la cima. Era tan fina, tan diáfana, tan parecida a una ilusión hecha realidad, que uno hubiera exclamado: «¡Mírala rápido! En un momento habrá desaparecido».

Un instante más tarde ya era visiblemente más grande y densa. Mientras uno de sus extremos seguía pegado a la montaña, el otro se extendía cada vez más lejos de ella por encima de sus faldas. Al mismo tiempo también avanzaba hacia el norte y el sur, juntándose con pequeños bancos de bruma que parecían despegarse de los lados de la montaña a la misma altura exactamente, como si un designio inteligente los fuese absorbiendo. Y así creció y creció hasta que la cima desapareció de la vista, y sobre el mismo valle la bóveda celeste se iba volviendo cada vez más gris y opaca. En Calistoga, que queda cerca de la cabeza del valle y a los pies de la montaña, ésta fue una noche sin estrellas y una mañana sin sol. La niebla descendió hasta el valle, siguió avanzando hacia el sur, tragándose en su camino rancho tras rancho, hasta que borró de la vista la ciudad de Santa Elena, que estaba a trece kilómetros. El polvo de

los caminos se posó en el suelo; los árboles se cubrieron de gotas de humedad; los pájaros permanecieron a cubierto en sus nidos; la luz de la mañana era melancólica y lúgubre, sin color ni calor alguno.

Dos hombres salieron de Santa Elena con los primeros destellos del alba, y avanzaron por el camino hacia el norte, ascendiendo por el valle en dirección a Calistoga. Llevaban sus rifles al hombro y, sin embargo, nadie que entendiera de tales asuntos los hubiera confundido con cazadores de aves o animales más grandes. Eran un ayudante de *sheriff* de Napa y un detective de San Francisco; se llamaban Holker y Jaralson, respectivamente. Su oficio era el de cazar hombres.

—¿A qué distancia está? —preguntó Holker, mientras seguían andando por el camino, levantando con los pies pequeñas nubes de polvo blanco que surgían desde debajo de la húmeda superficie.

—¿La Iglesia Blanca? Ya estamos a menos de un kilómetro —respondió el otro—. Por cierto —añadió—, no es blanca, ni es una iglesia; es una escuela abandonada, gris por el paso del tiempo y la falta de uso. Hace tiempo se celebraban en ella servicios religiosos, cuando

era blanca; y hay un cementerio que haría las delicias de cualquier poeta. ¿Te vas haciendo idea de por qué envié a buscarte y te dije que vinieras armado?

—Vaya, yo nunca te he formulado preguntas de ese tipo. La experiencia me dice que cuando quieres ser más claro lo eres. Pero si me estás pidiendo que adivine, supongo que lo que quieres es que te ayude a arrestar a uno de los cadáveres del cementerio.

—¿Te acuerdas de Brascom? —dijo Jaralson, dejando pasar la muestra de ingenio de su compañero con la indiferencia que se merecía.

—¿El tipo que degolló a su mujer? Como para no recordarlo; perdí una semana entera de trabajo por él y todos los gastos que conllevó el asunto. Ofrecen una recompensa de quinientos dólares por su cabeza, pero nadie ha conseguido echarle el guante todavía. ¿No querrás decir que...?

—Pues sí, en efecto. Lo habéis tenido debajo de vuestras narices todo el tiempo. Suele venir por la noche al viejo cementerio de la Iglesia Blanca.

—¡Maldito granuja! Es allí donde enterraron a su mujer.

—Bueno, tú y tus hombres deberíais ha-

ber sido lo bastante agudos como para suponer que volvería a su tumba en algún momento.

—Ése es el último lugar al que nadie hubiese imaginado que volvería.

—Pero ya habíais husmeado por todos los demás lugares. Y como me enteré de vuestros fallidos intentos, me «planté a aguardarle» allí.

—¿Y lo encontraste?

—¡Maldita sea! Él me encontró a *mí*. El muy granuja me pilló primero, me retuvo, como suele hacerse en estos casos y luego me hizo caminar. Sólo la infinita bondad divina hizo que no me enviase al otro barrio. ¡Dios, menudo mal bicho está hecho! Yo me conformaré con la mitad de la recompensa, si tú andas mal de fondos.

Holker se echó a reír con ganas, y le explicó que últimamente sus acreedores le habían importunado como nunca lo habían hecho antes.

—Sólo quería enseñarte el terreno, y que preparásemos un plan de acción —le aclaró el detective—. Supuse que sería mejor venir armados, incluso a plena luz del día.

—Ese hombre debe de estar loco —dijo el ayudante de *sheriff*—. La recompensa es por su detención y condena. Pero si

está loco no le podrán condenar.

El señor Holker se vio tan profundamente afectado por este posible fracaso de la justicia que se detuvo inconscientemente en medio del camino, y luego reanudó su marcha con paso menos firme.

—Bueno, parece estar loco —afirmó Jaralson—. He de reconocer que yo no he visto un bribón con más barba, más desgreñado, peor vestido ni peor de todo lo peor, si excluimos la vieja e ilustre orden de los vagabundos. Pero he decidido dar con él, y ya no puedo dejar de lado ese objetivo. De todas formas, nuestra reputación subirá muchos enteros. Aparte de nosotros, nadie sabe que se encuentra a este lado de las Montañas de la Luna.

—Está bien —dijo Holker—; seguiremos adelante y echaremos una ojeada al terreno —y añadió, en palabras que en algún tiempo fueron un epitafio popular en muchas tumbas—: donde pronto yacerás. Siempre que Brascom llegue a cansarse de ti y de tu manera impertinente de entrometerte en sus asuntos. Por cierto, el otro día llegó hasta mis oídos que Brascom no era su verdadero nombre.

—¿Y cuál es?

—No lo recuerdo. Para entonces ya ha-

bía perdido todo mi interés en el granuja y no se me quedó en la cabeza...; debía de ser algo así como Pardee. La mujer a la que tuvo el mal gusto de degollar era viuda cuando él la conoció. Había venido a California en busca de algún pariente... Hay personas que curiosamente se dedican a esto. Pero supongo que ya lo sabes.

—Por supuesto.

—Pero sin saber el nombre concreto, ¿qué feliz inspiración te permitió dar con la tumba de esa desdichada? El tipo que me dio el nombre me dijo que había sido grabado en la lápida.

—No sé exactamente dónde está la tumba. —Jaralson se mostró aparentemente remiso a admitir su ignorancia acerca de un punto tan crucial en sus planes—. Por lo general, me he limitado a observar el lugar en su conjunto. Parte de nuestro trabajo para esta mañana será identificar la tumba. Aquí está la Iglesia Blanca.

Un buen tramo del camino había estado flanqueado por campos a ambos lados, pero ahora, a la izquierda se extendía un bosque de robles, madroños y altísimos pinos cuyas ramas más bajas apenas se veían ya, borrosas y espectrales entre la niebla. La vegetación más baja

era en algunas zonas densa, pero en ninguna parte se volvía impenetrable. Durante unos instantes, Holker no pudo divisar el edificio, pero cuando giraron para entrar en el bosque, su silueta gris comenzó a surgir indefinida de entre la niebla; parecía enorme y lejano. Sin embargo, tras unos pocos pasos más, ya estaba al alcance de su mano, perfectamente visible, oscurecida por la humedad y de un tamaño insignificante. Tenía la forma típica de una escuela rural —pertenecía a la corriente arquitectónica de «la caja de embalar»—, con cimientos de piedra, un tejado cubierto de musgo, y los huecos de las ventanas vacíos, pues tanto los cristales como los marcos habían desaparecido hacía ya mucho tiempo. Estaba destrozada, aunque no en ruinas —era el perfecto sustituto californiano para lo que los amantes de las guías de viajes para extranjeros etiquetarían como «monumentos del pasado»—. Tras haber echado un breve vistazo a este edificio totalmente carente de interés, Jaralson siguió avanzando adentrándose en los densos arbustos al otro lado del mismo.

—Te enseñaré dónde me pilló y me re-tuvo —dijo—. Esto de aquí es el cementerio.

Aquí y allá, entre la maleza, surgían pequeñas verjas cerradas que rodeaban las tumbas, en ocasiones únicamente una. Se las reconocía con facilidad por las lápidas descoloridas o los tableros de madera podrida, ya fuese a la cabeza o a los pies del difunto, inclinadas con ángulos todos diferentes y algunas caídas; por las destartadas verjas que las rodeaban; o, en algunos casos contados, por el montículo mismo que mostraba su gravilla entre las hojas secas. En muchas ocasiones, no había signo alguno del lugar en el que descansaban los restos de un pobre mortal —quien al morir había abandonado a «un amplio círculo de amigos desconsolados» y, a su vez, había sido abandonado por éstos—, excepto una pequeña depresión en el terreno, más duradera que la pena que había dejado en el espíritu de aquellos amigos. Los senderos, si es que alguna vez habían existido, hacía mucho que habían desaparecido; y árboles de un tamaño considerable habían conseguido crecer sobre las tumbas, quitando de en medio con sus raíces y sus ramas las verjas que las circundaban. Dominando todo este paisaje estaba ese ambiente de abandono y decadencia que no encuentra

lugar más propicio y conveniente para asentarse que un poblado de muertos olvidados.

Mientras los dos hombres, con Jaralson a la cabeza, pues era más emprendedor, se abrían paso entre los grupos de árboles jóvenes, este último se detuvo de pronto y levantó su rifle hasta la altura de su pecho; emitió un murmullo de cautela y se quedó totalmente quieto, con los ojos clavados en algo delante de él. Como buenamente pudo, su compañero, aunque no había visto nada entre los cerrados arbustos, hizo el mismo gesto y se detuvo en idéntica posición, en ansiosa espera de lo que pudiera ocurrir. Unos momentos después, Jaralson siguió avanzando cautelosamente hacia el frente, y el otro siguió sus pasos.

Bajo las ramas de un pino gigantesco yacía el cuerpo sin vida de un hombre. De pie junto a él, los dos compañeros contemplaron los detalles que normalmente atraen primero nuestra atención: la cara, la actitud, la ropa; todo aquello que pudiera responder de forma clara y directa a las preguntas no formuladas de una curiosidad compasiva.

El cuerpo yacía sobre la espalda, con las piernas totalmente abiertas. Uno de

los brazos estaba estirado por encima de la cabeza, mientras el otro lo estaba hacia un costado; pero este último estaba doblado por completo y la mano quedaba cerca del cuello. Ambas manos se encontraban cerradas con gran fuerza. Toda la actitud sugería una resistencia desesperada pero ineficaz a... ¿a qué?

Cerca del cadáver había una escopeta y un zurrón de caza, entre cuyas mallas se podía ver el plumaje de las aves abatidas. Por todas partes se observaban signos de una lucha feroz: los retoños de roble venenoso estaban doblados y habían perdido sus hojas y su corteza; las hojas secas y en descomposición habían sido desplazadas por otros pies hasta formar montones a ambos lados de las piernas del muerto; a la altura de las caderas estaban las marcas inconfundibles de unas rodillas humanas.

La naturaleza del combate se hacía evidente al echar un simple vistazo al cuello y al rostro del hombre muerto. Mientras que las manos y el pecho carecían de color, aquéllos se mostraban totalmente amoratados, casi negros. Los hombros descansaban sobre un pequeño montículo y la cabeza estaba echada hacia atrás, formando un ángulo del todo

inverosímil, con los ojos fuera de sus órbitas, mirando al infinito en dirección contraria a la de los pies. De entre la espuma, que le llenaba su boca abierta, salía una lengua negra e hinchada. El cuello exhibía terribles contusiones; no solamente marcas de dedos, sino magulladuras y heridas producidas por dos manos fornidas que debieron de hundirse en la carne ya sin tensión, manteniendo su descomunal presión durante largo tiempo después de la muerte. El pecho, el cuello, el rostro, todo estaba mojado; la ropa estaba empapada; pequeñas gotas de agua, formadas por la niebla, cubrían el pelo y el bigote del cadáver.

Todo esto lo observaron los dos hombres en silencio, casi en una breve ojeada. Luego Holker dijo:

—¡Pobre diablo! Ha tenido que sufrir lo suyo.

Jaralson vigilaba atentamente mientras tanto el bosque a su alrededor, con su rifle en ambas manos preparado para disparar y el dedo en el gatillo.

—Esto es obra de alguien fuera de sus cabales —dijo, sin despegar los ojos del bosque que los rodeaba—. Lo hizo Brascom... Pardee.

Algún objeto medio escondido entre

las hojas removidas llamó la atención de Holker. Se trataba de un librito de bolsillo encuadernado en piel roja. Lo recogió del suelo y lo abrió. Contenía hojas blancas de papel utilizadas como agenda, y en la primera página estaba escrito un nombre: «Halpin Frayser». Escritos en rojo en varias de las páginas siguientes —garabateados al parecer a toda prisa y casi ilegibles— había unos versos que Holker leyó en voz alta, mientras su compañero continuaba vigilando atentamente los grises y borrosos confines del pequeño mundo en el que se hallaban, y encontrando motivo de sobresalto en el sonido de las gotas que no dejaban de caer de todas las ramas dobladas por el peso del agua:

Atenazado por algún misterioso hechizo,
permanecí

en la iluminada tiniebla de un bosque
encantado.

Allí el ciprés y el mirto juntaban sus
ramas,

de forma simbólica, en una amenazante
hermandad.

El sauce meditabundo susurraba al tejo;
y debajo, la fúnebre sombra y el pesar,
con siemprevivas que se entrelazaban en

formas

extrañas y funéreas, y con horripilantes ortigas.

No se oía canto alguno de pájaros ni zumbido de abejas,

ni siquiera la restauradora brisa meciedo la hoja más leve:

el aire estaba completamente viciado, y el Silencio era

un ser viviente que respiraba entre los árboles.

Espíritus dañinos murmuraban en las tinieblas,

en voz baja, los secretos intactos de las tumbas.

De los árboles caían gotas de sangre, y las hojas

brillaban en la luz embrujada con destellos rojizos.

¡Grité con fuerza! Pero el hechizo, todavía activo,

permaneció aún sobre mi espíritu y mi voluntad.

¡Sin alma, descorazonado, desesperado y desolado,

batallé contra monstruosos presagios de maldad!

Por fin, la ciega...

Holker dejó de leer; ya no había más que leer. El manuscrito se interrumpía a mitad de un verso.

—Suenas como Bayne —dijo Jaralson, que, a su manera, era un intelectual. Ya había abandonado su vigilancia y ahora dirigía su mirada hacia el cuerpo en el suelo.

—¿Quién es Bayne? —preguntó Holker en tono indiferente.

—Myron Bayne, un poeta que alcanzó cierta fama hace más de un siglo, en los años jóvenes de la nación. Escribía cosas ciertamente lúgubres; yo tengo sus obras completas. Ese poema no está entre ellas, pero debe de haberseles pasado por error.

—Hace frío —dijo Holker—. Vayámonos de aquí, tenemos que dar aviso al oficial de Napa.

Jaralson no dijo nada, pero hizo un gesto de asentimiento. Al pasar el borde del leve montículo de tierra sobre el que se apoyaban la cabeza y los hombros del cadáver, su pie topó con algo duro bajo las hojas en descomposición y se tomó la molestia de ponerlo a la vista. Se trataba de una lápida caída y sobre ella estaban escritas, de forma ya casi

indescifrable, las palabras «Catherine Larue».

—¡Larue, Larue! —exclamó Holker, con un súbito júbilo—. ¡Claro! ¡Ése es el verdadero nombre de Brascom..., no Par-dee! ¡Y, cielo santo, ahora lo veo todo claro; el nombre de la mujer asesinada era Frayser!

—En todo esto hay un misterio muy desconcertante —dijo el detective Jaralson—, y, por supuesto, no me gustan nada este tipo de historias.

Justo entonces, desde el fondo de la niebla, aparentemente desde un lugar lejano, les llegó el sonido de una risa apagada, premeditada e inhumana, tan vacía de alegría como la risa de una hiena mientras deambula de noche por el desierto; una risa que fue ascendiendo de volumen poco a poco, cada vez más alta y clara, cada vez más nítida y terrible, hasta que pareció detenerse justo fuera de su campo de visión; una risa tan poco natural, tan deshumanizada y demoníaca, que llenó a estos rudos cazadores de hombres de una indescripible sensación de terror. No podían mover sus rifles, ni siquiera se les ocurrió pensar en ellos; la amenaza de aquel sonido tan espeluznante no era la clase de peligro al que se puede hacer

frente con armas. De la misma forma en que había surgido del silencio, ahora se iba apagando en él; tras llegar a su volumen más alto, que pareció sonarles al lado de los oídos, se alejó en la distancia, hasta que sus notas descendentes, siempre mecánicas y sin alegría, se perdieron en el silencio, muy lejos de donde se encontraban.

El hombre y la serpiente

Es una información verídica y confirmada por tantos de los sabios y eruditos de hoy en día que ya nadie la puede cuestionar, que el ojo de la serpiente posee una propiedad magnética por la cual cualquiera que caiga bajo su influjo es atraído hacia ella en contra de su voluntad, y parece en medio de una gran desesperación por la mordedura del animal.

I

Tendido cómodamente cuan largo era sobre un sofá, vistiendo bata y zapatillas, Harker Brayton sonrió al leer la frase arriba citada de *Las maravillas de la*

ciencia del bueno de Morryster. «Lo realmente maravilloso del asunto», se dijo a sí mismo, «es que los sabios y eruditos de la época de Morryster pudieran creerse disparates como éste, que hoy son ya rechazados incluso por los más incultos de entre los nuestros».

A esto le siguieron una serie de reflexiones —ya que Brayton era un hombre de gran sentido común—, e inconscientemente bajó el libro sin cambiar la dirección de su ojos. Tan pronto como el volumen quedó por debajo de su línea de visión, algo en un rincón oscuro de la habitación atrajo su atención e hizo que ahora se fijase en lo que allí había. Lo que veía en la penumbra, bajo su cama, eran dos pequeños puntos de luz, en apariencia separados no más de un par de centímetros. Podrían haber sido meros reflejos en las cabezas de dos clavos de la lámpara de gas que colgaba sobre su cabeza; no les prestó demasiada atención y continuó con su lectura. Unos instantes después algo, un impulso que nunca se le hubiera ocurrido analizar, le incitó a bajar el libro de nuevo y buscar lo que había visto antes. Los puntos de luz estaban todavía allí. Parecían tener un mayor brillo ahora, reluciendo con un lustre

verdoso que no había percibido antes. Creyó también que quizás se habían movido una pizca, que estaban al parecer un poco más cerca. Sin embargo, todavía permanecían demasiado sumergidos en la penumbra como para revelar su origen y naturaleza a una atención tan indolente, y una vez más continuó con su lectura. De repente, algo en el texto que leía despertó un pensamiento que le hizo sobresaltarse y bajó el libro por tercera vez hacia un lateral del sofá, desde donde, desprendiéndose de su mano, cayó al suelo abierto, con el lomo mirando hacia arriba. Brayton, medio incorporado, estaba mirando fijamente hacia la oscuridad debajo de la cama, donde los puntos de luz resplandecían con lo que a él le pareció un fulgor añadido. Su atención se encontraba ahora totalmente concentrada, su mirada era ansiosa e intensa. Descubrió, casi justo debajo del entramado de barras a los pies de la cama, el cuerpo enrollado de una gran serpiente —¡los puntos de luz eran sus ojos!—. Su asquerosa cabeza, que se proyectaba hacia delante desde su anillo más pequeño, sin elevarse del suelo, y descansaba sobre el más externo, estaba girada directamente hacia él, con el

contorno de su amplia y asesina mandíbula, y su frente similar a la de un retrasado, indicando claramente la dirección de su malévola mirada. Los ojos habían dejado de ser ya meramente dos puntos luminosos; estaban clavados en los suyos con una intención y un significado maligno.

II

La presencia de una serpiente en una habitación de una casa de la clase acomodada en una ciudad moderna es, por fortuna, un fenómeno tan poco habitual como para que una explicación se haga del todo necesaria. Harker Brayton, un soltero de treinta y cinco años, ilustrado, de vida ociosa aunque le gustaba el ejercicio, rico, popular y con una salud de hierro, había regresado a San Francisco después de viajar por todo tipo de países remotos y extraños. Sus gustos, siempre un tanto sibaritas, se habían vuelto aún más extravagantes últimamente debido a sus recientes privaciones; y siendo incluso las comodidades ofrecidas por el hotel El Castillo insuficientes para satisfacerlos del todo, había aceptado de buena gana la

hospitalidad de su amigo, el Dr. Druring, un distinguido científico. La casa del Dr. Druring, una mansión grande y pasada de moda en lo que es ahora una zona poco recomendable de la ciudad, tenía una apariencia externa de orgullosa reserva. Era evidente que no estaba relacionada con los edificios contiguos de sus restaurados alrededores y parecía haber desarrollado algunas de las excentricidades que el aislamiento genera. Una de éstas era un «ala», conspicuamente fuera de tono en lo que respecta a la arquitectura, y no menos irreverente en lo que se refería a su propósito, ya que era una combinación de laboratorio, sala de colección de animales y museo. Era aquí donde el doctor daba rienda suelta al lado científico de su naturaleza en el estudio de determinadas formas de la vida animal que captaban su interés y satisfacían sus gustos —las cuales, hemos de confesar, tendían hacia las ramas más bajas de la evolución—. Para que una de las más altas resultase atractiva a sus sentidos por sus habilidades o soltura de movimientos, debía haber retenido, al menos, algunas características rudimentarias que la asociasen a tales «dragones de primera línea» como los

sapos o las serpientes. Sus simpatías científicas tendían marcadamente hacia los reptiles; le encantaba el vulgo de la naturaleza y se describía a sí mismo como el Zola de la zoología. Su esposa y su hija, al no poseer el don de su culta curiosidad por las funciones y los comportamientos de nuestros desafortunados familiares cercanos, quedaban excluidas con innecesario celo de lo que él llamaba «la Serpentería» y condenadas a la compañía de los de su especie, aunque para hacer más llevaderos los rigores de su suerte, les había permitido, gracias a su gran riqueza, superar a los reptiles en la belleza de su entorno y brillar con un esplendor superior al de ellos.

Tanto arquitectónicamente como en lo que respecta al «mobiliario», «la Serpentería» reflejaba una severa austeridad que conjugaba muy bien con las humildes circunstancias de sus ocupantes, a muchos de los cuales, ciertamente, no se les podría haber dotado de la libertad que es necesaria para poder gozar sin restricción del lujo, pues tenían la desafortunada peculiaridad de estar vivos. En sus propios recintos, sin embargo, se encontraban bajo un control tan poco minucioso como su perniciosa

costumbre de tragarse los unos a los otros permitía; y, como inteligentemente se había informado a Brayton, era algo más que una leyenda que algunos de ellos habían sido encontrados varias veces en partes de la casa donde les habría resultado embarazoso explicar su presencia. A pesar de «la Serpentería» y sus perturbadoras connotaciones —a las que él, de hecho, prestó muy poca atención—, a Brayton la vida en la mansión de los Druring le parecía perfecta.

III

Más allá de un leve toque de sorpresa y una sensación de pura repugnancia, el señor Brayton no se vio muy afectado. Lo primero que le vino a la cabeza fue hacer sonar la campanilla para que acudiese un mayordomo; pero aunque el lazo de la campanilla colgaba muy cerca de él, no hizo ningún movimiento para alcanzarlo; se le había ocurrido que este acto podría hacer pensar a los demás que había sentido miedo, lo cual él ciertamente no sentía. Fue entonces más consciente de la incongruente naturaleza de la situación que de sus posibles

peligros; era repelente, pero absurda.

Si no era peligrosa, la criatura era al menos ofensiva. Estaba *de trop*—«materia fuera de lugar»— una impertinencia. Aquella joya no era merecedora del lugar que ocupaba. Incluso los gustos poco civilizados de nuestra nación y nuestro tiempo, que habían cubierto las paredes de la habitación con cuadros, el suelo con muebles y los muebles con misceláneos objetos decorativos, no habían preparado la estancia para esta forma de vida salvaje de la jungla. Y además —¡qué pensamiento tan horripilante!— las exhalaciones de su aliento se entremezclaban con el aire que el propio Brayton estaba respirando.

Estas ideas adquirieron más o menos consistencia en la mente de Brayton y dieron lugar a la siguiente acción. El proceso es lo que llamamos consideración y decisión. Y es esto lo que nos hace personas inteligentes o estúpidas. Es de esta manera como la hoja marchita en la brisa de otoño muestra una mayor o menor sabiduría que sus compañeras al caer sobre la tierra o sobre el lago. El origen de cualquier acción humana está meridianamente claro: algo hace que nuestros músculos se contraigan. ¿Importa de verdad tanto si a los

—En un pequeño aparador encontré una foto de MacGregor, pero este hecho no condujo a su captura.

—¿Me dejaría verla? —le dije.

La foto mostraba a un hombre muy lúgubre con cara de malhechor que aún resultaba más intimidante debido a una larga cicatriz que le cruzaba la cara desde su sien hasta su negro bigote.

—A propósito, señor Elderson —dijo mi afable anfitrión—, ¿se puede saber por qué me ha preguntado sobre el barranco de Macarger?

—Oh, perdí una mula cerca de allí una vez —contesté—, y esa desgracia me dejó... profundamente trastornado.

—Mi querida esposa —dijo el señor Morgan, con la mecánica entonación de un intérprete al traducir a alguien—, la pérdida de su mula ha hecho que el señor Elderson eche pimienta a su café.

El maestro de Moxon

—¿Está hablando en serio? ¿De verdad cree que una máquina puede llegar a pensar?

No obtuve una respuesta inmediata; Moxon estaba aparentemente concentrado en las brasas bajo la parrilla de la chimenea, avivándolas diestramente a un lado y a otro con el atizador hasta que éstas respondían a sus cuidados al resplandecer de forma más intensa. Durante varias semanas había observado en él un creciente hábito de demorar sus respuestas incluso a las preguntas más triviales sobre temas rutinarios. Se hallaba inmerso, sin embargo, en un halo de preocupación más que en uno de pura especulación; se podría decir que

algo «le rondaba la cabeza».

Finalmente dijo:

—¿Qué es una «máquina»? La propia palabra ha sido definida de maneras bien diferentes. He aquí una definición sacada de un diccionario muy usado: «Un instrumento o artilugio gracias al cual la fuerza se aplica y se hace efectiva para conseguir producir un efecto deseado». Y, siendo así, ¿no es el hombre una máquina? Y usted ha de admitir que el hombre piensa... o, al menos, que piensa que piensa.

—Si no desea contestar a mi pregunta —le dije, de forma un tanto quisquillosa—, ¿por qué no reconocerlo? Todo lo que me dice son meras evasivas. Sabe de sobra que cuando yo hablo de una «máquina» no me estoy refiriendo a un hombre, sino a algo que el hombre ha creado y controla.

—Eso cuando ella no le controla a él —replicó, levantándose repentinamente y mirando por la ventana, desde la cual no se podía ver nada en la oscuridad de una noche de tormenta. Unos instantes después se dio la vuelta y con una sonrisa dijo—: Mis más sinceras disculpas; no intentaba ser evasivo. Pensaba que el diccionario, al reflejar el testimonio inconsciente del hombre, podría re-

sultar sugestivo y clarificador en nuestra conversación. Puedo dar una respuesta directa a su pregunta sin ninguna dificultad: creo que una máquina piensa acerca de la actividad que realiza.

Esta respuesta era ciertamente lo bastante directa. No era del todo gratificante, ya que venía a confirmar mi vaga sospecha de que la devoción y las largas horas que Moxon dedicaba al estudio y al trabajo en su taller de máquinas habían tenido efectos perniciosos en él. Yo sabía que al menos tenía problemas de insomnio, y ésta no es una aflicción que se pueda tomar a la ligera. ¿Le había afectado la mente? Su respuesta a mi pregunta hacía evidente en parte este hecho; si bien en estos momentos mi diagnóstico quizás sería diferente. Pero entonces era mucho más joven, y entre las bendiciones que no se le niegan a la juventud está la de la ignorancia. Incitado a la controversia por ese magnífico estimulante, dije: —¿Y, dígame, por favor, con qué piensa si está desprovista de cerebro?

La respuesta, que me llegó con una demora menor de la que era habitual últimamente, tomó la forma que a él más le gustaba: otra pregunta.

—¿Con qué piensa una planta, si también está desprovista de cerebro?

—Oh, vamos, ¿las plantas también pertenecen a la categoría de los filósofos? Me gustaría saber algunas de las conclusiones a las que llegan; pero puede ahorrarse las explicaciones sobre las premisas desde las que parten.

—Quizá —contestó, al parecer indiferente a mi estúpida ironía—, pueda usted deducir sus pensamientos si analiza sus actos. No le voy a cansar con los ejemplos ya conocidos de la mimosa sensible, de las varias flores insectívoras y de aquellas cuyos estambres se inclinan y se agitan para dejar caer el polen sobre las abejas que lo llevan hasta sus lejanas compañeras para fertilizarlas. Pero preste atención a esto. En un claro de mi jardín planté una enredadera. Cuando apenas había asomado por encima de la tierra, clavé una estaca en el suelo a casi un metro de ella. De inmediato, la enredadera empezó a crecer en esa dirección, pero cuando tras varios días estaba a punto de llegar hasta ella, la volví a mover una distancia parecida en otra dirección. La enredadera cambió su rumbo al instante, desviándose en un ángulo muy pronunciado, y una vez más se dirigió

hacia la estaca. Esta maniobra la realicé en varias ocasiones, pero, finalmente, como si se sintiese descorazonada, la enredadera abandonó su persecución y ahorrándose más intentos de darle caza, se dirigió hacia un pequeño arbusto, que estaba más lejos, y por el que ahora trepa.

»Las raíces del eucalipto se estiran de forma inverosímil en busca de humedad. Un famoso horticultor cuenta que una se coló en un desagüe y lo siguió hasta que llegó a una grieta en el mismo, donde se había cortado una sección de la tubería para dejar sitio a una pared que se había construido perpendicular a su curso. La raíz salió del desagüe y siguió paralela a la pared hasta que encontró una abertura en ella debido a que una piedra se había desprendido. Atravesó la pared por el hueco y volvió por el otro lado hasta llegar de nuevo al desagüe, en el cual se metió una vez más para continuar su viaje.

—¿Qué intenta demostrar con todo esto?

—¿Es posible que no sea capaz de ver su sentido? Esto prueba la existencia de una conciencia en las plantas. Demuestra que son seres pensantes.

—Incluso si lo hiciesen... ¿entonces qué? Estábamos hablando no de plantas

sino de máquinas. Puede que en algunos casos estén hechas de madera —de una madera que ya no tiene ningún tipo de vida— o en otras ocasiones sean totalmente metálicas. ¿Es el pensamiento un atributo también presente en el reino mineral?

—¿Cómo explicaría usted de otra manera, por ejemplo, los procesos de cristalización?

—Yo nunca los he intentado explicar.

—Porque no puede hacerlo sin afirmar lo que tanto desea negar, esto es, la cooperación inteligente entre los diferentes elementos que constituyen los cristales. Cuando los soldados se alinean o abandonan una posición, usted los cree movidos por la razón. Cuando los gansos salvajes vuelan formando una gran V, dice que se trata de un instinto. Cuando los átomos homogéneos de un mineral, moviéndose libremente en una solución, se juntan adoptando formas matemáticamente perfectas, o pequeñas partículas de agua helada se unen para formar los simétricos y hermosos copos de nieve, no le quedan argumentos para explicarlo. Ni siquiera se ha preocupado de buscar un nombre para ocultar su sublime falta de raciocinio.

Moxon hablaba con un inusual entusias-

mo y pasión. Al quedarse en silencio, oí en una habitación contigua, que yo llamaba el «taller de máquinas», y a la que nadie podía entrar excepto él, unos extraños sonidos sordos, como si alguien golpeará una mesa con la palma de la mano. Moxon también lo oyó en aquel mismo instante y, visiblemente nervioso, se levantó y se metió rápidamente en la habitación de la que procedía. Me resultó extraño pensar que allí podía haber alguien, y el interés por mi amigo —a lo que sin duda se sumó una incontrolable curiosidad— me incitó a escuchar con atención, aunque he de confesar con alegría que no pegué la oreja a la cerradura. Se oían ruidos confusos, como de una pelea o una reyerta; el piso temblaba bajo mis pies. Podía escuchar con claridad un continuo jadear y un murmullo estridente que decía «¡Maldito seas!». Luego todo quedó en silencio, y por fin Moxon apareció de nuevo y dijo, con una sonrisa un tanto apesadumbrada:

—Discúlpeme por haberle dejado de forma tan repentina. Tengo una máquina en ese cuarto que ha perdido los estribos y se ha puesto furiosa.

Clavando mi mirada fijamente sobre su mejilla derecha, que estaba cruzada por cuatro profundos arañazos de los que

brotaba sangre, le dije:

—¿No estaría de más que le cortase las uñas, no?

Me podría haber ahorrado la broma, ya que no le prestó la menor atención, permaneciendo sentado en la silla que antes había abandonado y desde la que prosiguió con su monólogo como si nada fuera de lo común hubiese ocurrido:

—Sin duda, usted no piensa como aquellos (no es necesario que se los nombre a una persona tan bien informada) que han mantenido que toda materia es sensible, que cada átomo es un ser viviente, sensible y consciente. Yo *sí* lo creo. No existe tal cosa como la materia muerta o inerte; todo tiene vida; todos los seres tienen sus instintos cargados de energía tanto en potencia como *de facto*; todos son sensibles a las mismas fuerzas de su entorno y susceptibles a la influencia de aquellas de un orden superior y más sutiles que tienen su origen en organismos más evolucionados, como se hace evidente cuando un hombre trabaja sobre ellos para conseguir nuevos instrumentos que satisfagan su voluntad. En estos casos, la materia absorbe parte de su inteligencia y sus objetivos; y esta absorción será mayor cuanto más compleja sea la máquina resultante

y el trabajo que lleve a cabo.

»¿Recuerda usted por casualidad la definición de "vida" de Herbert Spencer? Yo la leí hace ya treinta años. Puede que, por lo que sé del tema, después la revisase, pero en todo este tiempo no he sido capaz de encontrar una sola palabra que pudiera ser cambiada, añadida o eliminada de aquella definición para mejorarla. Me parece no sólo la mejor definición, sino también la única posible.

»—La vida —dice esta definición— es una determinada combinación de cambios heterogéneos, tanto simultáneos como sucesivos, que responde a todo lo que ya existe en la realidad y a su secuenciación.

—Eso define el fenómeno —le dije—, pero nos aclara bien poco sobre sus causas.

—Pero eso —replicó Moxon— es todo lo que una definición puede darnos. Como apunta Mill, nos es imposible saber nada de las causas excepto como un antecedente de algo (o de los efectos excepto como una consecuencia de algo). Hay determinados fenómenos que nunca ocurren el uno sin el otro, aunque ambos son distintos: al primero en el tiempo lo llamamos la causa y al segundo el efecto. Alguien que viera mu-

chas veces a un conejo perseguido por un perro, y no hubiera visto a ninguno de los dos animales en ningún otro contexto, podría llegar a la conclusión de que el conejo es la causa del perro.

»Pero me temo —añadió mientras se sonreía con naturalidad— que mi conejo me está alejando innecesariamente del rastro de la presa que andaba persiguiendo: me estoy dejando llevar por el placer de la persecución en sí misma, olvidándome de su objetivo. De lo que quiero que se dé cuenta es de que la actividad de una máquina tiene perfecta cabida en la definición de “vida” de Herbert Spencer (no hay nada en esa definición que no sea aplicable a ella). Según este ilustre pensador y perspicaz observador de la realidad, si un hombre durante su periodo de actividad está vivo, no lo está menos una máquina mientras está operativa. Como inventor y fabricante de máquinas, sé que esto es verdad.

Luego Moxon permaneció en silencio durante un buen rato, con la mirada fija y perdida en el fuego. Se estaba haciendo tarde y pensé que ya era hora de ponerme en camino, aunque por alguna razón no me agradaba la idea de dejarle

solo en aquella casa apartada, completamente solo si exceptuamos la presencia de alguien sobre cuyo carácter no sabía gran cosa, excepto que se trataba de una persona poco amigable o quizás malvada. Inclinándome hacia él y mirándole con preocupación a los ojos, mientras señalaba con la mano en dirección a la puerta del «taller», le pregunté:
—Moxon, ¿a quién tiene usted ahí dentro?

Para mi sorpresa, se sonrió levemente y contestó sin mostrar signo alguno de duda:

—A nadie; el altercado al que se refiere fue el resultado de mi estupidez al dejar una máquina conectada sin que tuviera ninguna tarea que ejecutar, mientras yo me embarcaba en la difícil empresa de traer algo de luz a su entendimiento. ¿Sabe usted por algún casual que el Ritmo es padre de la Conciencia?

—¡Oh, al infierno con ambos! —contesté, mientras me ponía en pie y cogía mi abrigo—. Voy a desearle buenas noches; y añadiré mi deseo de que la máquina que dejó en funcionamiento sin darse cuenta tenga sus guantes puestos la próxima vez que usted considere necesario pararla.

Y sin esperar a comprobar los efectos

de mi sarcasmo, abandoné la casa.

La lluvia caía y la oscuridad era intensa. En el cielo, que se veía más allá de la cresta de una colina hacia la que caminaba con dificultad por unas aceras de tablones inestables y a través de calles sin pavimentar cubiertas por el fango, pude observar el resplandor mortecino de las luces de la ciudad, pero detrás de mí no se veía nada excepto una única ventana de la casa de Moxon. Brillaba con lo que a mí me parecía un significado misterioso y lleno de malos augurios. Sabía que se trataba de una de las ventanas sin cortinas del «taller de máquinas» de mi amigo y no tenía ninguna duda de que él ya se había enfrascado de nuevo en sus estudios, que habían sido interrumpidos poco antes por sus deberes como instructor mío en temas tales como la conciencia mecánica y la paternidad del Ritmo. Aunque sus convicciones me parecían por entonces extrañas, y de alguna forma cómicas, no era capaz de despojarme del sentimiento de que tenían cierta relación trágica con su vida y su personalidad —y quizás también con su destino—, a pesar de que ya no estaba tan seguro de que se tratase de los caprichos de una mente desequilibrada.

Cualquiera que fuese mi opinión acerca de sus ideas, su exposición era demasiado lógica para verla en esos términos. Una y otra vez, sus últimas palabras volvían a mi cabeza: «El Ritmo es padre de la Conciencia». Aunque la afirmación era tersa y clara, ahora la empecé a encontrar increíblemente sugerente. Cada vez que se repetía en mi mente, su sentido se volvía más amplio y sus asociaciones más profundas. Así que, concluí, he aquí una idea sobre la que se puede cimentar una filosofía. Si la conciencia es el producto del ritmo, todas las cosas *son* conscientes, ya que todas se mueven, y todo movimiento es rítmico. Me pregunté si Moxon comprendía realmente el sentido y las notables implicaciones de su convicción —el alcance de aquella importante generalización—; o ¿simplemente había llegado a esta doctrina filosófica por el tortuoso e incierto camino de la observación?

Esa doctrina era del todo nueva para mí, y todas las explicaciones de Moxon no habían conseguido convertirme a ella; pero ahora era como si una gran luz se hubiera hecho a mi alrededor, como la que cayó sobre Saúl de Tarso; y allí fuera, en medio de la tormenta, de la oscuridad y la soledad experimenté

lo que Lewes ha llamado «la incalculable variedad y excitación del pensamiento filosófico». Me regocijé en esta nueva dimensión de mi conocimiento, un nuevo sentimiento de orgullo de la razón. Mis pies ni siquiera parecían estar sobre la tierra; era como si de repente estuviera flotando y fuese transportado por el aire por unas alas invisibles.

Rindiéndome por fin al impulso de volver a buscar más luz en quien ahora yo reconocía como mi maestro y guía, me había dado la vuelta de forma inconsciente y, casi antes de darme cuenta de este hecho, ya estaba una vez más frente a la puerta de Moxon. Estaba empapado por la lluvia, pero no me sentía incómodo. Incapaz de tocar la campana de la puerta debido a mi nerviosismo, llevé instintivamente la mano a la manilla. La puerta cedió y, entrando en la casa, ascendí las escaleras que conducían hasta la habitación que había abandonado hacía sólo unos minutos. Todo estaba oscuro y en silencio; Moxon, como yo había supuesto, se encontraba en la habitación de al lado, en el «taller de máquinas». Siguiendo a tientas la pared hasta la puerta que comunicaba ambas estancias, la golpeé con fuerza

en varias ocasiones, pero no obtuve respuesta alguna, hecho que atribuí al mucho ruido exterior, ya que el viento se había convertido en una galerna que lanzaba la lluvia en fuertes ráfagas contra las delgadas paredes. El retumbar del agua sobre las tejas que cubrían la habitación sin un falso techo era fuerte e incesante. Nunca se me había invitado a pasar al «taller de máquinas» —de hecho, se me había negado siempre el permiso para entrar, como a todos los demás, con una única excepción, un habilidoso trabajador del metal, de quien nadie sabía gran cosa excepto que su nombre era Haley y su costumbre permanecer en completo silencio—. Pero debido a mi exaltación emocional, tanto mi discreción como mi buena educación cayeron en el olvido y abrí la puerta. Lo que allí vi hizo desaparecer de repente de mi cabeza cualquier tipo de consideración filosófica.

Moxon estaba sentado frente a mí al otro lado de una pequeña mesa sobre la que había una única vela que emitía toda la luz que había en la habitación. Delante de él, y dándome la espalda, estaba sentada otra persona. Sobre la mesa entre los dos, había un tablero de

ajedrez; los dos hombres estaban jugando una partida. Yo no dominaba el ajedrez, pero como sólo quedaban unas pocas piezas sobre el tablero, era evidente que la partida estaba tocando a su fin. Moxon estaba totalmente concentrado —no tanto, me parecía a mí, en la partida, como en su rival, sobre quien había clavado los ojos de tal manera, que aunque yo me encontraba directamente en su línea de visión, era obvio que mi presencia le pasó inadvertida—. Su rostro estaba espantosamente pálido, y sus ojos brillaban como diamantes. De su rival sólo podía ver la espalda, pero esto era suficiente, pues no tenía ningún interés en verle la cara.

No parecía medir más de un metro y medio de altura y tenía proporciones muy similares a las de un gorila: una tremenda amplitud de hombros, un cuello muy corto y ancho, la cabeza aplastada, con unos mechones de pelo negro enredado, y sobre ella llevaba un pequeño gorro turco de color encarnado. Una túnica del mismo tono, atada con bastante fuerza alrededor de la cintura, descendía hasta el asiento —que parecía ser una caja— en el que permanecía sentado; sus piernas y sus pies no estaban a la

vista. Su antebrazo izquierdo descansaba al parecer sobre la pierna de ese lado y movía las piezas con la mano derecha, la cual se me antojaba desproporcionadamente grande.

Me había movido un poco hacia atrás y ahora me encontraba escorado a un lado de la puerta, en la penumbra. Si Moxon hubiera levantado la vista un poco más allá de su oponente, no habría visto nada, excepto que la puerta estaba entreabierta. Algo dentro de mí me impedía entrar del todo o salir, una sensación —que no sé de dónde surgió— de que me hallaba ante una inminente tragedia en la que quizás pudiera ayudar de alguna forma a mi amigo. Desdeñando mis pocos escrúpulos por lo ineducado de mi acto, decidí quedarme.

Las jugadas se sucedían con rapidez. Moxon casi ni miraba al tablero cuando tenía que realizar sus movimientos, y desde mi inexperta perspectiva, parecía mover aquellas piezas que le resultaba más fácil alcanzar con la mano, haciéndolo de forma rápida, nerviosa y sin demasiada precisión. Las respuestas de su contendiente, aunque igualmente prontas, eran ejecutadas con un movimiento lento, uniforme, mecánico y, a mi parecer, un tanto teatrales, lo cual

era una dura prueba para mi paciencia. Había algo inhumano en aquel comportamiento, y me sorprendió comprobar que había empezado a temblar. Pero claro, estaba empapado y tenía frío.

En dos o tres ocasiones, tras mover una pieza, el desconocido inclinó un poco la cabeza y, cada vez que esto ocurría, observé que Moxon cambiaba su rey de posición. De repente, se me pasó por la cabeza la idea de que el extraño era mudo. Y, luego, de que se trataba de una máquina, ¡un jugador de ajedrez autómatas! Poco después recordé que en una ocasión Moxon me había dicho que había inventado un ingenio mecánico de este tipo, aunque entonces yo no me había dado cuenta de que ya lo había construido. ¿Había sido todo su discurso acerca de la conciencia y la inteligencia de las máquinas un mero preludio a la revelación final de este artilugio; simplemente un truco para hacer más intenso el impacto de su actividad mecánica sobre mí como resultado de mi total ignorancia de sus secretos?

Éste resultaba un final apropiado para todas mis inquietudes intelectuales —mi «¡incalculable variedad y excitación de pensamientos filosóficos!»—. Estaba a punto de marcharme enormemente disgus-

tado, cuando ocurrió algo que atrapó mi curiosidad. Me di cuenta de que los anchos hombros de la cosa se encogieron, como si se hubiera irritado de repente y esto resultó tan natural —tan consumadamente humano— que desde mi nueva perspectiva del asunto me pareció del todo sorprendente. Y esto no fue todo, ya que momentos más tarde golpeó la mesa bruscamente con su puño cerrado. Ante este gesto, Moxon pareció más sorprendido incluso que yo mismo: desplazó su silla un poco hacia atrás, como si se hubiera asustado.

Finalmente Moxon, a quien le tocaba mover pieza, levantó la mano muy por encima del tablero, la lanzó con rapidez hacia una de sus piezas, como si se tratara de un halcón peregrino, y exclamó «¡jaque mate!», tras lo cual se puso rápidamente de pie y se colocó detrás de su silla. El autómeta se quedó sentado inmóvil.

El viento ya no era tan fuerte, pero oí, a intervalos cada vez más cortos y cada vez con más intensidad, el retumbar y redoblar de los truenos. En las cortas pausas entre ellos, me di cuenta ahora de un zumbido o un leve susurro que, como los truenos, se hizo cada vez más sonoro y perceptible. Parecía salir

del cuerpo del autómatas, y se trataba sin lugar a dudas del girar de algunas ruedas dentadas. Me dio la impresión de que lo producía un mecanismo totalmente descoordinado que no era ya objeto de la acción represiva y reguladora de ningún control —un efecto como el que se produce cuando un retén de seguridad salta de los dientes de una rueda—. Pero incluso antes de que me diera tiempo de buscar otras explicaciones, mi atención se vio atrapada por los extraños movimientos del propio autómatas. Una ligera pero constante convulsión parecía haberse apoderado de él. Tanto su cuerpo como su cabeza se agitaban como las de un hombre con algún tipo de tiritona o de febriles escalofríos, y el movimiento aumentaba a cada instante hasta que toda la figura fue presa de violentas sacudidas. De repente, se puso en pie y con una rapidez casi imposible de captar para el ojo humano se lanzó hacia delante por encima de la mesa y la silla, con ambos brazos extendidos todo lo largos que eran —la postura y el tipo de impulso de un saltador de trampolín—. Moxon intentó echarse hacia atrás, fuera de su alcance, pero lo hizo demasiado tarde; observé cómo las manos de aquella cosa

tan espantosa se cerraban alrededor de su cuello, mientras las suyas propias se agarraban a las muñecas del autómatas. Instantes después, la mesa fue volcada y la vela cayó al suelo y se apagó, tras lo cual todo quedó en la más profunda oscuridad. Sin embargo, el ruido del combate era perfectamente audible; aunque lo más desagradable de todo eran los roncos graznidos del hombre que estaba siendo estrangulado al intentar respirar. Guiado por este alboroto infernal, me lancé hacia adelante para intentar rescatar a mi amigo pero, casi no me había dado tiempo a dar el primer paso en la oscuridad, cuando toda la habitación se vio inundada por una luz blanca cegadora que dejó grabada a fuego en mi cerebro, mi corazón y mi memoria la imagen indeleble de los dos luchadores en el suelo. Moxon estaba debajo, con el cuello todavía atenazado entre aquellas manos de hierro, la cabeza caída hacia atrás, los ojos fuera de las órbitas, la boca abierta del todo con la lengua completamente estirada y —¡oh, terrible contraste!— sobre el rostro pintado de su asesino había una expresión de serenidad y profunda reflexión, ¡como si hubiera llegado a la solución de una di-

fácil jugada de ajedrez! Contemplé todo esto, y después volvió la completa oscuridad y el silencio.

Tres días más tarde recobré el conocimiento en un hospital. A medida que los recuerdos de aquella noche trágica fueron tomando forma en mi maltrecho cerebro, fui capaz de reconocer en la persona que me cuidaba al trabajador de confianza de Moxon, Haley. Como respuesta a una mirada, se acercó hasta mí sonriente.

—Cuéntamelo —fui capaz de decirle, con voz apagada—, cuéntamelo todo.

—Por supuesto —me dijo—; le trajeron aquí inconsciente desde una casa en llamas, la de Moxon. Nadie sabe lo que hacía usted allí. Quizás tenga que explicar algunos detalles. El origen del fuego resulta todavía un tanto extraño. Mi teoría es que un rayo cayó sobre la casa.

—¿Y Moxon?

—Lo enterramos ayer (o más bien enterramos lo que de él quedaba).

Por lo visto, este individuo tan taciturno podía explayarse en algunas ocasiones. Cuando se trataba de revelar información sumamente alarmante a un enfermo se mostraba del todo elocuente. Tras unos momentos de agudísima angus-

tia psíquica, me atreví a formularle otra pregunta:

—¿Y quién me rescató a mí?

—Bueno, si de verdad le interesa saberlo..., lo hice yo mismo.

—Gracias, señor Haley, y que Dios le bendiga por ello. ¿Rescató usted también a ese encantador producto de su destreza e ingenio, el jugador de ajedrez autómatas que asesinó a su inventor?

El hombre permaneció en silencio largo tiempo, mirando en otra dirección. Finalmente, se volvió hacia mí de nuevo y me dijo muy serio:

—¿Sabe usted todo eso?

—Sí, lo sé —contesté—; vi cómo ocurría.

Esto pasó hace muchos años. Si se me preguntase hoy en día sobre el asunto, seguramente no respondería con tanto convencimiento.

Un habitante de Carcosa

Ya que existen diversas formas de morir — algunas en las que el cadáver se queda; y otras en las que desaparece llevándose su espíritu—. Esta última forma suele ocurrir habitualmente sólo en soledad (tal es la voluntad Divina) y, por lo tanto, al no ser nadie testigo del final, decimos que la persona ha desaparecido, o se ha ido en un largo viaje —lo cual es bastante cierto—. Pero en otras ocasiones, ha tenido lugar a la vista de mucha gente, como así lo demuestran abundantes testimonios. En un tipo de muerte, el espíritu también fallece, y esto se sabe que ocurre cuando el cuerpo todavía puede permanecer con vida durante muchos años. Otras veces, como se ha comprobado, el espíritu muere con el cuerpo, pero después de algún tiempo regresa de nuevo a aquel lugar en el que el cuerpo fue enterrado.

Dándoles vueltas a estas palabras de Hali (que Dios le tenga en su gloria) e intentando encontrar sentido a su significado, como alguien que, habiendo tenido una revelación, alberga dudas sobre si realmente ha llegado al fondo de la cuestión, más allá de su propio discernimiento, no me había dado cuenta de adónde me había dirigido hasta que un frío viento me dio en la cara y me hizo recuperar cierta conciencia de mi entorno. Observé entonces con sorpresa que los alrededores me eran familiares. Por todas partes me rodeaba una llanura inhóspita y desolada, cubierta por un manto de alta hierba que se mecía y silbaba al viento del otoño generando todo tipo de misteriosas e inquietantes emociones. A amplios intervalos en aquella inmensa llanura, sobresalían algunas rocas de extrañas formas y oscuros colores, que parecían mantener cierta complicidad unas con otras y entrecruzar sus miradas de significado inefable, como si hubieran alzado sus cabezas para ser testigos de algún suceso ya presagiado. Unos cuantos árboles desnudos aquí y allá podían pasar por los cabecillas de esta malévola conspiración de una espera silenciosa.

El día, pensé, ya debía de estar tocando a su fin, aunque el sol estaba oculto; y aunque sensible a aquel aire frío e inapacible, mi conciencia del mismo era más mental que física —pues no me sentía incómodo—. Por encima de todo el paisaje se extendía un manto de nubes bajas de color plomizo que parecían denotar algunos malos augurios. Todo el entorno producía un sentimiento de amenaza y de fuerzas malintencionadas, una premonición de algún desastre. No se veían ni pájaros ni animales; ni siquiera insectos. El viento gemía entre las desnudas ramas de los árboles muertos y la hierba gris se inclinaba para susurrar su terrible secreto a la tierra; pero ningún otro sonido ni movimiento rompía la insufrible calma de aquel lugar tan lúgubre.

Observé entre toda aquella hierba alta una serie de piedras planas desgastadas que evidentemente habían sido labradas por la mano humana. Estaban partidas, cubiertas por el musgo y medio hundidas en la tierra. Algunas se habían caído, otras estaban inclinadas formando diversos ángulos y ninguna permanecía del todo firme. Se trataba obviamente de lápidas de tumbas, aunque estas últimas

ya no eran perceptibles ni como montículos ni depresiones en la tierra; el paso del tiempo las había allanado. Esparcidos aquí y allá, había también algunos grandes bloques de piedra que indicaban dónde habían estado antes los sepulcros más pretenciosos y los mausoleos más ambiciosos, intentando desafiar el olvido de los vivos. Todas estas reliquias del pasado, estos vestigios de la vanidad y monumentos a la piedad y los recuerdos afectuosos, estaban tan viejos, sucios y desgastados —tan abandonados, olvidados y descuidados— que no pude evitar pensar que había descubierto un enterramiento de alguna tribu humana prehistórica cuyo nombre ya nadie recordaba.

Imbuido en estas consideraciones, no me di cuenta durante algún tiempo de la secuencia de mis propias experiencias; pero por fin pensé: «¿Qué es lo que me ha traído hasta aquí?». Sólo necesité unos momentos de reflexión para darme cuenta y encontrar una explicación, aunque un tanto inquietante, a la forma en que mi propia imaginación había mediatizado todo lo que había visto y oído. No me encontraba bien. Recordé entonces que había estado en cama varios días con una fiebre muy alta y que

mi familia me había dicho que en las fases más delirantes de la enfermedad había demandado a gritos mi libertad y el aire libre, con lo cual habían tenido que sujetarme a la cama para evitar mi huida. Pero ahora había conseguido eludir su vigilancia y me había escapado a... ¿adónde? No sabía cómo responder a esa pregunta. Evidentemente, estaba a mucha distancia de la ciudad donde vivía —la antigua y famosa ciudad de Carcosa.

No había signo alguno de presencia humana en los alrededores; ni el humo de chimeneas, ni el ladrido de un perro, ni sonidos de ganado, ni de niños jugando —nada más que aquel lúgubre cementerio, con su aire misterioso y aterrador, fruto de mis propias caóticas emociones—. ¿No estaba empezando a delirar de nuevo, lejos ahora de cualquier cuidado de mi familia? ¿No era *todo* esto una fantasía producida por mi falta de cordura? Grité en voz alta los nombres de mi mujer e hijos, extendí mis brazos en busca de los suyos, mientras seguía moviéndome por entre las maltrechas lápidas y la hierba seca.

Un sonido a mis espaldas me hizo girarme. Un animal salvaje —un puma— se acercaba hacia mí. De repente pensé que

si me ponía enfermo allí en aquel descampado, si me volvía la fiebre y me desplomaba, aquella fiera se lanzaría a mi cuello. Pegué un salto hacia él, emitiendo a la vez un grito. Salió trotando tranquilamente muy cerca de mi costado y desapareció detrás de una roca.

Un instante después, la cabeza de un hombre pareció surgir de la tierra a poca distancia de donde me encontraba. Iba subiendo por la ladera de una pequeña colina cuya cresta quedaba prácticamente a la misma altura que la llanura en la que yo estaba. Pronto toda su figura se hizo visible contra el fondo gris de las nubes bajas. Estaba medio desnudo, cubierto sólo por unas cuantas pieles. Su pelo estaba enmarañado y su barba era larga y desigual. En una mano llevaba un arco y flechas; en la otra una antorcha encendida de la que salía una columna de humo negro. Caminaba despacio y con cautela; como si tuviese miedo de caerse en alguna de las tumbas ocultas por la alta hierba. Esta extraña aparición me sorprendió pero no me causó alarma, así que me acerqué para ofrecerle un amigable saludo:

—Qué Dios le guarde.

Pero él no pareció oírlo, y siguió avanzando al mismo paso.

—Buen hombre —le dije a continuación—, estoy enfermo y me he perdido. Le ruego me diga cómo puedo volver a Carcosa.

El hombre se puso a gritar un canto salvaje en una lengua desconocida, pasó a mi lado y se fue.

Un búho ululaba con tonos lúgubres en las ramas de uno de los árboles muertos y otro le contestaba a cierta distancia. Mirando hacia el cielo, vi Aldebarán y las Híades a través de una estrecha ventana en las nubes. Con todo esto, eran ya evidentes los signos de la llegada de la noche: el puma, el hombre con la antorcha, el búho. Y, sin embargo, yo seguía viendo —veía incluso la estrellas en ausencia de la oscuridad—. Yo veía, pero al parecer no era visto ni oído por los demás. ¿Qué clase de hechizo se había apoderado de mí?

Me senté sobre las raíces de un gran árbol para sopesar seriamente cuál era la mejor forma de proceder. Ya no cabía ninguna duda de que no estaba del todo en mis cabales, y sin embargo tampoco estaba seguro de que hubiese perdido el juicio. No tenía ni gota de fiebre. Tenía, además, una sensación de vigor y entusiasmo que me era desconocida —un

sentimiento de gran poder físico y mental—. Todos mis sentidos estaban especialmente despiertos; sentía que el aire me dotaba de nuevas energías; podía incluso escuchar el silencio.

Una enorme raíz del gran árbol sobre cuyo tronco estaba recostado sostenía una de las lápidas de piedra, parte de la cual sobresalía hacia el hueco dejado un poco más allá por otra raíz. La piedra quedaba de esta forma protegida de las inclemencias del tiempo, aunque mostraba también claros signos de deterioro. Sus bordes estaban notablemente desgastados y su superficie llena de grietas y descascarillada. A su alrededor se veían trozos sueltos de granito—clara muestra de su descomposición—. Esta lápida había señalado al parecer la tumba sobre la cual había crecido el árbol hacía muchísimo tiempo. Las ávidas raíces del árbol se habían adueñado de la tumba y habían hecho de la lápida su prisionera.

Una ráfaga repentina de viento se llevó algunas hojas secas y ramitas de la parte superior de la lápida; observé entonces unas letras inscritas en bajo-relieve sobre la piedra y me incliné hacia ese lado para leerlas. ¡Santo cielo! ¡Era *mi propio* nombre! —seguido

por las fechas de *mi* nacimiento y *mi* fallecimiento!

Un rayo de luz iluminó entonces todo aquel lado del árbol, mientras me ponía de pie poseído por un terror indescripible. El Sol empezaba a asomarse por el este pintado de rosa. Me quedé de pie entre el árbol y el enorme disco rojo —pero no aparecía sombra alguna sobre el tronco del árbol.

Un coro de lobos saludaron con sus aullidos al alba. Los vi sentados sobre sus patas traseras, solos o en grupos, sobre las cumbres de los montículos y pequeñas colinas que rodeaban la desierta llanura y se prolongaban hasta el horizonte. Y entonces me di cuenta de que estaba sobre las ruinas de la antigua y famosa ciudad de Carcosa.

* * *

Tales fueron los hechos relatados a la médium Bayrolles por el espíritu de Hoseib Alar Robardin.

El valle encantado

I. Cómo se talan los árboles en China

A poco más de medio kilómetro al norte de la casa de Jo. Dunfer, en el trayecto que lleva de Hutton a la Colina Mexicana, la carretera se mete en un sombrío desfiladero que está abierto a ambos lados, sugiriendo cierta forma de confidencialidad, como si tuviese un secreto que guardar hasta un momento más propicio. Cada vez que yo pasaba por allí, tenía la costumbre de mirar a ambas salidas del desfiladero para comprobar si el momento de la gran revelación ya había llegado. Si no veía nada —y nunca vi nada— no me sentía desencantado, pues

asumía que la revelación había sido pospuesta temporalmente por alguna buena razón que yo no tenía derecho a cuestionar. No tenía ninguna duda, sin embargo, de que algún día sería testigo del evento, como tampoco de la existencia del propio Jo. Dunfer, en cuyas tierras estaba situado el desfiladero.

Se decía que Jo. había intentado en otro tiempo construir una cabaña en algún lugar remoto de él, pero por alguna razón había abandonado la empresa y había erigido su actual residencia hermafrodita, mitad vivienda y mitad taberna, a la orilla de la carretera, en una de las esquinas alejadas de su propiedad; tan lejos del desfiladero como le fue posible, al parecer, intencionalmente, como para demostrar lo radical que había sido su cambio de idea.

Este Jo. Dunfer —o, como se le conocía habitualmente en el vecindario, Whisky Jo.— era un personaje muy importante en la región. Parecía tener alrededor de cuarenta años, su cabeza era alargada y su rostro estaba atravesado por arrugas. Sus brazos eran también rugosos y sus manos estaban llenas de nudos, como si de unos manojos de llaves de cárcel se tratase. Tenía muchísimo pelo y caminaba inclinado hacia adelante, como

si en cualquier momento fuese a saltar sobre algo que había visto en el suelo.

Además de la peculiaridad que le había ganado su apodo en el vecindario, el señor Dunfer tenía otra característica muy destacada: su total animadversión a los chinos. En una ocasión le pillé totalmente fuera de sí porque uno de sus pastores había permitido que un asiático sediento por su largo camino saciase su sed en el abrevadero de los caballos, enfrente de su establecimiento. Yo me atreví a recriminar levemente a Jo. por su comportamiento tan poco cristiano, pero él me dijo simplemente que no tenía constancia de mención alguna a los chinos en el Nuevo Testamento, y se alejó a grandes zancadas para descargar su rabia sobre su pobre perro, del que, supongo, los antiguos escribas se habían olvidado también en sus textos.

Algunos días más tarde, encontrándole solo en su taberna, me tomé la libertad de abordar con cautela el tema. En esta ocasión, para mi alivio, su habitual causticidad de expresión se vio notablemente edulcorada hasta llegar a mostrar un cierto grado de condescendencia.

—Ustedes, los jóvenes de la costa este

—me dijo—, son demasiado inocentes y blandos para esta tierra, y les cuesta adaptarse a nuestra forma de ser. La gente que no sabe distinguir entre un chileno y un kanaka puede permitirse presumir de ideas muy liberales respecto a la inmigración china, pero alguien que se tiene que ganar el pan compitiendo con todos esos perros amarillos no tiene tiempo para esas idioteces.

Este perenne adicto al alcohol, que probablemente no había trabajado ni una jornada entera en toda su vida, levantó la tapa de una cajetilla china de tabaco y con dos de sus dedos sacó una bola bastante voluminosa. Sosteniéndola a cierta distancia para reforzar su argumento, siguió con su diatriba.

—Sólo son una plaga de langostas devoradoras, y se comerán todo lo verde que haya en esta bendita tierra, si es que mi opinión vale para algo.

Tras esto, colocó el tabaco en el papel de fumar y cuando su boca quedó de nuevo desocupada, continuó con su incendiaria arenga.

—Yo empleé a uno en un rancho hace cinco años, y te diré lo que ocurrió, para que pilles lo fundamental del tema. En aquellos días, yo no me encontraba del todo bien (bebía más whisky

del que debía y no cumplía demasiado bien con mis deberes como ciudadano norteamericano); así que empleé a aquel pagano, para que hiciese de cocinero. Pero cuando por fin traje la religión hasta este lugar y la gente de la Colina comenzó a hablar de que tenía que presentar mi candidatura para Juez de Paz, pude ver finalmente la luz. ¿Pero qué podía hacer entonces? Si lo despedía, alguien podría emplearle, y no le iba a tratar tan bien como yo. ¿Qué podía hacer? ¿Qué haría un buen cristiano, especialmente uno que era nuevo en ese negocio y que rebosaba por todos sus poros la fraternidad con todos los seres humanos y la veneración al Altísimo?

Jo. se detuvo en espera de una respuesta, con una expresión de satisfacción inestable en su rostro, como alguien que ha resuelto un problema a través de un método no demasiado fiable. Finalmente, se levantó y bebió de un trago un vaso de whisky que había sobre el mostrador, para luego seguir con su relato.

—Además, este tipo no valía para gran cosa (no estaba educado y encima se creía alguien). Todos ellos se lo creen. Yo le decía que no podía quedarse, pero

su cabezonería consiguió que lo hiciese por más tiempo; aunque, tras haber puesto la otra mejilla más de setenta veces siete, logré trucar la partida para que no pudiera quedarse para siempre. Y ahora no me arrepiento para nada de haberlo hecho.

La alegría de Jo., que por alguna razón no me resultó sorprendente, fue celebrada de manera apropiada y ostentosa con otro trago de whisky.

—Hará ahora cinco años, comencé a levantar otra cabaña. Eso ocurrió antes de que empezase con ésta, y la hice en otro lugar. Puse a un enanito amarillo y a un maldito holgazán llamado Gopher a cortar árboles. Por supuesto, no esperaba que ese pequeñajo fuese de gran ayuda, pues tenía una cara redonda como el sol de junio y unos ojos negros —que supongo eran los ojos más extraños y vacíos de humanidad en todos los bosques de los alrededores.

Mientras lanzaba esta crítica sin pies ni cabeza, el señor Dunfer fijó su mirada de manera inconsciente en el hueco dejado por un nudo en la madera de la barra que separaba el bar del salón, como si fuera uno de los ojos cuyo tamaño y color habían incapacitado a su empleado extranjero para realizar el

servicio deseado.

—Pero ustedes, la gente inexperta del este, no se creen nada de lo que decimos sobre estos diablos amarillos —se acaloró súbitamente con una muestra de ansiedad que no resultaba del todo convincente—, pero le aseguro que aquel chinurri era el canalla más perverso que te podías encontrar fuera de San Francisco. Aquel torpe mongol con la trencilla empezó a talar los árboles todo alrededor del tronco, como si fuera una polilla triturando un rábano. Le indiqué lo incorrecto del procedimiento con tanta paciencia como me fue posible, y le mostré cómo había que cortarlos por ambos lados para hacer que cayeren como era debido; pero, casi sin darme tiempo para darle la espalda, de esta forma —y se giró delante de mí, intentando dar más énfasis al gesto pegando otro trago de whisky—, ya estaba de nuevo haciéndolo a su manera. La cosa sucedió de esta forma: cuando yo le observaba, *así* —y me miraba con evidentes signos de falta de equilibrio y una visión borrosa—, de manera correcta; pero cuando me daba la vuelta, *así* —y cogiendo la botella, le pegó otro trago—, como desafiándome con su comportamiento. Luego, le lancé una mirada

llena de reproche, de esta otra forma, pero él parecía no inmutarse lo más mínimo por mis críticas.

Sin duda, el señor Dunfer procuró realmente que la mirada que había clavado en mis ojos resultase meramente reprobadora, pero lo cierto es que hubiese generado gran aprensión en cualquier persona desarmada que la hubiese recibido; y, como yo para entonces ya había perdido todo interés en su interminable y fútil relato, me levanté para irme. Pero antes de que me hubiese incorporado del todo, se había vuelto una vez más hacia el mostrador y, con un «así» casi inaudible, apuró de un trago el contenido de la botella de whisky.

¡Cielo santo! ¡Qué alarido! Fue como el de un titán en su última y más dolorosa agonía. Jo. se tambaleó hacia atrás después de lanzarlo, como cuando un cañón retrocede al soltar su atronador estallido, y luego se dejó caer sobre una silla como alguien que ha recibido «un duro mazazo en la cabeza» —con sus ojos vueltos hacia el mostrador, aterrorizados—. Cuando miré en la misma dirección, me di cuenta de que el hueco en la madera se había convertido de hecho en un ojo humano —un ojo negro, perfecto, que miraba a los míos con una

total falta de expresión, más horrendo que cualquier brillante demoníaco—. Creo que entonces me cubrí la cara con ambas manos para evitar aquella horrible ilusión óptica, si tal era el caso, y la aparición del bajito empleado blanco de Jo. en el local rompió el hechizo; luego salí del establecimiento con un profundo temor de que el *delirium tremens* del dueño se hubiese vuelto contagioso. Mi caballo estaba atado cerca del abrevadero y, después de soltarlo, le dejé que me llevase en la dirección que él quisiese, pues estaba tan acongojado que no sabía muy bien adónde dirigirme.

Me era difícil asimilar todo lo ocurrido, y como aquel que no sabe muy bien lo que pensar de algo, le di demasiadas vueltas para no llegar a ninguna conclusión clara. La única reflexión que parecía tener cierto sentido es que, para el alba, ya estaría a varios kilómetros de distancia, y con pocas intenciones de volver a este sitio.

Un viento frío me sacó de mis pensamientos y al levantar la vista me di cuenta de que estaba entrando en las oscuras sombras del desfiladero. El día había sido caluroso y esta transición del tórrido y despiadado calor de los

campos amarillentos a la fresca sombra del pasadizo, cargada del delicioso olor a cedros y llena del sonido de los grajos que buscaban allí cobijo, resultó maravillosamente refrescante. Como de costumbre, eché una ojeada en busca del misterioso secreto, pero al no parecer el desfiladero muy dispuesto a comunicarlo, bajé del caballo y lo dirigí hacia el sotobosque, donde lo até a un árbol y me senté sobre una roca a meditar sobre lo ocurrido.

Empecé por enfrentarme con valentía al análisis de mi superstición acerca del lugar donde me encontraba. Habiéndolo desgranado en los elementos que lo constituían, los organicé en cómodos escuadrones y compañías, y reuniendo todas las fuerzas de mi lógica, las lancé contra ellos desde sitios inexpugnables, con todo el estruendo de unas conclusiones aplastantes y un gran ruido de carros de combate, además de sonoras piezas de sabiduría. Después, cuando mis enormes cañones intelectuales parecían haber destruido toda oposición, y ésta murmuraba en bajos tonos al borde de la pura especulación, el derrotado enemigo cogió fuerza desde su retaguardia, se reagrupó con cierta solidez, y me capturó con todas mis ar-

mas. Entonces me invadió un indefinible sentimiento de miedo. Me levanté para intentar quitármelo de encima y comencé a ascender la estrecha cañada por un antiguo camino de ganado que recorría la parte más baja del desfiladero, como sustituto del riachuelo que la naturaleza no había tenido a bien plantar allí.

Los árboles por entre los que el tortuoso camino avanzaba eran normales, plantas que se comportaban bastante bien, aunque un poco torcidos en el tronco y con ramas un tanto excéntricas, pero no había nada extraño en su aspecto general. Algunas rocas sueltas, que se habían desprendido de los lados de la cañada, se habían asentado de forma caprichosa en el fondo de ella, bloqueando en algunos puntos el camino, aunque su inmovilidad pétrea no se parecía en nada a la quietud de la muerte. Aun así, había un silencio en aquel valle semejante al de un panteón y había un misterioso susurro por encima: era el viento que tocaba levemente las zonas más altas de los árboles, eso era todo.

No se me había ocurrido establecer ninguna relación entre el ebrio relato de Jo. Dunfer y lo que ahora buscaba, y

sólo cuando llegué a un pequeño claro y me tropecé con algunos troncos de árbol alineados me vino la clarividencia. Éste era el lugar de la «cabaña» abandonada. El descubrimiento se vio corroborado por la presencia de unos cuantos tocones medio podridos que mostraban unos cortes poco profesionales todo alrededor, mientras otros tenían esos dos cortes típicos y los ulteriores hachazos definitivos para separar por completo el tronco del tocón.

Este claro entre los árboles no tenía más de treinta pasos de anchura. En uno de sus extremos había un pequeño montículo —una loma natural, que no tenía maleza, pero estaba cubierta por la hierba silvestre— y, sobre él, sobresaliendo por encima del verde, se veía la lápida de una tumba!

No recuerdo haber sentido gran sorpresa tras realizar este descubrimiento. Observé aquella tumba solitaria con un sentimiento similar al que probablemente embargó a Colón cuando vio los acantilados y colinas del Nuevo Mundo. Antes de acercarme a ella, seguí andando sin prisa por los alrededores, echando una ojeada a todo lo demás. Incluso me detuve durante un rato a dar cuerda a mi reloj, a aquella hora tan poco ha-

bitual, y lo hice con innecesaria lentitud y mucho cuidado. Por fin, me decidí a acercarme a la misteriosa lápida.

La tumba —que era bastante pequeña— mostraba un estado de conservación mejor del que parecían sugerir su edad y lejanía de cualquier presencia humana, y mis ojos se abrieron de par en par al observar un ramo de flores de jardín que habían sido regadas obviamente hacía poco tiempo. La lápida había sido diseñada originariamente para servir de escalón a la entrada principal a una casa. En su parte frontal estaba esculpida, o mejor aún, pobremente labrada, una leyenda que decía lo siguiente:

UN PEQUEÑO-CHINO

Edad desconocida. Empleado de Jo. Dunfer.

Este monumento fue construido por este último para mantener viva la memoria del chinurri. Así como para advertir a todos los espíritus celestiales de que no deben darse aires. ¡Que el demonio los lleve!

Ella siempre fue una buena persona.

¡Me resulta imposible describir mi sorpresa ante una inscripción tan ex-

traña! La escasa pero, a la vez, eficiente identificación del fallecido; la poco pudorosa candidez de la confesión; la brutal animosidad, y el repentino cambio de sexo y de sentimiento —todos estos elementos hacían evidente que el que la había realizado estaba al menos tan fuera de sus cabales como apenado—. Sentí que cualquier otro descubrimiento no iba a suponer sino un burdo anticlímax a lo ya visto, así que, debido a mi innata admiración por los efectos dramáticos, me di la vuelta rápidamente y abandoné el lugar. Y no volví a aquel sitio durante los siguientes cuatro años.

II. Alguien que conduce un par de
bueyes
cuerdos debiera estar cuerdo
también

—¡Yiii-ap, adelante, viejo Carcamal!

Este singular conjuro salió de los labios de un extraño hombrecillo que guiaba un carro lleno de leña, tirado por un par de bueyes que lo arrastraban fácilmente, aunque fingían estar realizando un terrible esfuerzo que no acaba de convencer a su dueño y amo. Como aquel

caballero me estaba mirando a la cara en aquel momento, mientras yo permanecía a un lado del camino, no quedaba nada claro si se estaba dirigiendo a mí o a sus animales; tampoco estaba claro si estos últimos se llamaban Carcamal y eran ambos el sujeto del verbo imperativo «yiii-ap». En cualquier caso, la orden no produjo reacción alguna en ninguno de nosotros, y el extraño hombrecillo desplazó su mirada de mis ojos el tiempo suficiente para propinar un golpe a los bueyes con un largo palo, diciendo a la vez en voz baja: «Malditos sean vuestros huesos», como si compartiesen esa parte de su anatomía. Al aperebirme de que mi petición para que me llevase no había recibido la atención debida, y dándome cuenta de que ya me estaba quedando atrás, coloqué un pie en la parte exterior de un eje de las ruedas traseras y me subí hasta la altura del carro, desde donde trepé hasta encima de su carga, *sans cérémonie*, y luego, arrastrándome hacia la parte delantera, me senté al lado del conductor —que, al parecer, no se dio cuenta de mi presencia hasta que soltó otro fuerte palo a sus animales, acompañado de la exhortación:

—¡Gira un poco, maldito Inútil! —Luego, el amo del vehículo (o el que había

sido su amo, pues en aquel momento se apoderó de mí una sensación de que yo me había ganado el derecho a ser el conductor del mismo) fijó sus grandes ojos negros en mí con una expresión extraña y un tanto familiar en su cara, dejó su vara recostada (sin que ésta floreciese ni se convirtiera en una serpiente, como yo casi auguraba), cruzó los brazos y me preguntó con seriedad: ¿Qué le hiciste al pobre W'isky?

Mi respuesta natural hubiese sido que me lo había bebido, pero había algo en la pregunta que sugería que ocultaba un segundo significado, y algo en el hombre que indicaba que no era muy dado a las bromas. Así que, al no tener ninguna otra respuesta preparada, me quedé en silencio, aunque sentí que la pregunta escondía una imputación de culpabilidad y que mi silencio era interpretado como una confesión.

En aquel momento una fría sombra se ciñó sobre mi rostro, lo cual hizo que levantase mi mirada. ¡Estábamos descendiendo por mi desfiladero! Me es difícil describir las sensaciones que me invadieron entonces; no había estado allí desde mi descubrimiento, cuatro años atrás, y ahora me sentía como alguien a quien un amigo le ha hecho una confe-

sión dolorosa de un crimen cometido hacía mucho, y a consecuencia del cual le había abandonado. Los viejos recuerdos de Jo. Dunfer, su espasmódico relato y la poco satisfactoria nota explicativa sobre la lápida volvieron a mi cabeza con inusitada claridad. Me pregunté qué habría sido de Jo. y, girándome de repente, se lo pregunté a mi acompañante. Él estaba concentrado en supervisar a sus animales, y sin quitarles los ojos de encima, contestó:

—¡Yiii-ap, vieja Tortuga! Está tumbado al lado del pequeño amarillo en este barranco. ¿Le gustaría verlos? Ambos vuelven siempre a ese lugar; llevaban tiempo esperándole. Soo-o.

Al pronunciar esa sibilante, Carcamal y la inútil Tortuga se pararon súbitamente y, antes de que el sonido de la vocal se perdiese desfiladero arriba, las ocho patas se habían doblado y estaban encogidas sobre el camino, sin tener en cuenta los efectos que esto podía tener sobre sus huesos. El extraño hombre bajito descendió de su asiento en el carro y empezó a subir la cañada, sin dignarse a volver la vista atrás para comprobar si le seguía. Pero yo lo hacía.

Era aproximadamente la misma época

del año y la misma hora del día que cuando había realizado mi última visita. Los grajos cantaban ruidosos y los árboles susurraban tristes, como lo habían hecho entonces; y yo detecté en ambos sonidos una extraña analogía con la enorme fanfarronería en las palabras del señor Jo. Dunfer, la misteriosa reticencia en su comportamiento, y la extraña mezcla de crudeza y ternura que caracterizaban su única producción literaria —el epitafio de la lápida—. Todo lo que se divisaba en el valle parecía permanecer igual, con excepción del camino para ganado, que estaba totalmente invadido por la maleza. Cuando llegamos al «claro», sin embargo, el paisaje sí estaba cambiado. Tanto los tocones como los troncos de árboles cortados no mostraban diferencia alguna entre los que habían sido talados «a la manera china» y aquellos otros que lo habían sido «al estilo *amelicano*». Era como si el barbarismo del viejo mundo y la civilización del nuevo se hubiesen reconciliado el uno con el otro gracias al arbitrio de la indiferente decadencia —como ocurre, por otro lado, con todas las civilizaciones—. El montículo seguía allí, pero las invasoras zarzas habían ocultado la hierba que lo había cubierto en el pa-

sado; y las deliciosas violetas de jardín habían capitulado frente a sus hermanas silvestres o, quizás, simplemente habían vuelto a su estado originario. Otra tumba —ésta más grande y elevada— había aparecido junto a la primera, que parecía aun más reducida comparativamente; y a la sombra de la nueva lápida yacía tendida la más antigua, con su misteriosa inscripción ya ilegible debido a la acumulación de tierra y hojas secas. Por lo que respecta a su mérito literario, la nueva resultaba de inferior calidad que la anterior —pudiendo parecer incluso un tanto desagradable por su cruda y tersa jocosidad—:

JO. DUNFER. CONSUMIDO DEL TODO

Le di la espalda con cierta indiferencia y quité las hojas de encima de la lápida del pagano extranjero para dejar a la vista las burlonas palabras que, al ser despejadas tras su largo abandono, parecían contener un cierto patetismo. Mi acompañante también pareció ponerse más triste al leerlas, y creí observar, incluso, detrás de su irreverente fachada, un cierto toque de sobriedad, casi de dignidad. Pero según

le observaba, su imagen habitual, tan sutilmente inhumana y, a la vez, tan cautivadoramente familiar, volvió a su rostro, que resultaba a la vez atractivo y repelente. Me propuse entonces poner punto final a todo este misterio, si es que era posible.

—Querido amigo —le dije, señalando hacia la tumba más pequeña—, ¿asesinó Jo. Dunfer a ese chino?

Estaba recostado contra un árbol y miraba a través del espacio abierto hacia la parte más alta de otro, o hacia el cielo azul que había por detrás. No movió su mirada, ni cambió su postura mientras me contestó lentamente:

—No, señor; cometió un homicidio totalmente justificado.

—Entonces, es cierto que lo mató.

—¿Matarle? Yo diría que sí, ciertamente. ¿Es que no lo sabe ya todo el mundo? ¿No tuvo que hacer frente a un juicio y lo confesó delante de todo el jurado? ¿Y no le dijeron en la sentencia que «había acabado con él a causa de su ardiente sentimiento cristiano en el fondo de su corazón caucásico»? ¿Y no fue expulsado de la iglesia de la Colina por ello? ¿Y no le eligió luego el pueblo soberano como Juez de Paz para vengarse de los fundamentalistas?

Pero ¿dónde ha estado usted todo este tiempo, señor mío?

—Pero, ¿cometió Jo. el homicidio porque el chino no cortó, o no quiso aprender a cortar, los árboles como lo haría un hombre blanco?

—¡Por supuesto! Así consta en las transcripciones del juicio, lo cual la convierte en la razón legal e incontrovertible. El que yo sepa que ocurrió de otra forma no altera la verdad legal; no fue mi funeral y tampoco se me invitó a ofrecer una oración final por su alma. Pero lo cierto es que W'isky me tenía envidia a *mí*—y el pobre infeliz se hinchó como un pavo real y fingió que se estaba ajustando una imaginaria pajarita, comprobando los efectos en la palma de la mano, que tenía levantada frente a sí como si fuese un espejo.

—¡Envidia de *usted!* —repetí con una sorpresa de mal gusto.

—Sí, eso es lo que he dicho. ¿Por qué no? ¿Es que no tengo buena planta?

Adoptó una burlona postura de gracia estudiada, y estiró todas las arrugas de su raído chaleco. Y luego, bajando el tono de su voz hasta convertirse en un dulce susurro, continuó:

—W'isky tenía a ese chinurri en gran estima; nadie más que yo sabía lo mucho

que le quería. ¡No podía dejarlo ni un momento, a aquel maldito protoplasma! Y cuando un día bajó hasta este claro y nos descubrió a él y a mí descuidando nuestro trabajo (él estaba dormido y yo intentaba atrapar una tarántula que se le había metido por la manga), W'isky cogió mi hacha y dio rienda suelta a su ira, con toda su furia. Yo tuve la suerte de retirarme justo en el momento adecuado, pues la araña me había mordido, pero al pequeño amarillito le pilló de lleno en el costado y se tambaleó sin saber a dónde huir. W'isky estaba preparándose para asestarme otro golpe cuando vio que la araña estaba pegada a mi dedo; y entonces comprendió que se había equivocado de cabo a rabo. Lanzó el hacha lejos y se arrodilló al lado del pequeño chino, quien estiraba las piernas y abrió los ojos del todo (sus ojos eran negros, como los míos) y cogiendo a W'isky por el cuello, le acercó su deforme cabeza hacia la suya mientras aún le quedaba algo de aliento. Pero esto no duró mucho tiempo, pues pronto le vinieron los últimos espasmos y, tras dar un leve suspiro, pasó a mejor vida.

A medida que avanzaba en su relato, el narrador se había transfigurado. El ele-

mento cómico o, mejor dicho, sardónico, había desaparecido del todo y, al describir aquella última escena, sólo pude mantenerme impertérrito realizando un gran esfuerzo. Y este actor tan consumado había conseguido de alguna manera que mis simpatías con respecto a sus *dramatis personae* cayesen del lado de su propio personaje. Di un paso adelante para estrecharle la mano, cuando, de repente, una amplia sonrisa apareció en su cara y con una ligera y burlona carcajada, siguió con el relato:

—Cuando W'isky levantó su cabeza del cadáver, ¡su apariencia era todo un poema! Su impecable vestimenta (pues vestía trajes muy elegantes en aquellos días) estaba toda sucia y desarreglada. Su pelo estaba muy enmarañado y su rostro (o, al menos, la parte que podía ver de él) estaba más blanco que un ramo de azucenas. Me miró un instante fijamente, y luego desvió su mirada, como si yo no existiese. Después empecé a notar unos dolores terribles, uno detrás de otro, que subían desde la punta del dedo picado por la araña hasta mi cabeza, y el pobre Gopher perdió el conocimiento. Ésa es la razón por la que no pude asistir al juicio.

—¿Pero por qué no les reveló la verdad

más tarde? —le pregunté.

—No poseo esa clase de valentía —contestó, y estaba claro que no iba a decir nada más sobre el tema.

—Después de aquello, W'isky se dio cada vez más a la bebida, y sus sentimientos antiasiáticos se volvieron cada vez más rabiosos; aunque no creo que nunca se sintiese feliz de haberse cargado al pequeño amarillito. No se mostraba tan irascible sobre el asunto cuando estábamos solos, pero en el momento en que tenía espectadores de clase más alta, como usted, se subía por las paredes. Fue él quien puso la lápida en su tumba y realizó la inscripción en distintas fases y dependiendo de su cambiante temperamento. Tardó tres semanas en acabarla, labrándola en los pequeños paréntesis entre sus borracheras. La que yo hice para él no me llevó ni un día.

—¿Cuándo falleció Jo.? —le pregunté, un tanto distraído. Pero la respuesta me cortó la respiración:

—Poco después de que yo le mirase a través de aquel agujero en el tablón de la barra, aquella vez que usted le había puesto algo en su w'isky, ¡malvado Borgia!

Una vez me recuperé del *shock* de esta

sorprendente acusación, sentí ganas de agarrar por el cuello y estrangular a este osado acusador, pero me contuve al venirme un repentino entendimiento en forma de una revelación. Clavé mis ojos en los suyos y le pregunté, con tanta calma como me fue posible:

—¿Y cuándo se volvió usted loco?

—¡Hace ya nueve años! —gruñó, elevando ambos puños al cielo a la vez—, hace nueve años, cuando el muy animal acabó con la vida de ¡la mujer que le amaba más a él que a mí!, a mí, que la había seguido desde San Francisco, ¡donde él la había ganado en una mano de póquer!, que la había cuidado durante años mientras ¡el villano de su dueño se avergonzaba de reconocerla y de tratarla como hubiera hecho con una mujer blanca!, que oculté su maldito secreto por su bien ¡hasta que éste le destrozó por dentro!, que cuando usted envenenó su rabioso cuerpo ¡satisfice su última voluntad de enterrarle al lado de ella y ponerle una lápida sobre su tumba! ¡Y desde entonces no había contemplado esta lápida hasta ahora, pues no quería encontrarme con él en este paraje!

—¿Encontrarse con él? ¡Pero, Gopher, amigo mío, él está ya muerto!

—Ésa es la razón por la que le temo.

Seguí al pobre diablo hasta su carro y le estreché la mano a modo de despedida. Ya estaba cayendo la noche y, estando allí de pie al borde del camino bajo la creciente oscuridad, mirando la borrosa silueta del carro según se alejaba, el viento de la tarde me trajo un sonido —un sonido parecido a una serie de palazos— y una voz surgió de la noche:

—Yiii-ap, adelante, maldito viejo Geranio.

Los ojos de la pantera

I. Uno no siempre se casa cuando está loco

Un hombre y una mujer —unidos por la naturaleza— se sentaron en un rústico banco a última hora de la tarde. El hombre era de mediana edad, delgado, moreno; tenía la expresión de un poeta y la tez de un pirata; era un hombre al que a nadie le importaría volver a mirar una segunda vez. La mujer era joven, rubia, grácil, con algo en su figura y movimientos que sugería la idea de «flexibilidad felina». Vestía un traje gris, al que daban consistencia unas curiosas franjas marrones. Probablemente era hermosa, pero no era fácil apercibirse de

ello porque los ojos impedían que se prestara atención al resto de su cuerpo. Sus ojos eran verdes grisáceos, rasgados y estrechos, con una expresión que desafiaba cualquier análisis. De lo único que podía estar seguro uno es que resultaban inquietantes. Es muy probable que Cleopatra tuviera unos ojos parecidos.

El hombre y la mujer estaban hablando.

—Sí —dijo la mujer—, ¡Te quiero, claro que te quiero! Pero casarme contigo, eso nunca. No puedo hacerlo, ni lo haré.

—Irene, me has dicho eso muchas veces, pero siempre me has negado una explicación. Tengo derecho a saber, a entender, a poner a prueba mi fortaleza, si es que la tengo. Dame una explicación.

—¿De por qué te amo?

La mujer sonreía por detrás de sus lágrimas y extrema palidez. Pero este hecho no provocó sentido del humor alguno en el hombre.

—No, no hay explicación para eso. Quiero una explicación para no querer casarte conmigo. Tengo derecho a saberlo. Debo saberlo. ¡Lo sabré!

Se había puesto en pie y estaba frente a ella, con los puños apretados, y en su rostro una gran arruga, por lo que podría decirse que estaba con el ceño fruncido. Daba la impresión de que

estaba dispuesto a saberlo a toda costa, aunque para ello tuviera que estrangularla. Ella había dejado de sonreír; simplemente permanecía sentada, con la cabeza levantada hacia su rostro, con una expresión imperturbable que no parecía tener emoción ni sentimiento alguno. Pero había algo en ella que apaciguó el enfado del hombre y éste se estremeció.

—¿Estás empeñado en saber mi motivo?
—le preguntó en un tono que era totalmente mecánico (un tono que parecía traducir el sentido de su mirada).

—Sí, por favor. Si no es pedirte demasiado.

En apariencia, este espécimen masculino de la creación estaba cediendo parte de su supremacía a su pareja.

—Muy bien, lo sabrás: estoy loca.

El hombre quedó sorprendido, después pareció no creerla y se dio cuenta de que debía de estar burlándose de él. Pero, de nuevo, le falló el sentido del humor y, a pesar de su incredulidad, se vio profundamente afectado por aquello en lo que no creía. Siempre hay problemas de entendimiento entre nuestras creencias y nuestros sentimientos.

—Eso es lo que dirían los médicos — continuó la mujer—, si lo supieran.

Yo preferiría llamarlo un caso de «posesión». Siéntate y escucha lo que te tengo que decir.

En silencio, el hombre volvió a sentarse a su lado sobre el rústico banco al borde del camino. Frente a ellos, en el lado oriental del valle, las colinas aparecían ya pintadas del rojo del atardecer y la quietud a su alrededor tenía ese toque peculiar que anuncia el crepúsculo. Algo de la misteriosa y significativa solemnidad del momento se estaba apoderando del estado de ánimo del hombre. En el mundo de los espíritus, como en el material, existen señales y presagios de la noche. Procurando no mirarla fijamente a los ojos, pues siempre que lo hacía se volvía consciente de un terror indefinible que, pese a su belleza felina, le producían, Jenner Brading escuchó en silencio la historia que le contó Irene Marlowe. Como deferencia a los posibles prejuicios del lector ante el deficiente método de un narrador de historias poco avezado, el autor ha decidido sustituir la versión de Irene por la suya propia.

II. Una habitación puede ser demasiado pequeña para tres, aunque uno de ellos esté fuera

En una pequeña cabaña de madera, compuesta por una única habitación, amueblada escasa y precariamente, había una mujer acurrucada contra una de las paredes, abrazando a su hija contra su pecho. Afuera había un bosque denso y despoblado que se extendía muchos kilómetros a la redonda. Era de noche y la habitación estaba a oscuras; ningún ojo humano hubiera podido percibir a la mujer y a la pequeña. Pero estaban siendo observadas atentamente, con intensidad, sin descuidar en ningún momento la atención; y éste es el hecho fundamental sobre el que gira este relato.

Charles Marlowe pertenecía a aquella clase de pioneros del bosque, una especie ya desaparecida en este país —hombres que se sentían más cómodos en las solitarias espesuras que se extendían a lo largo de la ladera oriental del Valle del Misisipi, desde los Grandes Lagos hasta el Golfo de México—. Durante más de cien años, generación tras generación, estos hombres fueron avanzando hacia el oeste, con el rifle y el hacha, arrebatando aquí y allá a la na-

turalaleza y a sus salvajes huéspedes unos pocos acres de terreno aislado para arar que, tan pronto como conseguían arrebatarse, tenían que entregar a sus sucesores, menos aventureros pero más adinerados. Al final, atravesando el extremo occidental del inmenso bosque, llegaron a campo abierto y se desvanecieron como si se hubieran precipitado por un acantilado. El pionero de los bosques ya no existe; el pionero de las llanuras —aquel cuya sencilla tarea consistió en dominar y ocupar dos terceras partes del país en una sola generación— es una criatura distinta e inferior. Compartiendo en este entorno inhóspito con Charles Marlowe los peligros, dificultades y privaciones de aquella vida dura y poco ventajosa, estaban su esposa y su hija, a quienes se sentía afectuosamente unido, como era habitual entre los de su clase, para quienes las virtudes domésticas eran como una religión. La mujer seguía siendo lo bastante joven para resultar atractiva, y la terrible soledad del entorno era tan nueva para ella que aún se sentía feliz. Al haber conseguido mantener viva la llama de la felicidad, que las simples satisfacciones de la vida en el bosque rara vez alimentan,

el cielo se había portado bien con ella. De este modo, sus pocas necesidades se veían sobradamente recompensadas con las livianas tareas de la casa, el afecto de su esposo e hija, y algunos libros bastante tontos.

Una mañana a mediados del verano, Marlowe descolgó su rifle de los ganchos de madera de la pared y expresó su intención de salir de caza.

—Ya tenemos carne suficiente —dijo la mujer—. Por favor, no salgas hoy. Anoche, ¡ay de mí, tuve un sueño tan horrible! No puedo recordarlo, pero estoy convencida de que algo terrible ocurrirá si te marchas.

Resulta doloroso confesar que Marlowe recibió aquella solemne declaración con menos seriedad de la que merecía la misteriosa naturaleza de la calamidad augurada. De hecho, se le escapó una sonrisa.

—Intenta recordar —le dijo—. Quizás soñaste que Baby había perdido la facultad de hablar.

Esta conjetura se vio evidentemente alentada por el hecho de que Baby, que se agarraba al borde de la capa de caza del padre con todos sus dedos regordetes, intentaba expresar en ese momento su propio balance de la situación con

una serie de exultantes «gu-gus» inspirados por el gorro de piel de mapache de su padre.

La mujer cedió —como carecía del don del humor, no pudo hacer frente a la juguetona broma de su esposo—. Así pues, con un beso para la madre y otro para la pequeña, Marlowe se marchó de casa, cerrando la puerta a su felicidad para siempre.

Al anochecer aún no había regresado. La mujer preparó la cena y esperó. Luego acostó a Baby y le cantó suavemente hasta que se durmió. Para entonces, el fuego del hogar en el que había cocinado la cena ya se había extinguido y la habitación estaba iluminada por una única vela. La mujer colocó la vela en la ventana abierta para guiar y dar la bienvenida al cazador, si es que se acercaba por aquel lado de la casa. Había cerrado y atrancado la puerta para evitar la entrada de aquellas fieras salvajes que la pudieran preferir a una ventana abierta —no tenía grandes conocimientos sobre los hábitos de las fieras del bosque a la hora de entrar en las casas sin ser invitadas, si bien con característica previsión femenina pudiera haber considerado también la posibilidad de que entrasen por la chime-

nea—. A medida que la noche avanzaba, su preocupación no cedió, pero el sueño se fue apoderando de ella y, al final, apoyó la cabeza sobre los brazos al lado de su hija. La vela de la ventana se consumió hasta el soporte, chisporroteó y resplandeció unos instantes, y se apagó inadvertidamente, ya que la mujer dormía y soñaba.

En sus sueños estaba sentada junto a la cuna de su segunda hija. La primera había muerto. El padre también había muerto. La cabaña en el bosque ya no estaba y la vivienda en la que residía le era desconocida. Tenía gruesas puertas de roble, siempre cerradas, y en la parte exterior de las ventanas, anclados a las gruesas paredes de piedra, había barrotes de hierro, obviamente (o eso supuso) para protegerles de los indios. Observó todo esto con una auto-compasión infinita, pero sin gran sorpresa —sentimiento éste desconocido en los sueños—. La niña en la cuna quedaba escondida bajo la colcha, pero algo le impulsó a apartarla. Eso hizo, irrevolviendo el rostro de una bestia salvaje! Se despertó de su sueño por el susto de esta horrible revelación, temblando en medio de la oscuridad absoluta de su cabaña de madera.

A medida que recuperaba lentamente el recuerdo de lo que realmente la rodeaba, palpó a la niña que no era parte del sueño, y se convenció a sí misma, por su respiración regular, de que todo estaba en orden; tampoco pudo evitar pasarle la mano suavemente por encima del rostro. Luego, movida por un impulso que probablemente no hubiese sido capaz de explicar, se levantó y cogió a la criatura dormida en sus brazos, apretándola contra su pecho. La cabecera de la cuna estaba junto a la pared de la cabaña a la que la mujer ahora daba la espalda. Alzando su mirada vio dos objetos brillantes, que emitían un resplandor entre verde y rojizo en la oscuridad. Al principio supuso que serían dos ascuas encendidas de la chimenea pero, cuando recuperó su sentido de la orientación, se dio cuenta con angustia de que no estaban en el lugar indicado de la habitación y que además se encontraban a demasiada altura, casi al nivel de los ojos —de sus propios ojos—. Se trataba de los ojos de una pantera.

La fiera estaba justo enfrente, en la ventana abierta y a menos de cinco pasos de ella. Nada se veía excepto aquellos ojos terribles, pero en el abrumador tumulto de sus sentimientos, cuando

por fin comprendió la situación, supo que el animal estaba erguido sobre sus patas traseras, apoyando sus zarpas delanteras sobre el alféizar. Ese hecho sugería un malintencionado interés —no la simple satisfacción de una curiosidad sin otros propósitos—. La conciencia de esa actitud produjo un terror añadido, que agravó la amenaza de aquellos terribles ojos, en cuyo intenso fuego se consumieron también su entereza y su valor. Ante aquel escrutinio silencioso, notó que se estremecía y se sintió enferma. Sus piernas le fallaron y, poco a poco, esforzándose instintivamente por evitar cualquier movimiento brusco que pudiera atraer la atención de la fiera, se agachó hasta el suelo, se acurrucó contra la pared e intentó proteger al bebé tras su tembloroso cuerpo, sin apartar la mirada de los dos círculos luminosos que la estaban matando. En su agonía, no le vino ningún pensamiento acerca de su marido —no tenía esperanza ni indicio alguno de que pudiera ser rescatada o escapar de su destino—. Su capacidad de pensar y de sentir se había reducido a las dimensiones de una única emoción: el miedo al salto del animal, al impacto de su cuerpo, al golpe de sus grandes zarpas, al mordisco de

sus colmillos en su garganta, a que despedazara a su niña. Ahora, inmóvil y en absoluto silencio, aguardaba su destino; los segundos se convertían en horas, días, años, siglos; y aquellos ojos diabólicos continuaban manteniendo su vigilancia.

Al regresar bien entrada la noche a su cabaña, con un ciervo sobre los hombros, Charles Marlowe intentó abrir la puerta, pero ésta no cedió. Llamó, pero no obtuvo respuesta. Dejó el ciervo en el suelo y se dirigió hacia la ventana. Al girar una de las esquinas de la casa, creyó oír el sonido de unas pisadas sigilosas y el movimiento de algunas ramas en el bosque, pero eran sonidos demasiado suaves como para evidenciar cualquier presencia, a pesar de que su oído era muy fino. Al acercarse a la ventana, se sorprendió de encontrarla abierta, pero pasó una pierna por encima del alféizar y entró. Todo estaba oscuro y en silencio. Se acercó a tientas hasta donde estaba la chimenea, prendió una cerilla y encendió una vela. Entonces miró a su alrededor y vio acurrucada en el suelo contra la pared a su esposa, abrazando a su hija. Cuando avanzó hacia la mujer, ésta se levantó y rompió a reír, con una risa

prolongada, altisonante e inhumana, carente de alegría y de cordura: esa clase de risa que se parece al ruido metálico de una cadena. Sin apenas saber lo que hacía, extendió sus brazos hacia ella. Ella depositó el bebé sobre ellos. Estaba muerto; el fuerte abrazo de su madre lo había asfixiado.

III. La teoría de la defensa

Eso es lo que sucedió durante una noche en un bosque, pero Irene Marlowe no le relató todo a Jenner Brading, pues ella no lo sabía todo. Para cuando hubo terminado de contar la historia, el sol estaba por debajo del horizonte y el largo crepúsculo del verano había empezado a adentrarse en las zonas más bajas de la tierra. Por unos momentos, Brading se quedó en silencio, esperando que el relato estableciese alguna conexión más concreta con la conversación que lo había inspirado; pero la narradora estaba tan silenciosa como él, con el rostro girado, entrelazando y soltando las manos que tenía sobre el regazo, como si una voluntad independiente de la suya las moviese constantemente.

—Es una historia muy triste, terrible —dijo Brading por fin— pero no la entiendo. Llamas a Charles Marlowe padre; eso lo entiendo. Que ha envejecido antes de tiempo, destrozado por alguna enorme pena, también lo he observado, o creí haberlo visto. Pero, perdóname, has dicho que tú... que tú...

—Que estoy loca —dijo la joven, sin mover la cabeza o el cuerpo.

—Pero, Irene, por lo que has dicho (por favor, querida, no apartes la vista de mis ojos) la niña murió, no se volvió loca.

—Sí, aquella niña murió, yo soy la segunda. Nací tres meses después de aquella terrible noche; el Altísimo concedió misericordiosamente a mi madre su deseo de perder su propia vida cuando me dio la mía.

Brading quedó de nuevo en silencio; estaba algo aturdido y no se le ocurría nada apropiado que decir. El rostro de ella seguía vuelto en otra dirección. Un tanto avergonzado, él intentó coger impulsivamente las manos que ella entrelazaba y soltaba en su regazo, pero algo —no podría haber dicho el qué— lo detuvo. Después se dio cuenta, vagamente, de que nunca había sentido la necesidad de tomarle de la mano.

—¿Es posible —continuó ella—, que una persona nacida bajo esas circunstancias sea como las demás, sea lo que vosotros llamáis cuerda?

Brading no contestó; estaba preocupado con un nuevo pensamiento que iba tomando forma en su mente —lo que un científico habría llamado una hipótesis y un detective una teoría—. Podría arrojar cierta luz, aunque un tanto espeluznante, sobre la duda acerca de su cordura, que su propio relato no había conseguido disipar.

El país era todavía joven y, con la excepción de algunos pueblos, escasamente poblado. El cazador profesional era todavía un personaje habitual, y entre sus trofeos había cabezas y pieles de piezas de caza mayor. Los relatos con diverso grado de credibilidad de encuentros nocturnos con animales salvajes en caminos solitarios eran comunes, y pasaban por los convencionales estadios de crecimiento y decadencia, hasta que eran olvidados. Una reciente incorporación a esos apócrifos populares, originado, aparentemente, por generación espontánea en varios hogares, era una pantera que había asustado a algunos de sus miembros, mirándoles a través de la ventana por la noche. El

cuento había provocado su pequeña ola de excitación —había conseguido incluso la distinción de aparecer en un periódico local—; pero Brading no le había prestado atención. Su parecido con la historia que acababa de escuchar le produjo la impresión de que debía de ser algo más que una pura coincidencia. ¿No era posible que una historia hubiese dado origen a la otra? ¿Que, habiendo encontrado las condiciones apropiadas en una mente morbosa y dada a la fantasía, hubiera crecido hasta convertirse en el trágico relato que acababa de escuchar?

Brading recordó algunos detalles de la historia y el carácter de la muchacha, a los que, debido a la falta de curiosidad del amor, hasta entonces había hecho caso omiso —como su vida solitaria con su padre, en cuya casa, al parecer, nadie era admitido como invitado, y su extraño miedo a la noche, que aquellos que mejor la conocían utilizaban para explicar el hecho de que nunca fuese vista después de oscurecer—. Sin duda, en una mente de este tipo, la imaginación podría arder con una llama poderosa, penetrando y envolviendo toda la estructura. Ya no le cabía ninguna duda de que estaba loca, aunque ese co-

nocimiento le produjo un inmenso dolor. Ella simplemente había confundido la causa de su desorden mental con su efecto, habiendo conjugado en su imaginación su propia personalidad con las extravagancias de los creadores de mitos locales. Con la vaga intención de comprobar su nueva «teoría», pero sin una noción muy clara de cómo hacerlo, dijo, con seriedad, aunque lleno de dudas:

—Irene, querida, dime..., y te ruego que no te ofendas, pero dime...

—Ya te lo he dicho —le interrumpió, hablando con una urgencia apasionada que él nunca había observado en ella—, ya te he dicho que no podemos casarnos. ¿Merece la pena de verdad seguir discutiendo el tema?

Antes de que pudiese detenerla, había saltado de su asiento sin mediar otra palabra o mirada, y se estaba deslizando entre los árboles hacia la casa de su padre. Brading se había levantado para alcanzarla; pero se paró mirándola en silencio hasta que ella se perdió en la oscuridad. De pronto se sobresaltó como si le hubieran disparado; su rostro mostró una expresión de asombro y alarma: en una de las negras sombras en las que ella había desaparecido había alcanzado a ver de forma breve y

repentina ¡unos ojos brillantes! Por un instante se quedó aturdido e indeciso; después, se adentró en el bosque tras de ella, gritando:

—Irene, Irene, ¡ten cuidado! ¡La pantera! ¡La pantera!

En breves momentos había pasado a través del borde interior del bosque hasta un campo abierto y vio la falda gris de la joven desapareciendo tras la puerta de su padre. No se veía ninguna pantera por ninguna parte.

IV. Una apelación a la conciencia de Dios

Jenner Brading, abogado, tenía una casita en las lindes del pueblo. Justo detrás de la casita estaba el bosque. Al ser soltero y, por lo tanto, estar sujeto al draconiano código moral de la época y la región, que negaba los servicios de la única especie de asistencia doméstica conocida por los alrededores: la «empleada de hogar», se hospedaba en el hotel del pueblo, donde también tenía su oficina. La casita de al lado del bosque era sólo una propiedad mantenida —desde luego sin grandes gastos— como prueba fehaciente de la

riqueza y respetabilidad de su dueño. Hubiese sido poco apropiado para alguien a quien el periódico local había destacado con orgullo como «el jurista más importante de su tiempo» el carecer de un «hogar», aunque quizás algunas veces había sospechado que las palabras «hogar» y «casa» no eran estrictamente sinónimas. En efecto, su conciencia de esa disparidad y su voluntad de poner las cosas en orden eran asuntos que la lógica fácilmente infería, puesto que era sabido por todo el mundo que poco después de que la casita fuese construida, su dueño había hecho un fútil intento de contraer matrimonio —se había, en realidad, empeñado en ser rechazado por la hermosa, pero excéntrica, hija del viejo Marlowe, el recluso—. Este hecho era de dominio público porque él mismo lo había contado y no ella —una inversión del orden habitual de las cosas que difícilmente podía dejar de resultar convincente.

La habitación de Brading estaba en la parte trasera de la casa, con una sola ventana que daba al bosque. Una noche fue despertado por un ruido en la ventana; difícilmente hubiese podido describirlo. Con un leve estremecimiento de sus nervios, se incorporó en la cama y

echó mano del revólver que, con una previsión ciertamente encomiable en alguien aficionado a dormir en la planta baja con la ventana abierta, había colocado debajo de su almohada. En la habitación había una oscuridad absoluta, pero, al no tener miedo, supo a dónde debía dirigir su mirada, y allí la clavó, esperando en silencio nuevas incidencias. Ahora podía distinguir vagamente la apertura —un cuadrado un poco menos negro—. En ese momento aparecieron en el borde inferior dos ojos relucientes ¡que ardían con un lustre malévolamente difícil de expresar! El corazón de Brading dio un vuelco, y después pareció quedarse quieto. Un escalofrío le subió por la columna vertebral hasta el pelo; sintió cómo la sangre abandonaba sus mejillas. No podría haber gritado —ni para salvar su vida—; pero, al ser un hombre valiente, tampoco lo hubiera hecho, ni para salvar su vida, si hubiese podido hacerlo. Su frágil cuerpo podría sentir cierto temor, pero su espíritu era de un material más consistente. Lentamente, los brillantes ojos se elevaron con un movimiento constante que parecía una aproximación y, lentamente, la mano derecha de Brading se elevó, sujetando la pistola. ¡Disparó!

Cegado por el fogonazo y aturdido por el estallido, Brading oyó, sin embargo, o creyó oír, el salvaje y penetrante chillido de la pantera, un sonido casi humano, con ciertas tonalidades diabólicas. Saltando de la cama, se vistió apresuradamente y, con la pistola en la mano, salió por la puerta, encontrándose con dos o tres hombres que llegaban corriendo desde la carretera. Una breve explicación del dueño fue seguida por un cuidadoso registro de la casa. La hierba estaba húmeda por el rocío; bajo la ventana parte del terreno había sido pisoteado, desde el cual un rastro títubeante, visible a la luz de una linterna, conducía a los arbustos. Uno de los hombres se tropezó y cayó sobre sus manos; cuando las frotó tras levantarse, notó que estaban resbaladizas. Al examinarlas con más detenimiento, observó que estaban rojas de sangre.

Un encuentro, desarmado, con una pantera herida no era un plato apetecible para nadie; todos menos Brading se dieron la vuelta. Él, sujetando una linterna y su pistola, se adentró con valentía en el bosque. Atravesando una densa zona de maleza, llegó a un pequeño claro, y entonces su valor recibió su recompensa, pues allí mismo halló el cuerpo de su

víctima. Pero no era una pantera. Lo que era quedó escrito, hasta hoy en día, sobre una lápida desgastada por el tiempo en el cementerio del pueblo, y durante muchos años fue verificado diariamente a los pies de la tumba por la encorvada figura y la cara de dolor del viejo Marlowe, para cuya alma, y para el alma de su extraña e infeliz hija, deseamos paz. Paz y cierta reparación.

Uno de los gemelos

Una carta encontrada entre los
papeles
del difunto Mortimer Barr

Me pregunta usted si en mi experiencia como gemelo que soy, alguna vez observé algo inexplicable, teniendo en cuenta las leyes naturales de las cuales tenemos conocimiento. En lo que a esto respecta, podrá usted emitir su propio juicio; quizás no todos poseemos ese conocimiento de las mismas leyes naturales. Es posible que conozca algunas que yo no conozco, y lo que para mí resulta inexplicable, esté perfectamente claro para usted.

Usted conocía a mi hermano John —es decir, lo conocía cuando sabía que yo no era presidente—; pero ni usted ni ningún otro ser humano, creo, podría

distinguirnos si decidiésemos hacernos pasar el uno por el otro. Nuestros padres no podían; el nuestro es el único caso que conozco de un parecido tan perfecto. Estoy hablando de mi hermano John, pero en realidad no estoy del todo seguro de que su nombre no fuera Henry y el mío John. Nos bautizaron como a los demás; pero después, ya en el acto mismo de tatuarnos con pequeñas marcas para distinguirnos, el encargado de hacerlo no lo tuvo muy claro; y aunque yo llevo una pequeña «H» en mi antebrazo y él una «J», no es para nada seguro que las letras no pudieran haber sido traspuestas. Durante nuestra niñez, nuestros padres trataron de diferenciarnos más claramente por nuestra ropa y otras estratagemas de este tipo, pero nos cambiábamos con tanta frecuencia nuestros atuendos e intentábamos equivocar de tantas otras maneras al enemigo que al final decidieron poner fin a sus inútiles esfuerzos. A lo largo de todos esos años que vivimos juntos en casa, todo el mundo se dio cuenta de lo complicado de la situación y procuraron resolver el asunto llamándonos a ambos «Jehnry». A menudo he admirado la gran clemencia de mi padre al no marcarnos de forma indeleble en nuestras indignas

frentes, pero como éramos bastante buenos chicos y sólo utilizábamos nuestro poder de avergonzar y ofender a los demás con extremada mesura, nos libramos del hierro candente. Mi padre era, de hecho, un hombre bonachón, y creo que disfrutó a su manera con esta broma pesada de la naturaleza.

Poco después de que viniéramos a California y nos hubiésemos instalado en San José —donde el único giro de fortuna positivo que nos aguardaba era conocer a un amigo tan amable como usted— la familia, como usted sabe, se vio desgarrada por la muerte de mis padres durante la misma semana. Mi padre murió en bancarrota, y la casa familiar fue vendida para pagar sus deudas. Mis hermanas regresaron con parientes al este del país, pero gracias a su inmensa bondad, John y yo, que entonces teníamos veintidós años, encontramos trabajo en San Francisco, en partes diferentes de la ciudad. Las circunstancias no nos permitían vivir juntos, y sólo nos veíamos de vez en cuando, en ocasiones no más de una vez por semana. Como prácticamente no compartíamos amigos ni conocidos, el hecho de nuestro extraordinario parecido pasó desapercibido. Y ahora ya retomo el asunto de su pregun-

ta.

Un día poco después de haber venido a esta ciudad, andaba yo caminando por Market Street al atardecer, cuando fui abordado por un hombre bien vestido de una edad ya madura, quien tras saludarme cordialmente dijo:

—Stevens, soy consciente de que usted no sale mucho, pero le he hablado a mi esposa sobre usted, y ella estaría encantada de recibirle en nuestra casa. Tengo además la sensación de que merece la pena que conozca a nuestras hijas. Digamos que sale mañana de trabajar a las seis y cena con nosotros, *en famille*; y después, si las damas no consiguen hacerle pasar un buen rato, le invitaré a jugar una partida de billar.

Dijo todo esto con una sonrisa tan amplia y de una forma tan cautivadora que me fue imposible rechazar su propuesta y, a pesar de no haber visto a ese hombre en mi vida, contesté:

—Es usted muy amable, señor, y estaré encantado de aceptar su invitación. Por favor, presente mis respetos a la señora Margovan e infórmele de que estaré allí mañana puntualmente.

Con un apretón de manos y unas cordiales palabras de despedida, el hombre se fue. Estaba bastante claro que me había

confundido con mi hermano. Éste era un error al que estaba acostumbrado y no solía corregirlo a menos que el asunto pareciese de cierta importancia. ¿Pero cómo había sabido yo que el apellido de este hombre era Margovan? Ciertamente no era un apellido que uno asignaría a un hombre al azar con la esperanza de dar en el clavo. En realidad, el apellido me resultaba tan desconocido como el propio hombre.

A la mañana siguiente me acerqué hasta el lugar donde mi hermano trabajaba y lo encontré saliendo de su oficina con un montón de facturas que tenía que cobrar. Le conté cómo le había «comprometido» a ir a cenar y añadí que, si no quería mantener el compromiso, yo estaría encantado de seguir con la personificación.

—Qué extraño —dijo de forma meditabunda—. Margovan es la única persona en la oficina que me gusta y a la que conozco bien. Cuando entró esta mañana en la oficina y tras los habituales saludos, un extraño impulso me incitó a decir: «Ah, discúlpeme, señor Margovan, pero se me olvidó preguntarle su dirección». Conseguí la dirección, pero hasta ahora no he sabido qué demontre debía hacer con ella. Te estoy muy agradecido por

tu ofrecimiento de correr con las consecuencias de tu imprudencia, pero seré yo el que vaya a esa cena, si no te importa.

Cenó varias veces en aquella casa —más de las que hubiera sido recomendable, me atrevería a decir sin poner en duda su calidad—; pues se enamoró de la señorita Margovan, le propuso en matrimonio y su proposición fue despiadadamente aceptada.

Algunas semanas después de haberseme informado del compromiso, pero antes de que tuviera ocasión de conocer a la joven mujer y a su familia, me topé un día en la calle Kearney con un hombre apuesto, pero con una mirada un tanto ausente. Algo provocó que le siguiese y le observase, cosa que hice sin ningún tipo de escrúpulo. Él giró en la calle Greary y siguió andando por ella hasta que llegó cerca de Union Square. Allí miró su reloj y luego se metió en el parque. Merodeó por los senderos durante algún tiempo, esperando obviamente a alguien. Poco después una mujer elegante, hermosa y joven se acercó a él y los dos se marcharon hacia la calle Stockton, donde yo seguí sus pasos. En aquel momento sentí la imperiosa necesidad de ser extremadamente prudente, pues aun-

que no conocía a la mujer, me dio la sensación de que ella podría reconocerme de inmediato. Se desplazaron de una calle a otra hasta que, finalmente, después de haber echado un vistazo a su alrededor —vistazo que sólo conseguí evitar a duras penas escondiéndome en un portal—, entraron en una casa cuya ubicación no me importaría revelar, ya que ésta era mejor que su reputación.

He de dejar claro que mi actividad de espionaje con aquellos dos extraños no respondía a ninguna razón en especial. Fue uno de esos actos de los que yo me hubiera sentido o no avergonzado, dependiendo de la mentalidad de la persona que descubriese mi pecado. Como ésta es una parte esencial del relato que responde a su pregunta, se lo cuento ahora sin ningún tipo de vacilación o sentimiento de vergüenza.

Una semana más tarde, John me llevó a casa de su futuro suegro, y reconocí en la señorita Margovan —como ya habrá supuesto, pero para mi asombro entonces— a la protagonista de la ignominiosa aventura. He de reconocer que la protagonista de la ignominiosa aventura era increíblemente hermosa. Pero ese hecho sólo era importante por una razón: su hermosura era tan deslumbrante que me

creó una duda acerca de su total identificación con la joven que había visto antes. ¿Cómo había podido pasar desapercibida aquella primera vez la maravillosa fascinación de su rostro? Pero no, no existía la posibilidad de que fuese un error; la única diferencia se debía a su vestido, la luz y el ambiente que ahora nos rodeaba.

John y yo pasamos la tarde en la casa, aguantando, con la fortaleza que nos daba nuestra larga experiencia, las delicadas bromas que nuestro gran parecido naturalmente incitaba. Cuando nos dejaron a solas a la joven señorita y a mí durante unos minutos, le miré fijamente a la cara y le dije súbitamente con mucha seriedad:

—Señorita Margovan, usted también tiene una doble. La vi el pasado martes por la tarde en Union Square.

Clavó sus grandes ojos grises en mí por un momento, pero su mirada resultó ligeramente menos intensa que la mía, y la retiró, dirigiéndola a la punta de su zapato.

—¿Se parecía ella mucho a mí? —preguntó, con una indiferencia que me pareció un tanto forzada.

—Tan parecida era —le dije—, que me quedé admirándola extasiado, y confieso

que al no querer perderla de vista, la seguí hasta que... Señorita Margovan, ¿está usted segura de que entiende lo que le estoy diciendo?

Ella se mostraba pálida ahora, pero totalmente tranquila. Sus ojos volvieron a clavarse en los míos, era una mirada que no flaqueaba.

—¿Qué es lo que desea que haga? —preguntó—. No tema poner sus condiciones sobre la mesa. Las aceptaré en cualquier caso.

Estaba claro, incluso en el poco tiempo con que conté para reflexionar, que los métodos ordinarios no funcionaban con esta chica, y que plantearle unas condiciones convencionales tampoco tenía sentido.

—Señorita Margovan —le dije, sin duda con algo de la compasión en mi voz que entonces sentía en mi pecho—, resulta difícil no pensar que usted está siendo víctima de algún tipo de coacción terrible. Más que infligirle nuevas penas, me gustaría ayudarle a recobrar su libertad.

Ella negó con su cabeza, triste y afligida, y yo continué con cierto nerviosismo:

—Su belleza me desconcierta. Me siento desarmado por su sinceridad y su an-

gustia. Si usted es libre de actuar siguiendo los dictados de su conciencia hará, creo yo, lo que considere más conveniente; y si no lo es, ¡que el cielo nos ampare a todos! No debe temer nada de mí, excepto mi oposición a este matrimonio si me veo obligado a revelar... otras informaciones.

Éstas no fueron mis palabras exactas, pero sí su sentido general, hasta donde mis súbitas y contradictorias emociones me permitieron expresarlo en aquellos momentos. Me levanté y la dejé allí sin mirarla de nuevo, me encontré con los demás según pasaban a la habitación, y les dije con toda la calma que pude:

—He estado dándole las buenas noches a la señorita Margovan, es más tarde de lo que pensaba.

John decidió irse conmigo. Cuando ya estábamos en la calle, me preguntó si había notado algo raro en la actitud de Julia.

—Creía que se encontraba enferma — contesté—; por eso decidí irme. Luego no intercambiamos ninguna otra palabra.

La tarde siguiente llegué tarde a mi apartamento. Los acontecimientos de la tarde anterior me habían provocado una sensación de malestar y desasosiego. Había intentado aliviar aquella angustia y conseguir pensar con claridad paseando al aire libre, pero me sentía prisionero de un terrible presentimiento, un mal presentimiento que no era capaz de formular en palabras. La noche era fría y había niebla; tenía la ropa y el pelo empapados y temblaba de frío. Cuando me puse la bata y las zapatillas de casa, y me senté frente al llameante fuego de la chimenea, la sensación de malestar fue aún mayor. Ya no sólo temblaba sino que sufría pequeños espasmos, que es diferente. El aterrador presentimiento de una tragedia inminente era tan punzante y doloroso que intenté ahuyentarlo rememorando un dolor real; traté de disipar la imagen de un futuro atroz sustituyéndola por las reminiscencias de un pasado doloroso. Recordé la muerte de mis padres e intenté fijar mi mente en los últimos tristes recuerdos junto a sus lechos de muerte y sus tumbas. Todo parecía difuso e

irreal, como si hubiese sucedido hace muchísimo tiempo y a otra persona. De pronto, oí un grito agudo que me perforó el pensamiento y lo dividió como el golpe del acero parte una tensa cuerda —no se me ocurre otro símil mejor para describirlo—. La voz era la de mi hermano y parecía provenir de la calle a la que daba mi ventana. Me precipité hacia ella y la abrí de golpe. Una farola que había justo enfrente impregnaba de una luz lúgubre y mortecina la húmeda acera y la fachada de las casas del otro lado. Un único agente de policía, con el cuello del abrigo levantado, estaba recostado contra el poste de una verja mientras se fumaba un puro en silencio. No se veía a nadie más en la calle. Cerré la ventana y bajé las cortinas. Me senté después ante la chimenea y traté de centrar mi atención en lo que me rodeaba. Intentando buscar amparo en una acción habitual, miré mi reloj, que marcaba las once y media. ¡Y oí de nuevo ese grito horrible! Esta vez parecía proceder de la habitación que quedaba justo a mi lado. El grito me produjo miedo y me quedé petrificado durante un instante, incapaz de moverme. Unos minutos después —no recuerdo con exactitud el tiempo que pasó— esta-

ba caminando apresuradamente, tan rápido como podía, por una calle desconocida. No sabía dónde estaba, ni adónde me dirigía, pero poco después me encontraba subiendo las escaleras de una casa frente a la cual había dos o tres carruajes, estaba profusamente iluminada y se percibía un barullo de voces desde dentro. Se trataba de la casa del señor Margovan.

Usted ya sabe, mi buen amigo, lo que allí ocurrió. En una de las habitaciones se encontraba Julia Margovan, que había muerto hacía varias horas por envenenamiento. En otra habitación estaba John Stevens, sangrando de una herida de bala en el pecho que él mismo se había provocado. Entré a toda prisa en la habitación, aparté a los médicos a un lado y le coloqué la mano en la frente; él abrió los ojos, fijó en mí su mirada vacía, cerró los ojos lentamente y murió sin decir palabra.

No recuperé la conciencia hasta pasadas seis semanas, cuando su bendita esposa me devolvió a la vida gracias a sus atenciones en su maravillosa casa. Todo esto usted ya lo sabe, pero lo que no sabe —aunque no tiene ninguna relación con sus investigaciones psicológicas, al menos no con la rama en la que,

con su gran delicadeza y consideración, ha solicitado menos ayuda de la que yo creo haberle ofrecido— es lo siguiente:

Años después me encontraba paseando una noche de luna llena por Union Square. Era tarde y el jardín estaba vacío. Recuerdos del pasado volvieron a mi mente, como era de esperar, al llegar al lugar donde en otra ocasión había sido testigo de aquella fatídica cita romántica. Con esa inexplicable perversidad que nos lleva a mortificarnos con pensamientos de la más dolorosa naturaleza, me senté en uno de los bancos y me dejé llevar por ellos. Un hombre entró en el jardín y se acercó a mí por el sendero. Llevaba las manos agarradas a la espalda y la cabeza agachada; parecía totalmente abstraído. A medida que se acercaba a la sombra en la que yo me hallaba, lo reconocí como el hombre que había visto con Julia Margovan años antes en aquel mismo lugar. Pero su apariencia había cambiado radicalmente: tenía el pelo cano, raído como un trapo viejo y el rostro muy demacrado. El exceso y los vicios eran más que evidentes en su semblante, así como los signos de enfermedad. Su atuendo estaba muy desarreglado y su revuelta melena le caía sobre la frente de una forma

Unas palabras acerca de
los *Cuentos*
inquietantes de Ambrose
Bierce

Por Aitor Ibarrola-Armendariz

misteriosa y pintoresca al mismo tiempo. Parecía encajar mejor en una institución dedicada a los cuidados que al deleite; los cuidados de un hospital.

Sin tener un plan definido, me levanté y me puse frente a él. Levantó la cabeza y me miró fijamente. No tengo palabras para describir el horrible cambio que se produjo en su rostro; había en su mirada un terror indescriptible — creía haberse topado con un fantasma—. Pero era un hombre valiente.

—¡Maldito seas, John Stevens! —gritó, y levantando un brazo tembloroso, dirigió su puño sin ninguna fuerza hacia mi cara, cayendo de bruces sobre la gravi-lla mientras yo me alejaba.

Alguien lo encontró allí mismo, sin vida. No se supo nada más de él, ni siquiera su nombre. Pero saber de un hombre ya muerto que está muerto debería ser suficiente.

Una identidad recobrada

I. El pase de revista como forma de bienvenida

Una noche de verano un hombre permanecía de pie sobre una baja colina contemplando una amplia extensión de bosques y campos. Con la luna llena al oeste en el cielo se dio cuenta de lo que no hubiera podido saber de otra manera: de que el alba ya estaba cerca. Una ligera neblina se extendía por encima del suelo, cubriendo parcialmente las zonas más bajas del paisaje pero, por encima de ella, las siluetas de enormes árboles aparecían perfectamente recortadas sobre el claro cielo. Dos o tres granjas eran visibles a través de la neblina,

pero en ninguna de ellas, naturalmente, había luz todavía. De hecho, no se observaba ninguna señal o indicio de vida en los alrededores, excepto los ladridos de un perro en la lejanía, los cuales, al repetirse de forma mecánica, no hacían sino acentuar, más que hacer desaparecer, la quietud del paisaje.

El hombre miró con curiosidad a su alrededor como alguien que, aunque conociendo el lugar, es incapaz de determinar su precisa localización y la razón que le ha llevado hasta allí. Quizás sea ésta una reacción similar a la que mostremos cuando, tras la muerte, estemos a la espera de ser llamados al juicio final.

Unos cien metros más allá se veía una carretera recta, que parecía blanca a la luz de la luna. En un intento de orientarse, como lo haría un cartógrafo o un navegante, el hombre movió sus ojos lentamente a lo largo del paisaje que quedaba a la vista y a una distancia de medio kilómetro al sur de donde se encontraba observó, gris y tenue en la neblina, a un grupo de jinetes cabalgando hacia el norte. Detrás de ellos, avanzaban hombres a pie, marchando en columna de a dos, con el apagado brillo de sus fusiles sobre sus

hombros. Se movían despacio y en silencio. Luego apareció otro grupo de jinetes, otro regimiento de infantería, y después otro y otro más —todos avanzando lentamente hacia donde el hombre clavaba su mirada, pasando por allí y siguiendo adelante—. Una batería de artillería venía por detrás, con los artilleros sentados con los brazos cruzados sobre las carretas de los cañones. Y de esta forma, la interminable procesión salía de la oscuridad que había al sur y se metía en la que había al norte, sin ruido ninguno de voces, ni cascos de caballos, ni de ruedas.

El hombre no podía entender nada: pensó que debía haberse quedado sordo; lo dijo en voz alta, y escuchó su propia voz, aunque tenía un tono muy extraño que casi le asustó; las expectativas de su oído se vieron traicionadas en lo que respecta al *timbre* y resonancia de su voz. Pero no se había quedado sordo, y eso por el momento bastaba.

Entonces recordó que existe un fenómeno natural al que algunos se referían como «sombras acústicas». Si te encuentras en una sombra acústica, hay una dirección desde la que no oyes nada. En la batalla de Gaine's Mill, una de las más feroces de la Guerra Civil, con

cien cañones implicados, los espectadores a dos kilómetros en el lado opuesto del valle Chickahominy no oyeron nada de lo que podían ver claramente. El bombardeo de Port Royal, que se oyó y se sintió en San Agustín, a más de ciento sesenta kilómetros hacia el sur, no se escuchó a tres kilómetros al norte, donde el aire permaneció totalmente tranquilo. Unos días antes de la rendición en Appomattox, se produjo un brutal enfrentamiento entre las tropas de Sheridan y Pickett, del que este último no se enteró al encontrarse un kilómetro y medio por detrás de sus propias líneas.

Estos ejemplos eran desconocidos para el hombre del que aquí escribimos, pero sí se había dado cuenta de otros menos famosos del mismo tipo. Se sentía terriblemente nervioso, pero por otra razón que el extraño silencio del avance a la luz de la luna.

«¡Dios mío!», se dijo para sí —y de nuevo fue como si otra persona hubiese pronunciado su pensamiento—, «¡si esos soldados son los que creo que tienen que ser, ya hemos perdido la batalla y pronto atacarán Nashville!».

Después le asedió un pensamiento sobre su propia situación —una aprensión—

un fuerte sentimiento de peligro personal, o lo que también llamamos miedo. Se dirigió rápidamente a la sombra de un árbol. Pero aun así, los silenciosos batallones se seguían moviendo lentamente entre la bruma.

El frío gélido de una brisa repentina sobre su nuca le hizo girarse en la dirección desde la que ésta procedía, y volviéndose hacia el este vio una luz gris mortecina sobre el horizonte —la primera señal del regreso de un nuevo día—. Este hecho no hizo sino aumentar su aprensión.

«Tengo que irme lejos de aquí», pensó, «de lo contrario me descubrirán y me cogerán prisionero».

Salió de debajo de la sombra, dirigiéndose rápidamente hacia el grisáceo este. Miró hacia atrás desde el escondite más seguro de una masa de cedros. La columna entera había desaparecido de su vista: la recta y blanca carretera se mostraba ahora totalmente vacía y desolada bajo la luz de la luna!

Su estado de perplejidad se convirtió en uno de estupefacción. ¡Qué desaparición tan veloz de un ejército que parecía tan lento! —no podía comprenderlo—. Los minutos se sucedían de forma imperceptible; había perdido toda noción del

tiempo. Buscó con gran urgencia una solución al misterio, pero en vano. Cuando por fin salió de su propia abstracción, una estrecha franja de sol ya se asomaba por encima de las colinas, pero en estas nuevas condiciones no halló otra luz más que la del nuevo día —su entendimiento seguía sumido en la misma oscuridad que antes.

A su alrededor se extendían campos sembrados que no mostraban signo alguno de guerra o de los estragos que ésta causa. De las chimeneas de las granjas ascendían estrechas torres de humo azul que señalaban los preparativos para un tranquilo día de trabajo. Tras terminar sus inmemoriales ladridos a la luna, el perro guardián ayudó a un negro que andaba atando un grupo de mulas al arado, mientras realizaba su tarea canturreando. El protagonista de este relato miró estupefacto esta escena bucólica, como si no hubiera visto cosa igual en la vida; después se llevó la mano a la cabeza, se la pasó por el pelo y, bajándola de nuevo, miró atentamente la palma —una acción ciertamente extraña—. Al parecer este hecho le hizo recuperar su confianza, y empezó a caminar con paso seguro hacia la carretera.

II. Cuando has perdido la vida, consulta a un médico

El Dr. Stilling Malson, de Murfreesboro, tras ir a visitar a un paciente a unos nueve o diez kilómetros en la carretera de Nashville, había pasado con él toda la noche. Al alba se puso en camino sobre su caballo hacia su casa, como era costumbre de los médicos de aquella época y región. Estaba atravesando el barrio donde había tenido lugar la batalla de Stone River, cuando un hombre se le acercó desde el borde del camino y lo saludó al estilo militar, con un rápido movimiento de la mano derecha al ala de su sombrero. Pero el sombrero no era militar, ni tampoco llevaba uniforme de soldado y no tenía porte marcial. El doctor le saludó asintiendo con la cabeza con cortesía, pensando que quizás el inusual saludo del desconocido se debía al respeto del histórico lugar del encuentro. Al resultar evidente que el extraño deseaba hablar con él, detuvo suavemente su caballo y esperó.

—Señor —le dijo el desconocido—, aunque es usted un civil, puede que sea mi enemigo.

—Sólo soy un médico —fue su despreocupada respuesta.

—Gracias —le dijo el otro—. Yo soy teniente a las órdenes del general Hazen. —Se detuvo un momento y miró fijamente a la persona a la que se estaba dirigiendo, luego añadió—: del ejército de la Unión.

El médico simplemente asintió.

—Tenga la bondad de decirme —continuó el otro—, lo que ha sucedido aquí. ¿Dónde están los ejércitos? ¿Quién ha ganado la batalla?

El médico miró con curiosidad a su interlocutor con los ojos entrecerrados. Tras un escrutinio profesional, que se prolongó hasta los límites que la cortesía permitía, le dijo:

—Perdóneme, pero alguien que pide información debería también estar dispuesto a ofrecerla. ¿Está usted herido? —añadió, sonriendo.

—Creo que no es grave, me parece.

El hombre se quitó su sombrero nada militar, se llevó la mano a la cabeza, la pasó por su pelo y la retiró, fijándose con atención en la palma de su mano.

—Fui alcanzado por una bala y he estado inconsciente. Debe de haber sido sólo una herida superficial: no veo san-

gre y tampoco me duele. No le importunaré pidiéndole un tratamiento, pero ¿sería tan amable de indicarme dónde puedo encontrar mi regimiento (o cualquier otra unidad del ejército de la Unión), si es que lo sabe?

De nuevo, el doctor no respondió de inmediato; estaba intentando recordar todo lo que había leído en los libros de su disciplina sobre la pérdida de identidad y el efecto que los paisajes conocidos tienen a la hora de recobrarla. Por fin, miró al hombre a la cara, sonrió, y dijo:

—Teniente, no lleva usted el uniforme de su rango y ejército.

Al oír esto, el hombre bajó su mirada hacia su atuendo civil, luego levantó la vista, y dijo dubitativo:

—Es cierto. No... no puedo comprenderlo.

Mirándolo todavía fijamente, pero no sin cierta compasión, el hombre de ciencia le preguntó sin rodeos:

—¿Cuántos años tiene?

—Veintitrés..., pero no entiendo qué tiene eso que ver con esto.

—No los aparenta, difícilmente hubiera adivinado que ésa es su edad.

El desconocido se empezó a impacientarse.

—No tiene sentido discutir eso ahora —afirmó—, yo quiero tener información acerca de mi ejército. Hace menos de dos horas vi una columna de soldados avanzando hacia el norte por esta misma carretera. Usted debe haberse cruzado con ellos. Sea tan amable de decirme el color de sus uniformes, ya que yo fui incapaz de distinguirlos desde la colina, y no le molestaré más.

—¿Está completamente seguro de que los vio?

—¿Seguro? Pero por Dios, señor, ¡podría haberlos contado!

—Vaya, ¿de verdad? —dijo el doctor, con una irónica conciencia de su propia similitud en aquel momento con el locuaz barbero de *Las mil y una noches*—, eso resulta interesante, pues yo no me he cruzado con ningún soldado.

El hombre le miró con severidad, como si él también se hubiera dado cuenta del parecido con el susodicho barbero.

—Está claro que no quiere ayudarme —dijo—. ¡Señor, puede usted irse al infierno!

Se dio la vuelta y cruzó a grandes zancadas, sin una dirección concreta, a través del campo cubierto por el rocío, mientras su medio arrepentido interlocutor le miraba callado desde su silla

de montar hasta que desapareció detrás de una hilera de árboles.

III. El peligro de mirarse en un charco de agua clara

Después de abandonar la carretera, el hombre redujo su paso y avanzaba ahora, bastante desorientado, con una notable sensación de fatiga. No encontraba explicación para este hecho, aunque ciertamente la interminable verborrea de aquel médico rural parecía una razón suficiente. Sentándose sobre una roca, posó una mano sobre su rodilla, con el dorso hacia arriba, y se quedó mirándola. Estaba delgada y su piel marchita. Luego se llevó ambas manos a la cara. Ésta tenía profundas arrugas, podía recorrer los surcos con la punta de sus dedos. ¡Qué extraño! Una simple bala y una breve pérdida de conciencia no deberían causarle a uno un envejecimiento tan repentino.

—Debo de haber pasado una larga temporada en el hospital —dijo en voz alta—. ¡Pero claro, qué tonto soy! La batalla fue en diciembre, ¡y ahora es verano! —se rió—. No me extraña que ese médico pensase que yo era un lunático

Obras de Ambrose Bierce en Alianza
Editorial:

Cuentos de soldados
Cuentos inquietantes
Cuentos negros
Diccionario del Diablo

